

DIARIO DE UNA mujer enamorada

MARTINA LEIVA

DIARIO DE UNA mujer enamorada

MARTINA LEIVA

Primera edición.

Diario de una mujer enamorada

©Martina Leiva

©febrero, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Hace diez años…

Por fin cumplía los dieciocho años, esos tan esperados por mí, esos que todo adolescente desea cumplir para poder tener un poco más de independencia, aunque la realidad fuera otra completamente diferente, pues seguiría todo más o menos como hasta este momento.

Como mi cumpleaños era el día veinticuatro de diciembre, mi madre había decidido celebrar una gran fiesta en el club al que pertenecía mi familia, invitando a todos sus amigos, tan solo que no se celebraría ese día, sino el día anterior, para que la Nochebuena la pudieran pasar cada uno con los suyos.

—Ya he enviado todas las invitaciones, Lily, ahora solo falta que nos lleguen las confirmaciones de las asistencias —me dijo mi madre, saliendo del despacho que mi padre tenía en casa.

—Espero que no hayas invitado a mucha gente, mamá, sabes que quería una cosa sencillita —le respondí.

—He invitado a todas las personas que tienen que estar, ni una más, ni una menos. Así que, no te vayas a poner tiquismiquis con eso, por favor te lo pido. La familia tiene un estatus que mantener y por ello, no queremos que nadie se enfade por no estar invitado —me dijo, con su altanería habitual.

—Está bien, mamá, tú sabrás lo que haces —le dije, pues discutir con ella era para nada, ya que siempre se salía con la suya.

No quería que gastaran mucho dinero, porque el día anterior, había escuchado a mi padre hablando con ella y diciéndole que tenían que bajar el ritmo económico, que la situación no estaba para derrochar dinero en tonterías. Por lo visto, uno de los negocios que mi padre había emprendido no estaba yendo todo lo bien que pensaba, y las pérdidas iban aumentando por minuto que pasaba.

Me fui al instituto con una sensación algo extraña, por un lado, me encantaba la fiesta y todo lo que mi madre estaba organizando, pero por otro, me daba pena que gastara toda esa cantidad de dinero que, según mi padre, no teníamos.

—Menos mal que llegas, chica, cinco minutos más y no nos dejan entrar a la primera clase —me dijo Valery, mi mejor amiga.

—Mi madre, que me tiene frita con la fiesta de mi cumpleaños, y eso que todavía quedan dos semanas —le contesté.

—¿Qué tal llevas el examen de hoy? —me preguntó, cambiando de tema.

Mi amiga Valery estaba estudiando en ese instituto tan elitista gracias a una beca, pues su familia era de clase media y no se podía permitir pagar una mensualidad que sobrepasaba la mitad del sueldo de uno de sus padres. Si había cambiado de tema era porque sabía que mi madre no la iba a invitar, pero lo que ella no conocía es que obligué a que mi madre la aceptara en mi fiesta, aunque solo fuera ella sin nadie de su familia.

—No me cambies de tema, porque ese día estarás conmigo, a mi lado, soplando las velas —le dije.

—No me quiero sentir fuera de lugar, Lily, y sabes que tu madre me mira mal cada vez que estamos juntas o voy a tu casa —me dijo ella, y tenía razón. Tanto mi padre como yo habíamos tenido más de una discusión por ese motivo con mi madre, que decía que ella no hacía nada, que mi amiga era demasiado susceptible.

—No te sentirás así, te lo aseguro. Si tú no estás a mi lado, no sería lo mismo. No concibo apagar las velas sin que me acompañes —le aseguré.

—Está bien, ahora entremos, o tendremos un cero en el examen y sabes que no me lo puedo permitir, o perderé la beca —me dijo, antes de entrar en clase.

Por el pasillo me crucé con Alan y su pandilla, me lanzó una sonrisa, que yo le devolví. Me encantaba ese chico, aunque no habíamos cruzado más de dos o tres palabras cuando coincidimos en el club en alguna de las fiestas que nuestros padres organizaban. Sabía que su padre era un reputado médico y su madre una excelente abogada, ambos se había forjado su futuro empezando desde abajo, y me encantaba la humildad que tenían, sobre todo su padre.

Esperaba que mi madre los hubiera invitado a mi fiesta de cumpleaños, aunque fuera con la esnob de su hermana, Margaret. Esa niña era odiosa. Tenía dieciséis años y se creía superior a todo el mundo. Iba por el instituto con su séquito, compuesto por cinco "amigas" que le reían las gracias y cargaban con su mochila. Si ella se compraba un pantalón, al día siguiente, todas tenían el mismo pantalón puesto, no soporto a la gente sin personalidad.

Yo tenía un hermano mayor, Albert, que estaba en la universidad, y al que veía muy poco, y que era el ojito derecho de mi madre, ya que hacía todo lo que ella quería. Para la señora Mary Patterson, era el hijo que toda mujer deseaba tener y el yerno que toda madre querría para sus hijas, porque era guapo, educado y estudioso. Estaba estudiando ingeniería, y le faltaba tan solo un curso para conseguirlo. Yo tendría que empezar la universidad dentro de dos años, pues una enfermedad me hizo repetir un curso, y eso para mi madre fue una tragedia.

—Por fin se terminaron los exámenes, ahora toca disfrutar de las vacaciones — dijo mi amiga, pues era el último que nos quedaba.

—¿Qué tal te ha salido? —le pregunté.

—Perfecto, si no saco un diez, será porque no me lo quiera poner, porque he resuelto todos los problemas — contestó ella, orgullosa de lo que había hecho.

—A mí también me ha salido muy bien, no para un diez, para qué nos vamos a engañar, pero sí para un ocho o un nueve —le respondí, sonriente.

—¿Tienes planes para esta noche? —me preguntó mi amiga, ya que era viernes y teníamos todo el fin de semana por delante.

—Esta noche tengo que ir a una cena con mis padres, al club. Pero mañana podríamos ir al cine. He oído que han puesto una película nueva que está muy bien —le propuse.

—Mientras que no sea de esas de miedo o romanticonas, que sabes que no me gustan nada, me parecerá bien la que elijas — respondió ella, elevando los hombros.

—No entiendo como no te pueden gustar ese tipo de películas, si son las mejores —la piqué, a sabiendas de lo que me iba a contestar.

—Las primeras porque luego, en mi casa, escucho cualquier ruido y me echo a temblar, y la segunda, porque dan una expectativa del amor que no se corresponde con la realidad. No todo en una pareja es de color de rosa, lo único que tienen que hacer es enfrentar los problemas reales, no solucionarlos con un viaje o con una cena para dos —me respondió, y es que ella era así, realista y con los pies en la tierra.

Mientras que a mí me encantaba leer literatura romántica, ella era más de otro tipo de lecturas, como los libros de investigación científica y todo lo que se le pareciera.

Justo en ese momento en el que salíamos, nos volvimos a cruzar con Alan, pero esta vez no venía solo, sino que estaba rodeado de toda su pandilla. Algunos me caían bien, porque no te miraban por encima del hombro, pero otros me caían como el culo. Eran de esos clasistas que me miraban mal solo por ir con Valery, que no era de su misma clase social. Esperaba que mi madre hubiera olvidado las invitaciones de estas personas, pero mucho me temía que esas eran las primeras que había enviado, ya que pensaban de la misma manera.

Me despedí de mi amiga en la esquina de su casa, puesto que yo continuaba un par de manzanas más hasta llegar a la mía, que se encontraba en la otra dirección, y me puse rumbo a mi casa. Había empezado a nevar, y mi madre me echaría una buena bronca por no haber llamado a casa para que me enviaran el coche, pero si lo hacía, no podía hablar con Valery con libertad,

pues parecía que el chófer le contaba todo a mi madre. Era hablar con ella cualquier cosa y en cuanto mi madre tenía la ocasión, me lo soltaba. Ese hombre me caía mal desde siempre, desde que entró a trabajar con la familia. Me resultaba un entrometido de cuidado, que tenía una confianza con mi madre que no era propia de una relación laboral, sino más bien de dos amigos que se han reencontrado. Si no la conociera como la conocía, diría que se conocían de antes, pero mi madre había roto con todo y con todos con los que se la podían relacionar de antes de que la economía familiar fuera lo que es ahora. Ni siquiera a mis abuelos visitaba, que vivían fuera de la ciudad, en un pueblecito cercano que era donde habían nacido, tanto mi padre como mi madre. Mi padre, por el contrario, seguía manteniendo relación con su mejor amigo, que era lo único que tenía de su vida anterior, ya que sus padres habían muerto.

Capítulo 2



Había llegado el momento de mi fiesta de cumpleaños, y mi madre me había traído un atuendo de una primera firma, pues decía que tenía que destacar entre todas las muchachas, que para eso yo era la anfitriona. Consistía en un vestido corto y estrecho, de color verde oliva, que combinaba con unos zapatos de tacón del mismo tono, junto con unas medias y un abrigo negro de paño con la solapa ancha. La verdad es que era una preciosidad todo, y me quedaba ideal.

—Ya está aquí la peluquera y la maquilladora — dijo mi madre, dándome prisa para que pudieran hacer su trabajo.

—Ya voy, pero no creo que fuera necesario tanta atención, mamá. Me podría haber peinado y maquillado sola —le contesté.

—Sí, claro, como lo haces cuando sales con la mediocre de tu amiguita la proletaria —me dijo, haciendo referencia a Valery.

—Sabes que no me gusta que te refieras a ella de esa manera — contesté, medio enfadada.

—Bueno, bueno, que no quiero llegar a la fiesta con cara de enfado, que se me marcan las arrugas de la cara. Hablando de eso, tengo que llamar al doctor Scotch, pues me tendría que poner un poco de bótox en las expresiones faciales —dijo, hablando del padre de Alan.

—No creo que te haga falta, mamá. Si estás estupenda…

—Ay, hija mía, cuando tengas mi edad, verás como cambias de opinión —me dijo, como resignándose.

—Pero si tienes cincuenta años, ni que tuvieras ochenta — contesté.

—Tengo cuarenta y ocho, querida, que dos años son dos años — dijo ella, indignada.

Mi madre me dejó en la habitación, y le dio paso a las chicas que venían para dejarme de lo más perfecta, o se llevarían una bronca de la dueña de la casa, porque así se sentía ella, con el derecho de reclamar a cualquiera que no hiciera las cosas como ella dictaba o pensaba que se debería hacer.

Dos horas después, ya estábamos listas para salir hacia el club, pero mi padre no había llegado todavía, y me extrañó, pues él, siempre que era algo importante para su niña, o sea, para mí, era el primero en llegar.

—Creo que deberíamos esperar a que llegara mi padre —le dije a mi madre.

—De eso nada, nos vamos ya para el club. Seguro que se le ha hecho tarde en el trabajo, me dijo algo de no sé qué reunión. Además, ya ha llegado hasta tu hermano con la novia y sus padres, que nos esperan allí, no creo que sea de recibo que los anfitriones lleguemos los últimos y los hagamos esperar —me dijo, cogiendo su abrigo y su bolso.

—Está bien, pero no me gusta llegar allí sin que estemos todos —le dije.

Nos montamos en el coche, y el chófer, como era costumbre cuando mi padre no estaba, se deshizo en piropos hacia mi madre, y ella, halagada, lo miraba de una manera que no me gustó ni un pelo.

—Qué confianzas, ¿no? —le dije, para que se diera cuenta de que lo había notado.

—No digas tonterías, Lily, y de esto, ni una palabra a tu padre, que no me gustaría que un hombre inocente perdiera su trabajo por las imaginaciones de una adolescente que no sabe nada de la vida —me dijo, como si yo estuviera loca.

Me apunté mentalmente que estaría pendiente y a lo más mínimo, le contaría a mi padre todo, para que él pusiera a todo el mundo en su sitio. No soportaba la deslealtad y la traición, y tenía la leve sospecha de que estaba ante un caso así. Pero bueno, eso lo miraría más adelante, hoy era mi día, y pensaba pasarlo lo mejor posible.

Había quedado con Valery, que me esperaría en la puerta. El día anterior había estado en mi casa, probándose un montón de ropa, pues decía que no tenía nada a la altura de las circunstancias. Al final, eligió un vestido en color coral que le quedaba como un guante, y que se pondría con unos zapatos de tacón negros y un abrigo cortito. Estaba deseosa de verla, y así poder separarme de mi madre, aunque para eso todavía quedaba, ya que me haría saludar a mi hermano y a todos los invitados, paseándome por todo el salón como si fuera un trofeo.

—Hola, hermanita, felicidades —me dijo Albert, tan engreído como mi querida madre.

—Hola, Albert. Gracias —le contesté.

—Mira, ella es mi futura mujer, Patty, y ellos son sus padres —dijo muy orgulloso de la pavisosa que tenía al lado, que tendría mucho dinero y mucho estatus, pero era más fea que un frigorífico por detrás.

—Encantada, futura cuñada —le dije, sin querer reírme en su cara.

—Anda, ve a saludar a tus amigos, que estarán por allí —me dijo, señalando la otra punta del salón.

—Sí, será mejor que me vaya con la gente joven —respondí, sabiendo que eso le dolería más que cualquier otra cosa.

Me fui con Valery, que me estaba esperando allí, pero sin hablar con nadie, como si fuera una apestada, y eso sí que no lo iba a consentir. Cuando llegué a su altura, en un grupo a su lado, estaba Alan con todos sus amigos, incluida su hermana, de la que ya he dicho que no soportaba.

—¡Estás guapísima, amiga! —exclamé en cuanto que tuve a Valery cerca.

—Tú sí que estás preciosa. Hoy es tu día y sabes como lucir a la altura —me contestó ella, dándome un abrazo.

—Sí, porque tú… Aunque la mona se vista de seda, mona se queda —dijo Margaret, metiéndose con mi amiga. Fui a contestar, pero se adelantó su hermano.

—Margaret… ¿por qué eres así? —le preguntó, pero en un tono que evidenciaba lo enfadado que estaba.

—Ay, hijo, porque no sé qué pinta aquí —le dijo ella.

—Pues porque es mi amiga. La que no sé qué pinta aquí eres tú, cuando ni siquiera nos saludamos en el pasillo del instituto —le dije yo.

—Porque, si invitan a mis padres y a mi hermano, yo voy incluida en el lote, chica —me contestó, elevando los hombros y marchándose de allí, dejándonos con la palabra en la boca.

—Disculpa a mi hermana, no sé de dónde le viene esa vena tan clasista, porque en mi casa no lo ha visto —me dijo él.

—No te disculpes por algo que no has hecho tú. Por supuesto que no le viene de tus padres, porque más humildes no pueden ser, a pesar de vuestra espectacular situación económica —le contesté.

Estuvimos un buen rato hablando con él y con sus amigos, algunos de ellos me sorprendieron muchísimo, pues no me esperaba que fueran así, la verdad. Nos reímos con ellos un montón, e integraron a Valery en la conversación sin ningún problema.

—Lily, ha llegado la hora de que apagues las velas del pastel —me dijo mi madre, que se acercó a donde estábamos hablando.

—¿Ha llegado ya mi padre? —pregunté, porque eso sí que no lo iba a hacer si él no estaba presente.

—No, y lo he llamado un montón de veces, pero me salta el buzón de voz. Debe ser que se ha alargado más de la cuenta esa reunión —me dijo, como si

su presencia no fuera importante.

—Pues, mientras que él no esté, no pienso soplar nada, ni abrir regalos. Es mi padre, el que paga todo esto, y no tendría sentido hacerlo sin él. Que vaya mi hermano a buscarlo a la oficina —le dije, con las manos en la cintura.

—De eso nada, tu hermano está atendiendo a los invitados, como debería de haber hecho tu padre, que no tengo ni idea de dónde se ha metido. Ahora, que en cuanto llegue me va a oír, por supuesto que sí…

Estaba diciendo eso cuando llegó una pareja de policías buscando a mi madre, o al menos eso le dijo el chico de la recepción del club. Ella salió a ver qué era lo que pasaba, pero yo no me quedé allí, no quería que luego me mintiera. Algo había pasado y no me pensaba quedar al margen. Le hice un gesto a Valery de que ahora volvía, y la dejé allí, hablando con Alan y sus amigos.

—¿Es usted la señora Patterson? —le preguntó uno de ellos.

—La misma. ¿En qué puedo ayudarles? —le respondió ella, haciéndole un gesto para que se dieran prisa, pues sus invitados la estaban esperando.

—Señora Patterson, lamentamos decirle que la señora de la limpieza de la oficina de su marido, ha encontrado su cuerpo sin vida colgado de una viga de su despacho. Tendrá que venir conmigo para identificarlo —le dijo, y todo a mi alrededor se volvió negro.

El que tenía que ser uno de los días más felices de mi vida, resultó ser el más triste y desolador. Las risas se convirtieron en lágrimas, y la alegría en dolor. Mi madre actuó como si no fuera con ella, como si le dijeran que eso le había pasado a un vecino, llegando incluso a preguntar si no podían esperar a que terminara la celebración, cuando para mí, ya no había nada que celebrar.

Capítulo 3



La cena de Nochebuena se convirtió en un ágape para las personas que asistieron al funeral de mi padre. Mientras que mis ojos se mostraban rojos e hinchados de tanto llanto, mi madre parecía que iba a pasar modelo de trajes de noche. Llegó al funeral con un vestido negro, entallado, unas medias con costura detrás y un taconazo de doce centímetros. Su pelo rubio lucía perfectamente planchado y su maquillaje era impecable.

Mientras tanto, mi hermano saludaba a todo el que llegaba, como si fuera el nuevo hombre de la casa. En los ojos de los dos veía el símbolo del dólar, pues sabía de antemano que tan solo estaban pensando en el dinero, hasta que llegó el abogado de nuestro padre, pues había dejado una carta para nosotros antes de acabar con su vida.

—Creo que este no es el momento de eso. Debería esperar a que se marcharan todos los invitados —le dijo mi madre, y os prometo que me entraron ganas de cogerla por el cuello y darle dos buenos tortazos para que espabilara.

—A mí me importa una mierda los invitados, quiero saber lo que mi padre ha dejado escrito, es su último pensamiento antes de morir —le dije, apretando los dientes.

—Antes de quitarse la vida como el cobarde que ha sido siempre —dijo mi madre, y ahí sí que no aguanté más.

—Si ellos no quieren saberlo, yo sí. Sígame, por favor —le dije al abogado.

—Tú no vas a ningún lado hasta que tu hermano lo decida. Para eso, él es el hombre de la casa ahora —me dijo mi madre, fingiendo una sonrisa para que nadie se diera cuenta.

—Y yo una mujer adulta que hago lo que me place en cada momento —le contesté, aprovechando que ya había cumplido los dieciocho años.

Le indiqué al abogado el camino, y no dudó en seguirme. Mi madre y mi hermano se disculparon con los invitados, diciendo que tenían que atender un asunto urgente, que enseguida volvían. Para todo el mundo que estaba allí, mi padre había muerto en un accidente doméstico, nadie sabía que se había quitado la vida.

—Usted dirá, tan solo le pido que no tarde mucho, pues tenemos personas fuera que debemos atender —le dijo mi hermano, haciéndose el importante.

—En primer lugar, transmitirles mis condolencias. Una vez dicho eso, quiero que conozcan la realidad de su situación, que no es ni mucho menos la que estáis pensando, pero antes, quisiera que leyerais las letras que os ha dejado el señor Patterson —nos dijo, y abrió su maletín para sacar un dosier, del que extrajo un folio que enseñó a mi hermano, pero que cogí yo, adelantándome a todos.

"Esta carta va dirigida a mi familia.

Si estáis leyendo esto es que he tenido el valor para quitarme la vida. No es una cosa que haya pensado de un día para otro, pues llevo mucho tiempo dándole vueltas a cómo hacerlo.

A ti, Lily, mi niña preciosa, es a la primera que tengo que pedirle perdón por lo que he hecho, pero no veía otra salida. Si tengo que hacerlo es porque tu futuro no podrá ser el que tenías pensado, no creo que puedas ir a la universidad, ni si quiera a la pública, pues estamos completamente arruinados.

Dije muchas veces que teníamos que apretarnos el cinturón, dejarnos de frivolidades, pero nadie me hizo caso. Tan solo tú, mi niña, fuiste capaz de enfrentarte a tu madre para que no gastara más dinero, pero tampoco te sirvió de mucho, pues no cambió de manera de pensar ni de actuar.

A ti, Albert, espero que puedas terminar tu carrera con el dinero que te he ido enviando cada mes. En caso de que no hayas ahorrado, siempre podrás

obtener una beca o cambiar de universidad. Te queda poco tiempo y estoy seguro de que lo lograrás, llegando mucho más lejos que yo.

Y a ti, Mary, ¿qué te digo? Preferiste el estatus social y las apariencias antes que hacerme caso, pero eso solo era de cara a la galería, porque en la intimidad era otra cosa. ¿Acaso pensabas que no me iba a dar cuenta de que estabas liada con el chófer? Pues sí, lo sabía, y desde hace tiempo, pero quedaba ya tan poco entre nosotros, que ni siquiera me importó.

He dejado instrucciones específicas de lo que hacer con las propiedades, porque ni hay dinero para mantenerlas y os va a hacer falta para pagar todas las deudas.

Te quiero mi niña, no lo olvides nunca. Lucha por tus sueños, aunque tengas que hacerlo desde otra perspectiva. Sé que Valery te ayudará mucho en esto, pues es una luchadora que no dudará en asesorarte.

A los demás, tan solo espero que sepáis vivir sin tanto dinero".

—¿Cómo qué arruinados? —dijo mi hermano.

—Eso tiene que ser mentira. Tu padre tenía un seguro de vida que nos cubría bastante, además de que está la empresa…

—Todo está embargado, y el seguro solo cubre el accidente o la muerte natural, el suicidio está descartado. Tengo aquí las instrucciones de lo que tenéis que hacer, que está también en el notario, que será el encargado de llevar a cabo las últimas voluntades del señor Patterson —nos dijo el abogado.

Mientras ellos discutían sobre el dinero y las propiedades, yo lloraba por lo solo que se había visto mi padre en los últimos tiempos, por la cantidad de veces que dijo que no se gastara más dinero, por el gasto de mi fiesta del día anterior, que todavía no se había pagado. Mi futuro me daba igual, pues estaba dispuesta a ponerme a trabajar, eso me daba igual, tan solo pretendía tener un techo sobre mi cabeza.

—En cuanto mis suegros se enteren de que mi padre estaba arruinado, cancelarán la boda de manera inmediata —dijo Albert.

—Hijo mío, tan solo hay una manera de impedirlo, y es adelantar la boda —le dijo mi madre.

—¿Cómo vamos a pagarla, mamá? No tenemos donde caernos muertos, ni siquiera tengo para terminar de pagar el año que me queda de universidad. Mi novia tiene gustos caros, y tenía que estar a la altura, era mi seguro de vida —dijo él, como si estuviera hablando de un negocio, en vez de su vida sentimental.

—Eso ya lo veremos. No puedes perder esta oportunidad, Albert, o será tu fin y el mío —dijo ella, pensando en que mi hermano iba a financiar su estilo de vida.

El abogado nos contó que mi padre había dado órdenes de que se vendieran todas las propiedades para pagar las deudas, las casas, los coches, absolutamente todo, incluso la propia empresa, que ya estaba en concurso de acreedores. Tan solo nos dejó la casa del pueblo, esa que era de mis abuelos paternos y que mi padre reformó cuando ellos fallecieron. No habíamos ido nunca, y no sabíamos en qué estado se encontraría, pero mi madre dijo que ni loca se metía de nuevo en ese pueblucho de mala muerte.

—Yo no me puedo marchar de aquí. Mis cenas benéficas, mis partidas de cartas con las señoras de alta sociedad… Allí, tan solo me quedaría ir a misa los domingos y acudir a los actos de la comunidad. No puedo volver —dijo mi madre.

—Pues, conmigo no cuentes. El apartamento en el que vivo es de mi novia, y no cabe una persona más —le dijo Albert, que estaba buscando la manera en la que convencer a sus suegros de que estaba con su hija por amor, no por dinero.

—¿Y si cambiamos la casa del pueblo por una de las propiedades de aquí, de la ciudad? No tiene que ser esta, podríamos decir que se nos hacía muy grande para vivir mi hija y yo, y que hemos decidido cambiar de aires —le preguntó mi madre al abogado, que negó con la cabeza.

—Las instrucciones son claras, no podéis permanecer en ninguna de las propiedades que no sea la casa indicada —le contestó él.

—Yo me voy, tengo que hablar con mis suegros —dijo mi hermano, dejando al abogado con la palabra en la boca.

Por mucho que mi madre lo intentó, no hubo manera de que el abogado cediera. Realmente, a mí me dio igual, pues lo que me importaba es que mi padre ya no estaría más con nosotros, ya no sentiría sus besos al acostarme, ni su sonrisa al darme los buenos días. Por mí, como si teníamos que vender hasta las bragas. Eso sí, no me pude reprimir de decirle a mi madre lo que pensaba.

—Tú, puedes irte a vivir con el chófer, así no tendréis que esconderos más —le dije con rabia, y lo que recibí fue una bofetada que me cruzo la cara.

Capítulo 4



Una vez que todo el mundo se marchó de la casa, porque ya no la consideraba como mía, mi madre nos reunió a mi hermano y a mí en el despacho de mi padre.

—Ese hombre, dándonos guerra hasta el último momento. Albert, espero que, al menos tú, hayas podido arreglar las cosas con tu suegro —le dijo a mi hermano, que se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, mamá, tan solo me ha pedido una cosa…

—La que sea, Albert, cariño. Haz lo que sea por mantener el estatus de la familia —le dijo ella, sonriente, como si ya se hubiera salido con la suya.

—No creo que te guste mucho, mamá. Lo que me ha pedido mi suegro para seguir adelante con la boda, de la que se encargarán ellos en su totalidad, es que deje a mi familia a un lado. En cuanto salga por esa puerta, empezará a prepararlo todo, el me pagará el año que me falta para terminar la carrera, con todo lo que eso supone —dijo Albert, ante el asombro de mi madre.

—¡No puedes hacer eso! ¿De qué voy a vivir yo? —le dijo, indignada.

—Si algo me has enseñado en esta vida, mamá, es que cada cual se tiene que sacar las castañas del fuego él solo. No pienso comprometer mi futuro, ni por ti ni por nadie. Es por ello por lo que, voy a recoger mis cosas, y me marcho. Mi prometida me está esperando en el coche, junto a sus padres —le dijo él, y a mí me salió una carcajada.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia, estúpida? —me preguntó, furiosa.

—Mamá, si aquí hay alguien estúpida, esa eres tú, que no eres capaz de asumir que vuelves a tus orígenes, por mucho que los detestes. Yo también voy a preparar mi equipaje, quiero salir para el pueblo lo antes posible —le contesté.

—No te vayas a pensar que vas a vivir allí, en esa casa, pues, en cuanto todo termine, la pienso poner en venta. Con el dinero que me den por ella, me compraré una casa aquí, y empezaré de cero… —dijo, haciéndose ilusiones, como si con esa venta pudiera recuperar su estatus en la sociedad, esa que, estaba completamente segura, le daría la espalda en cuanto se enteraran de su situación económica.

—Mamá, con lo que te paguen por esa casa, aquí, solo podrás optar a un apartamento, y no en uno de los mejores barrios. ¿Por qué no eres realista de una vez y haces las paces con tu pasado? No creo que sea tan malo vivir allí, podemos empezar de cero, buscar trabajo…

—¿Yo, trabajando? No digas más sandeces, Lily, por favor. Eres igual que tu padre, que prosperó en la vida gracias a mí, a que yo era la que lo obligaba a que fuera arriesgado y atrevido. Si por él hubiera sido, todavía estaríamos en ese pueblucho de mala muerte sirviendo a los demás en la ferretería de tu abuelo —me dijo, con desprecio.

—Pues yo me pienso quedar allí. Es mejor tener un techo y un plato de comida en un pueblucho de mala muerte, que vivir de la caridad en la ciudad. Buscaré un trabajo por las mañanas y seguiré estudiando por las tardes, o al revés, ya veré como me puedo organizar —le dije, empezando a guardar mi ropa en una maleta.

Metí toda la ropa de firma en una bolsa aparte. No me serviría allí donde iba, y me podían dar un buen dinerito por ella en la tienda de segunda mano del centro. Avisaría a Valery para que me acompañara. Era a la única a la que echaría de menos, tal vez también a Alan, por lo que hubiera sido y no pudo ser, por esa amistad que se quedó a medias, y por ese beso que no nos habíamos dado ni nos daríamos ya.

Dejé a mi madre en el salón, maquinando la manera de poder burlar la última voluntad de mi padre. Viendo como el chófer la cogía de las manos, sin ningún pudor ni vergüenza, y como ella lo rechazaba por no ser la persona que a ella le hubiera gustado que fuera.

—Dime amiga, ¿cómo os ha ido todo? —me preguntó Valery, en cuanto que la llamé por teléfono.

—Peor que mal, pero la vida es así. Te llamaba para saber si puedo pasar la noche en tu casa, no me apetece hacerlo bajo el mismo techo que mi madre y, total, de todos modos, no podré vivir aquí…

—¿Qué me estás contando? Por supuesto que puedes dormir aquí, así hablamos de todo lo que te ha sucedido, a ver si podemos buscar una buena solución entre todos —me dijo mi amiga, pero la solución que había ya la sabía.

Avisé un taxi, pues tenía unos ahorros que nadie sabía. No era mucho, pero, al menos, me daría para comer mientras que terminaba el curso escolar. Durante el verano buscaría trabajo y así ahorraría un poco para poder matricularme en la universidad.

Cuando llegué a casa de mi amiga, sus padres me estaban esperando con los brazos abiertos, una cama limpia y un plato de sopa caliente, como si fuera una hija más que hubiera llegado después de un largo viaje.

—Lily, mi vida. ¿Qué tal te encuentras? —me dijo su madre.

—Hola Patty, pues como suele decir una de mis escritoras favoritas, jodida y puesta al sol —le respondí.

—Ha sido un duro golpe, lo sé. Nadie está preparado para una muerte así de repentina, los accidentes de coche están a la orden del día, pero nunca pensamos que nos puede tocar a nosotros o a alguien de nuestra familia —me dijo Sam, su padre.

—¿Accidente de tráfico? Claro, eso habrá sido lo que mi madre le ha hecho creer a todos… Mi padre no ha muerto así, Sam. Mi padre se ha quitado la vida, se ha suicidado, agobiado y ahogado por las deudas, unas que no

hacían más que crecer por culpa de mi madre, que no paraba de derrochar dinero. Quizás, si mi padre se hubiera divorciado, si hubiese sido capaz de pararle los pies, aún estaría vivo —le respondí, con lágrimas en los ojos.

—¿Lo estás diciendo en serio? —me preguntó Valery, pues ni a ella siquiera le había contado nada.

—Completamente en serio. Y ha dado orden…

Les conté a todos lo que mi padre había dejado por escrito que se hicieran con sus propiedades, y que me tendría que marchar al pueblo, al menos de momento, hasta que pudiera terminar el bachillerato y solicitar una beca para estudiar en la universidad, y volver de nuevo a la ciudad. Si eso no ocurría, me tendría que quedar allí indefinidamente.

—Amiga, no me puedes dejar sola en esta jauría de perros rabiosos —me dijo Valery, con lágrimas en los ojos.

—No tengo otro remedio, Valery. Aquí ya no tengo ni casa. Mañana voy a ir al centro, a la tienda de segunda mano. Allí venderé mis vestidos de firma. Con lo que saque de ellos más lo que tengo ahorrado, podré vivir hasta que termine el curso. Luego, buscaré un trabajo que me ayude a sobrevivir —le conté, mientras que ambas llorábamos por lo que se nos venía por delante.

—Lily, nuestra casa estará abierta para ti siempre. Si quieres quedarte a vivir aquí hasta que termines el curso… —me dijo Patty, acariciando mi espalda.

—No puedo pagar la mensualidad del centro, Patty. Te lo agradezco de corazón, pero prefiero irme cuanto antes y empezar a hacerme a la idea de que tendré que vivir allí —le dije, dándole un abrazo.

Esa noche fue una de conversaciones largas, de confidencias y de promesas. Le prometí a Valery que nos veríamos los fines de semana, y que hablaríamos todos los días. Nos dieron las claras del día hablando, pero no podía irme a dormir, pues tenía que marcharme lo antes posible.

Tanto mi amiga como su madre, me acompañaron a vender mis modelos, iban con facturas, para demostrar su autenticidad y que no le restaran valor. Al

final, saqué muchísimo más de lo que tenía pensado, y podría vivir holgadamente hasta finalizar el curso. Tenía que acudir al nuevo instituto para solicitar mi matriculación, y tramitar la baja en el actual. Enviaría un correo electrónico esa misma tarde, en cuanto estuviera en la casa. Sabía que tendría que hacerme con otro número de teléfono, pues ese, que pertenecía a la empresa de mi padre, se daría de baja en cuanto esta pasara al nuevo propietario.

Me parecía todo un sueño, más bien una pesadilla, de la que despertaría en cualquier momento, pero nada más lejos de la realidad. Todo lo que estaba viviendo era cierto y, aunque me dolía dejar todo atrás, estaba convencida de que saldría adelante.

Capítulo 5



Me subí a ese autobús cargada de pena y de sueños que se habían quedado atrás, encerrados en el desván de mi vieja casa. No me despedí de mi madre, ella seguía empeñada en ser la misma, acudir a los mismos sitios y seguir con su vida como si nada hubiera ocurrido, no era capaz de ver la realidad.

El autobús me dejó en la plaza del pueblo. Se veía bonito, y la gente parecía amable, pues me saludaba a su paso, sin siquiera conocerme, y eso me gustó mucho. No sabía dónde se encontraba la casa, e iba dando tumbos como una peonza, hasta que me rendí y entré en una pequeña cafetería que encontré por el camino.

—Buenos días. ¿Qué le pongo? —me preguntó una señora con aspecto dulce y una sonrisa encantadora.

—Buenos días. Un café con leche y una tostada con mermelada de albaricoque, por favor —le dije.

—No tenemos mermelada de ese sabor, pero sí que tengo una casera de frutos rojos que te quita todas las penas —me respondió, sonriente.

—Pues si tiene ese poder, póngame una tarrina de cinco kilos para llevar —le respondí, y soltó una carcajada.

—Mi nombre es Lotti, y estoy aquí para todo lo que necesites. Una chica tan jovencita y guapa como tú, no debe tener muchas penas —me dijo, y ahora la que me reí fui yo.

—Si yo le contara… Pero bueno, vengo decidida a dejar mis penas a un lado. Me gustaría preguntarle algo, lo mismo usted puede ayudarme —le dije.

—Tú dirás, pero no me llames de usted, que me haces sentir como mi madre. Solo Lotti.

—Está bien, Lotti. Estoy buscando la casa de los señores Patterson. ¿Usted sabría indicarme donde puedo encontrarla? —le pregunté.

—Claro que sé dónde está, todo el pueblo lo sabe. Pero, si vienes buscando a alguien, siento comunicarte que los propietarios no vienen por aquí desde hace años. En concreto, desde que murieron los señores Patterson. Su hijo vino por aquí para arreglar la documentación y para reformar la casa, después de eso, ni una sola visita. Incluso su esposa, que todavía tiene aquí a sus padres —me dijo, como enfadada.

—¿Todavía viven sus padres? —le pregunté, con demasiado entusiasmo para mi gusto.

—¿Tienes algo que ver con ellos? Ahora que te miro, te pareces muchísimo a Mary. ¿Sabes que era mi mejor amiga? Cuando se casaron y se hicieron ricos, dejó de hablarme —me dijo, y ahora que me fijaba, era más o menos de la edad de mi madre.

—Soy su hija. Mi padre ha fallecido y he decidido venirme a vivir a la casa de mis abuelos —le dije, y le faltó saltar la barra, porque salió inmediatamente para darme un abrazo.

—¿Sabes la alegría que le dará a tus abuelos cuando sepas que estás aquí? —me preguntó, y negué con la cabeza —¿Tú madre también ha venido contigo?

—No, a las dos preguntas. A la primera, no tengo ni idea, porque no los he visto en mi vida. Cuando le preguntaba a mi madre sobre ellos, siempre me cambiaba de tema. Aprendí con los años, que no me diría nunca nada. Y con respecto a la segunda pregunta, ella ha preferido seguir viviendo allí, en su palacio de cristal y aparentando lo que no es —le respondí.

No me dejó pagar el desayuno y me pidió que la esperara diez minutos que llegaba la otra camarera para acompañarme hasta la casa, y luego, vendría conmigo a conocer a mis abuelos. Estaba nerviosa, no lo voy a negar, pues si me rechazaban, el dolor sería inmenso, aunque lo hubiera entendido.

Llegamos a la casa y me pareció preciosa, nada ostentosa, por supuesto, pero realmente bonita. Tenía un porche delantero con un jardín que se veía cuidado. Constaba de una sola planta, con dos habitaciones, una de ellas con baño incluido, un despacho, otro baño al fondo y una cocina abierta al salón que, sin ser demasiado grande, tenía un aspecto de lo más acogedor.

—Del jardín se ha estado ocupando tu abuela, hasta que su salud se lo ha permitido. Desde entonces, todos los vecinos nos encargamos por turnos. Supongo que, ahora que estás aquí, serás tú quien lo haga —me dijo.

—No tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo. En mi casa de la ciudad se ocupaba el jardinero. Al igual que no sé cómo se fríe un huevo o como se pone una lavadora. Mi madre jamás se encargó de enseñarme nada de eso, su argumento era que para eso estaba el servicio —dije, apenada.

—Yo te enseñaré. Que una niña como tú sea capaz de empezar de cero, sola, dice mucho de ti. Te pareces tanto a la Mary que era antes de marcharse de aquí…

—Pues ojalá no me parezca nunca a la que es en la ciudad. Clasista, despiadada, altanera… —le dije, describiendo a mi madre.

Dejé mi maleta en la habitación principal. Estaba todo lleno de polvo, de la cantidad de años que hacía que no entraba nadie. Pero eso tenía fácil solución, abrí las ventanas para que saliera el olor a cerrado y me dispuse a ir al supermercado del pueblo, donde compraría todo lo necesario para limpiar la casa. Por supuesto, Lotti iba conmigo, como si me hubiera adoptado como su propia hija.

—¿Sabes? Tengo una hija de tu edad, que está ahora mismo en casa. En cuanto terminemos, iremos allí, te invitaré a comer y así la conoces —me dijo.

—Me encantaría conocerla, y así, al menos, tener a una amiga aquí. Espero que congeniemos.

—Oh, por supuesto que lo haréis. Se llama Charlotte, aunque todos le decimos Charly, para diferenciarla de mí, y es una niña adorable —me contó.

—¿Tú también te llamas Charlotte? —pregunté, algo asombrada.

—Sí, pero todos me llaman Lotti.

No quise ir a casa de mis abuelos hasta que no tuve toda la casa limpia. Lotti me ayudó muchísimo, y me enseñó como hacerlo. Incluso me dijo como poner una lavadora, metiendo en ella las cortinas de las habitaciones y del salón.

—Creo que ha llegado el momento de ir a visitar a tus abuelos —me dijo Lotti.

—Sí, pero tengo miedo. ¿Y si no me quieren ver? ¿Y si siento el rechazo por su parte? Lo peor es que los entendería, mi madre no hizo las cosas bien con nadie, ni siquiera con mi padre, que le dio todo lo que tenía —dije, más para mí que para ella.

—Eso no va a suceder, Lily, te lo aseguro —me respondió ella.

Cogí mi abrigo y mi bolso, y salí con ella hacia la casa de mis abuelos. Me temblaban hasta las pestañas, no lo voy a negar, pero también tenía un anhelo que no había sentido en la vida. Llegamos a su puerta, que no distaba más de dos o tres casas de la que mi padre había restaurado.

—¡Lotti, querida, qué alegría verte! Y esta muchacha tan bonita, ¿quién es? —dijo mi abuela, que había sido la que había abierto la puerta.

—Hola, Rosie, ella Lily, tu nieta —le dijo ella, y mi abuela tuvo que sujetarse al marco de la puerta para no caerse, se había llevado una tremenda impresión al oírla.

—Lottie, desde luego, podías haber tenido un poquito más de tacto —le dije, ayudando a mi abuela a sentarse en el salón.

—¿En serio eres la hija de Mary? ¿De mi Mary? —me preguntó, con lágrimas en los ojos.

—Sí, esa soy yo. ¿Puedo llamarla abuela? —le pregunté.

—No solo puedes, es que debes llamarme de ese modo, y nada de hablarme de usted. Mi sangre corre por tus venas, mi niña, aunque a tu madre eso fuera lo último que le gustaba —me dijo ella, y no pude hacer otra cosa que darle un abrazo.

En ese abrazo, ambas lloramos, fue como si por fin las dos hubiéramos encontrado nuestro lugar. Mi abuelo llegó poco después, y cuando se dio cuenta de quien era yo, porque no hizo falta decirle nada, se arrodilló y lloró como un niño pequeño al que, por fin, los Reyes le habían traído su tan ansiado regalo.

—Mis súplicas han sido escuchadas —dijo mi abuelo, en un momento determinado.

—Yo también estoy muy contenta de haberos conocido, por fin —le dije, tomando su mano entre las mías.

—¿Tu madre y tu hermano también han venido? —me preguntó el pobre, y negué con la cabeza.

Les conté todo lo que había sucedido, y como mi madre había tenido que ver en todo ello. Mi abuela se puso a llorar, mientras mi abuelo demostró lo furioso que estaba. No se podía creer que su propia hija hubiera sido la culpable de que un hombre se quitara la vida a causa del dinero, y mucho menos, que hubiera sido capaz de engañarlo con otro.

—Desde este momento, mi hija ha muerto para mí —dijo mi abuelo, dándose media vuelta y saliendo del salón.

Capítulo 6



Los días fueron pasando, al igual que las semanas y los meses, y ya había terminado mi último curso en el instituto. Me había hecho muy amiga de Charly, y cuando Valery venía a visitarme, salíamos las tres al único pub que había en el pueblo, y estábamos allí hasta que ya no aguantábamos más. En esos días, mis amigas se quedaban a dormir en mi casa. Ahora tenía un terrible dilema, porque, me tocaba volver a la ciudad, para ir a la universidad, y me hacía sentir terriblemente mal dejar a Charly y poder encontrarme con Valery.

—¿Has pensado ya a qué universidad quieres ir, Charly? —le dije esa mañana, sentadas en el salón de mi abuela.

—No creo que pueda ir, ya sabes cómo está la situación económica en mi casa —dijo ella.

No es que la mía estuviera para tirar cohetes, la verdad, pero la ayuda de mis abuelos todos estos meses me había servido para no tener que gastar ni un céntimo de lo que tenía ahorrado. Los gastos de la casa estaban cubiertos, eso lo había dejado mi padre muy claro antes de morir, y con respecto a la comida, mis abuelos me hacían ir a su casa a diario para comer juntos, y me enviaban la cena en un táper, con lo que poco tuve que comprar.

—Charly, eres la mejor amiga de mi nieta en este pueblo. Sabes que nosotros no somos ricos, ni mucho menos, pero la venta de las tierras de la zona del norte nos ha dado un buen pico, uno que queremos utilizar en vosotros, por lo que, más vale que vayáis eligiendo universidad, porque me gustaría que siguierais las dos juntas —dijo mi abuelo, que entraba en ese momento por el salón.

—Abuelo, no veo justo que gastéis vuestro dinero en mí. Eso es para vosotros, para que lo disfrutéis en viajes o en lo que vosotros queráis —le dije, pues pensaba optar a una beca, aunque no tuviera unas notas demasiado brillantes, pero algo me darían.

—Eso mismo, lo vamos a gastar en lo que nosotros queremos, que no es otra cosa que en el futuro de nuestras nietas —me dijo, pues consideraban a Charly una nieta más.

—Señor Jefferson, no puedo aceptar eso —dijo Charly.

—Por supuesto que vas a aceptar. Al igual que mi nieta, y os vais a hacer dos mujeres de provecho, de las que todo el pueblo nos sintamos orgullosos —dijo mi abuela.

No tuvimos opción a réplica, ni siquiera lo intentamos, la verdad. Mi abuelo había sentenciado una afirmación, y teníamos que acatarla. Ese mismo día, ya con las notas en nuestras manos, nos dispusimos a mirar universidades, ambas optamos por una pública, que sería mucho más barata que una privada, porque no solo era la matrícula, sino que también era el alojamiento y todo lo que con ello conllevaba.

Encendí la televisión y justo en ese momento, daban una noticia que me dejó casi sin aliento, era sobre mi madre y su reciente compromiso con uno de los hombres más adinerados de la sociedad. Según ella, había sido un encuentro fortuito y un flechazo inmediato, pero conociéndola, tenía claro que era todo orquestado por ella, para continuar en el candelero. La boda se celebraría ese mismo fin de semana, y no había recibido la invitación, ni siquiera se había preocupado de si yo estaba bien o si tenía algo que llevarme a la boca.

Para ella era como si yo hubiese desaparecido del mapa, eso sí, a mi hermano sí que lo perdonó en cuanto que se hizo público su noviazgo con ese ricachón, que le sacaba, al menos, diez años. Se le veía un hombre bueno y noble, pero estaba segura de que mi madre, acabaría con su paciencia, tal y como hizo con mi padre.

—¿No te ha invitado? —me preguntó mi abuela.

—No, para ella es como si yo no existiera. Pero ¿sabes qué? Que mejor para mí, porque así no tengo que fingir que estoy de acuerdo y contenta. Desde que llegué aquí, he conseguido estar en paz conmigo misma —respondí a mi abuela.

Valery me contaba cosas de los chicos, sobre todo de Alan. Me dijo que estaba saliendo con una chica, la hija de unos amigos de sus padres, y algo dentro de mí se rompió. Fue como si, de repente, todo el mundo me hubiera borrado del mapa y fuera invisible.

Tomé la determinación de que yo también tenía que seguir con mi vida, conocer a un chico que me hiciera sentir bien, que me cuidara y me protegiera, no porque yo lo necesitara, sino porque no me había sentido así en la vida.

Cuando vivía en la ciudad, mi padre siempre andaba muy ocupado con el trabajo y con respecto a mi madre, ella se empeñaba en lucirme como a un florero, intentando buscarme un hombre apropiado para mi estatus, sin preocuparse en mis deseos o en mis inquietudes. Yo no tenía que estudiar, tenía que buscar un marido que me mantuviera y al que servirle como el mejor adorno en sus fiestas y compromisos.

Al final, nos decidimos por la universidad que estaba en la ciudad, así podíamos volver los fines de semana al pueblo. Charly decidió que estudiaría Derecho y me decidí por Económicas, pero ambas estaríamos en el mismo campus. Encontramos un pequeño apartamento de dos habitaciones a pocos minutos de la universidad que nos encantó, por lo que decidimos que ese fin de semana iríamos a visitarlo y si era tal y como estaba en las fotos, nos lo quedaríamos sin dudar.

Hablamos con mis abuelos para contarles todo, y se mostraron de acuerdo con todo. Preparamos una mochila cada una con algo de ropa, pues ese fin de semana lo pasaríamos allí, y dormiríamos en casa de Valery, cuyos padres nos abrieron las puertas de su casa de lo más encantados.

—Que alegría teneros aquí, Lily —me dijo Patty, dándome un abrazo.

—Patty, ella es Charly, otra buena amiga como Valery —le dije, pues no la conocía personalmente, tan solo lo hacía de oír a su hija hablar de ella.

—Encantada, Charly, siéntete como en tu casa. Sam ha tenido que salir, pero no creo que tarde mucho en llegar. Mientras, podemos tomarnos un refresco en la cocina, o se me quemará la comida —nos dijo, y ambas empezamos a reír.

—¿Dónde está Valery? —pregunté, pues me extrañaba que no hubiera salido ya dando saltos y gritos de alegría por vernos allí.

—Mi hija ha salido para la entrevista de la universidad. De ello depende la beca y el poder seguir estudiando o no —nos dijo, con mucho pesar.

Mi amiga era una excelente estudiante, y se merecía esa beca. Su familia no tenía medios para que pudiera seguir estudiando, y dependía de ese trámite para poder hacerlo. En ese momento, escuchamos las llaves de la puerta, y entró dando gritos.

—¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! —dijo, sin fijarse en que nosotras estábamos ahí.

—¿En serio, hija mía? ¡Cuánto me alegro! —le dijo su madre, con las lágrimas cayendo de la emoción.

—Sí, mamá. Iré a la universidad y estudiaré Medicina, lo que siempre he soñado. ¡La doctora Williams! —dijo ella, como si se estuviera visualizando ya en un hospital, ejerciendo de ello.

—Nosotras también nos alegramos mucho por ti —le dije, y se volvió, completamente sorprendida.

—¡Lily! ¡Charly! ¡Estáis ya aquí! —exclamó, viniendo hasta nosotras para darnos un abrazo.

—Sí, hemos llegado hace un ratito —le dijimos, correspondiendo a su abrazo.

—Esta noche tenemos que salir de fiesta, tenemos que celebrar que volvemos a estar juntas, aquí, en la ciudad —nos dijo, emocionada.

—Está bien, pero no hasta muy tarde, que mañana tenemos que madrugar para ver el apartamento en el que nos quedaremos. Supongo que tú te quedarás aquí, en tu casa, ¿no? —le pregunté, y vi como torcía la cara.

—No podré quedarme aquí, pues me cogerá demasiado lejos de la facultad. He decidido que me quedaré en la residencia, será mucho más cómodo —nos dijo, con algo de pesar, sobre todo por su madre.

—Es lo lógico, Valery. No te puedes llevar toda la vida bajo nuestras alas, por mucho que me pese. Tienes que salir y vivir la vida de un universitario, y no seremos nosotros los que te cortemos las alas —le dijo su madre.

Nos mantuvimos en la cocina hasta después de comer, que fue cuando nos fuimos a la habitación de nuestra amiga, a la que veíamos un tanto emocionada y alterada, y sabía que no era solo por lo de la universidad.

—Habla ahora o calla para siempre —le dije, haciéndole un gesto con la mano para que abriera la boca.

—Es que… he conocido a alguien, y me gusta mucho. Va a estudiar en la misma universidad que yo, y espero que se fije un poquito más en mí —nos dijo, pero no dijo de quién se trataba.

Capítulo 7



Los meses pasaban casi volando y, sin darme cuenta, estaba ya en el último curso de la carrera. Mi madre se había casado con su prometido, y actualmente, se encontraba dando la vuelta al mundo con él, mi hermano y su familia. Había sido tía de dos niños, pero ni siquiera los conocía. Si sabía de su existencia era porque me lo habían comentado en la universidad, uno de mis compañeros era vecino de ellos, y vino a decírmelo.

Mis abuelos seguían igual de bien que siempre, e iba a verlos cada vez que podía. Con respecto a mi amiga Valery, la cosa se enfrió entre nosotras, pues se echó un grupo nuevo de amigos, entre los que estaban todos los pijos del instituto. Su madre me contó, uno de los días en los que me la encontré por la calle, que estaba saliendo con un chico de su pandilla de amigos, pero no especificó de quién se trataba, ni yo tampoco pregunté.

—Ay, hija, no te puedes imaginar lo que ha cambiado Valery. Es como si se avergonzara de nosotros. Nos ha llegado a decir que no quiere que vayamos a la ceremonia de graduación, pues no hay necesidad de que hagamos un gasto de dinero para un rato —me contó.

—Ya se arrepentirá, Patty. Todo el esfuerzo que habéis hecho por ella…

—En realidad el esfuerzo lo ha hecho ella, que se ha dejado las pestañas estudiando y consiguiendo beca tras beca. Sé que no somos del círculo social en el que se mueve ahora, y que nuestra presencia puede provocar una ruptura con ellos, incluso con su novio, al que ni siquiera conocemos, pero eso no evita que nos cause dolor —me explicó.

—Me recuerda tanto a mi madre en su manera de actuar… Si te sirve de consuelo, yo iba a ir a verte mañana, porque a mí sí que me gustaría que estuvieras en mi graduación, y a Charly también —le dije, y era cierto.

—Me hace muy feliz, pero no creo que sea conveniente. Si mi hija se entera, puede pensar que lo hemos hecho para hacerle daño, y lo que menos me apetece es alejarme más de ella —me contestó, con una pena que se le notaba en el tono de la voz.

—Bueno, piénsalo. Ya te haré llegar el día y la hora, me gustaría que conocieras a mis abuelos y a la madre de Charly —le dije, dándole un beso en la mejilla y un abrazo a modo de despedida.

Seguí mi camino hasta nuestro apartamento, ese que mi abuelo había terminado comprando y reformando a mi gusto. Decía que prefería pagar por algo que fuera mío que seguir tirando el dinero con un alquiler. De sobra sabía que mi futuro estaba en la ciudad, pero que seguiría yendo cada fin de semana y fiestas que pudiera, como Navidad o verano, que lo pasaba a su lado.

Llegó el día de la graduación, y mis abuelos estuvieron allí para acompañarnos, con sus mejores galas, como si fueran a una boda de la realeza, y me encantó verlos así, tan orgullosos de mí. Como si alguien les hubiera dicho algo, allí apareció mi madre con su reciente marido y mi hermano con su prole.

—Hija, que alegría ver que has cumplido tu sueño —me dijo mi madre, como si ella hubiera contribuido en algo.

—No gracias a ninguno de ustedes, por suerte para mí. Si no llega a ser por mis abuelos, esos a los que tú tanto has despreciado, no estaría hoy aquí —les dije a todos, pero en especial, a mi madre.

—Si hemos venido hasta aquí ha sido porque necesitamos hablar contigo. Hemos dicho que ya no se paguen más los gastos de la casa del pueblo, ya ha pasado el tiempo estipulado y hemos decidido venderla —me dijo mi hermano, dejándome con la boca abierta.

—Eso será si yo quiero y firmo —le dije, furiosa.

—No, querida, esa casa es mía, me pertenece por ley. Así que, te agradecería que fueras recogiendo tus cosas, porque a lo largo de la semana que viene irán los de la inmobiliaria —me dijo, elevando la barbilla.

—No se preocupes por eso, señora Mary, que mi nieta dejará esa casa libre en cuanto que lleguemos al pueblo. Eso sí, nuestros abogados te pasarán la factura de todas las reformas que hemos tenido que acometer para su mantenimiento —le dijo mi abuelo, que me puso el brazo por los hombros.

—Papá, no te metas —le contestó ella.

—Yo no tengo hija, murió el mismo día en el que su marido se quitó la vida. Ahora, viendo a tu otro hijo, entiendo que lo mejor que le pudo pasar a Lily fue llegar hasta nuestro pueblo —le contestó él.

Mi madre y mi hermano no sabían que decir, mientras que mi cuñada me miraba con desprecio, como si no hubiera sido capaz de encontrarme un marido, que, para las mujeres como ella, era el culmen de la realización personal.

—Vámonos a cenar, nieta mía, que ya nos están esperando Charly con Lotti —me dijo mi abuelo.

—¿Lotti? ¿Mi Lotti? Pues, si vais con ellas, como mucho os llevarán a una hamburguesería —dijo mi madre, haciendo que, tanto mi hermano, como su mujer, soltaran una carcajada.

—No sé dónde iremos, pero desde ya te digo que prefiero comerme un sándwich de pavo con ellas en un escalón, que una delicatessen con vosotros en el mejor de los restaurantes —le contesté, rabiosa.

—Lo siento, querida, pero he sido yo el que he hecho la reserva, en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Para mi niña, todo lo mejor y me parece poco —le dijo mi abuela, a la que mi madre no había visto.

Mi madre no sabía que mi abuelo había vendido todas las tierras que poseía, y que se lo habían pagado muy bien. Con ese dinero, habían invertido en mi educación, además de poner su casa a mi nombre, por eso no le molestaba que mi madre quisiera vender la casa en la que yo vivía. Me daba

un coraje horrible, porque ella no le daba el valor sentimental que yo le di. Para mí, había sido un refugio, el techo en el que refugiarme cuando todo mi mundo se vino abajo, cuando el cielo se derrumbó sobre mi cabeza.

—No te preocupes por eso, tu abuela y yo tenemos algo pensado, así que, saca tan solo tus efectos personales, no vayas a quitar nada más —me dijo mi abuelo.

—No, abuelo, no lo pienso consentir. Tengo vuestra casa, y de ellos no quiero nada. No vamos a contribuir en su ego. La vamos a dejar en esa inmobiliaria, que tenga que ir bajando el precio hasta que no pueda más. Me he enterado de que ese dinero lo quiere para mi hermano, para que pueda comprar una casa más grande, porque la fea de mi cuñada está embarazada de nuevo —le dije, y mi abuelo soltó una carcajada.

—La verdad es que la muchacha no es muy agraciada. No entiendo como tu hermano, con lo buen mozo que es, ha terminado casado con ella —dijo mi abuela, a modo de reflexión.

—Ay, abuela, mi hermano no ve su cara, lo que está viendo es el símbolo del dólar en sus ojos, porque todo lo que tiene de fea lo tiene de millonaria —le contesté, y ella soltó una risa.

—Mucho me temo que, mientras que ella está en su casa, encadenando la crianza de un niño con otro, él se divierte por ahí con unas y con otras. En eso no ha salido a su padre —dijo mi abuelo, y yo asentí.

Nos reunimos con Charly y con su madre, y nos dispusimos a ir hasta el restaurante, donde teníamos una reserva hecha. Cuando me di cuenta de dónde íbamos a cenar, me llevé las manos a la cabeza, pues era uno de los más caros. Lotti también me miró, pues ella no se lo podía permitir.

—No quiero que miréis los precios de la carta. Esta noche vamos a cenar a lo grande, como si fuéramos unos señores, gracias a los intereses que me ha dejado la venta de las últimas tierras —nos advirtió mi abuelo.

—Abuelo, pero podíamos haberlo hecho en algún otro lugar que no te costara tanto. Aquí hay muy buenos restaurantes…

—Sí, lo sé, pero este es el mejor, y eso es lo que quiero para mi familia, que sois todas vosotras —respondió él.

Efectivamente, cenamos como reyes, entre risas y bromas, sobre todo cuando vimos entrar a mi madre con todo su séquito, y mi abuelo se permitió el lujo de enviarles una botella de vino de las más caras, y decirle al camarero que le entregara una nota con ella, en la que pusiera que brindara por lo único bueno que le había dado a la vida, que era yo. Lo que nos reímos con su cara cuando mi abuelo levantó la copa en su dirección.

Capítulo 8



En la actualidad…

Estaba en mi despacho, hablando con uno de mis compañeros, con el que tenía algo así parecido a una relación, aunque sin ponernos etiquetas. No es que sintiera esas mariposas que siempre había leído que te entraba en el estómago cuando estabas enamorada, pero me hacía sentir bien, querida y protegida, y en el sexo nos complementábamos también muy bien, así que, pensé que no podía pedirle más a la vida.

Se llama Max, y es bastante guapo, la verdad. En cuanto nos conocimos, nos caímos bien y, poco a poco, la relación fue dando un pasito más, hasta que hemos llegado al punto en el que estamos ahora. Ambos trabajamos en el mismo departamento de una gran multinacional, es dos años mayor que yo, y fue mi mentor cuando entré en la empresa, hacía ya cuatro años.

No me costó mucho encontrar trabajo cuando terminé de estudiar, puesto que mi expediente académico era impecable. Charly también trabajaba en la misma empresa, pero en el departamento legal, era la jefa de ese departamento. En cuanto empezó a trabajar, demostró su valía y cuando el encargado de ese departamento se jubiló, el gerente no dudó en ofrecérselo y ella en aceptarlo.

—Lily, me ha llamado mi madre, y dice que ve a tu abuela de lo más decaída últimamente, pero que no quería decirte nada para no alarmarte —me dijo Charly a la hora de comer.

—¿Perdona? Ahora mismo cojo el coche y me planto en el pueblo, en cuanto termine mi jornada laboral —le dije, poniéndome de lo más nerviosa.

—No te alteres, cariño. Puede ser cualquier nimiedad, pero con su edad, parece un mundo —me dijo Max.

—Me da igual, me la pienso traer y que la vean los mejores médicos —dije, medio enfadada por lo que me había dicho.

—Y yo te apoyo, sabes que siempre ha sido y será así —me contestó él, y vi que me había pasado.

—Lo siento, no debí hablarte así, pero ha sido producto de los nervios —le contesté, y él se acercó a darme un beso en los labios.

Tal y como tenía pensado, y aprovechando que al día siguiente era festivo, en cuanto llegué a mi casa, cogí ropa que metí en una mochila y puse camino al pueblo, acompañada por Charly, puesto que Max, al día siguiente tenía una cena con su familia y le dije que fuera, que iría acompañada y que, ese fin de semana no tendría la cabeza nada más que para estar pendiente de mi abuela.

En cuanto llegamos al pueblo me fui directa para su casa y abrí con mi llave. Ese era mi cuartel general cuando estaba allí, pues mi madre consiguió vender la casa de mis abuelos paternos casi al mismo tiempo en el que la puso a la venta. Con el dinero, se pegaron un viaje, pues según mi hermano, se lo debía a su esposa por todo el tiempo que la dejaba sola. Al final, mi abuelo tenía razón, y mi hermano iba con una y con otra, disfrazando sus deslices con cenas de trabajo y reuniones.

—Lily, ¿qué haces aquí, mi niña? —me preguntó mi abuela, casi sin voz.

—¿Por qué no me has dicho nada de que te encontrabas mal? Abuela, hemos hablado mil veces por teléfono, y nunca me has dicho nada —le reclamé, enfadada.

—Pues porque tú tienes tu vida allí, tu trabajo, tus propias preocupaciones, y no quería añadirte ninguna más —me contestó.

—No digas tonterías, abuela. Tú eres y siempre serás lo más importante, mi prioridad. Así que, ahora mismo estás preparando tus cosas, porque mañana mismo te vienes conmigo a la ciudad. Te he cogido cita en el mejor hospital con los mejores médicos, te harán un chequeo general y no te dejaré venirte hasta que no estés completamente bien de salud —le dije, y la vi llevarse las manos a la cara.

—Ya sé lo que tengo, Lily, y sería perder el tiempo y el dinero. Es problema cardíaco, y…

—Y me da igual lo que digas. ¿Quién te ha visto? ¿El médico del pueblo? Pues lo siento por él, que no digo que no haga bien su trabajo, pero aquí no tiene el instrumental necesario ni se te puede aplicar el tratamiento adecuado.

—Está bien, pero con una condición. No pensamos inmiscuirnos en tu intimidad, así que, alquilaremos nuestro propio piso, lo más cercano a ti, eso sí —me dijo.

—Me parece perfecto, pero no por mi intimidad, sino por la vuestra. Ahora mismo aviso al portero de mi finca, pues el piso de al lado nuestro está puesto en alquiler, le diré que llame al propietario y le facilite mi teléfono, lo quiero dejar todo listo hoy mismo —le respondí.

Fui a buscar mi teléfono móvil e hice lo que había dicho, en menos de media hora ya había hecho la transferencia del dinero que me solicitó el propietario y tenía las llaves en la portería, para cuando llegáramos al día siguiente. El piso era un calco al mío, y se alquilaba amueblado, por lo que no teníamos que preocuparnos de nada más que de la salud de mi abuela.

Charly, como tenía varios días libres que no había cogido, se quedó en el pueblo, volvería el miércoles. Yo, llamé a mi jefe para coger una semana de mis vacaciones, pues no quería que mis abuelos fueran solos al médico, y no dudó en concedérmela, pero de mis horas extras, esas que había echado y que no había cogido todavía, pues, tanto Max como yo, solíamos acumularlas y cuando teníamos suficientes, no cogíamos los días para hacernos alguna escapada juntos, pero como me hacía falta para eso, ni me lo pensé, y las cogí.

—Podrías haberme consultado, al menos. Tenía pensado proponerte irnos a la sierra a esquiar durante unos días, a desconectar —me dijo mi chico, algo

molesto.

—¿Consultarte? Lo siento por ti, pero mis abuelos tienen prioridad, sobre todo, y más si es algo de su salud —le dije, y esta vez la molesta era yo.

—Lo sé y lo entiendo, pero es que, cada vez me estás excluyendo más de tu vida, Lily. A veces pienso que no sientes nada por mí, que estamos juntos por costumbre, porque te viene bien —me dijo, apenado.

—Eso no es cierto, pero debes tener en cuenta que, en ese momento, no pensé más que en ella, en que se ponga bien lo antes posible. Si es esa la percepción que tienes de lo nuestro, no sé si deberíamos seguir juntos —le dije.

—No quiero que rompamos, pero quiero que me incluyas en tus cosas, al igual que yo lo hago con las mías. Pero será mejor que lo dejemos para otro momento, o podemos terminar haciendo y diciendo cosas que no queremos. Cuando te encuentres mejor, llámame y hablamos —me dijo, dándome un beso en la mejilla, uno que me supo a tristeza y a dolor.

Llamé a la casa de mi abuela, que me estaba esperando arreglada y lista para salir. Tenía cara de miedo, como si supiera que le dirían que le quedaba poco de vida, como si presintiera que no hubiera esperanza para ello. Yo no quería pensar en eso, no me lo podía permitir, pues ellos eran el pilar fundamental de mi vida.

En cuanto llegamos al hospital, ya nos estaba esperando una enfermera, que nos llevó hasta una sala de espera, donde nos quedamos mi abuelo y yo, mientras que a mi abuela le hacían las pruebas pertinentes. Estábamos de lo más nerviosos los dos, pues, tanto para él, como para mí, era primordial que todo saliera bien.

—Abuelo, verás como aquí le encuentran el tratamiento que la hace mejorar —le dije, dándome ánimos a mí misma.

—No lo sé, mi niña, ya tenemos una edad y tenemos que acostumbrarnos a que nos tendremos que ir algún día. Tan solo espero que ninguno deje mucho tiempo solo al otro, y puestos a elegir, me encantaría ser yo quién se fuera primero —me dijo él.

—No digas eso ni en broma. Ninguno de los dos se va a ir todavía, tenéis que conocer a vuestros bisnietos, verlos correr por el jardín de la casa del pueblo —le dije, con lágrimas en los ojos.

—Ojalá, mi niña, ojalá —me contestó.

Durante más de tres horas permanecimos allí, pues ninguno se quería mover de aquella sala, por si acaso venía el doctor a buscarnos. Por eso, ni siquiera desayunamos, más que un café y una infusión que sacó mi abuelo de la máquina del hospital, al igual que un pequeño bollo de chocolate que me trajo y que le obligué a compartir.

—El señor Jefferson, por favor —dijo otra enfermera en la sala de espera.

—Soy yo, dígame —contestó mi abuelo.

—El doctor les espera en su consulta, acompáñenme, por favor —dijo ella, en cuanto vio que yo me levanté a la vez que mi abuelo.

Ese pasillo se me hizo eterno, era como si no se terminara nunca. Me sentía mareada, el suelo parecía que se abría bajo mis pies, y no encontraba el momento de llegar hasta el despacho en el que se nos diría toda la verdad, sin rodeos y sin historias.

—Buenas tardes, soy el doctor Smith, el encargado de realizar el chequeo a la señora Jefferson —se presentó.

—Encantado, doctor. Yo soy el esposo de Rosie, y ella es nuestra nieta, Lily. ¿Qué es lo que han encontrado, doctor? —le dijo mi abuelo, pues yo tomé asiento y no podía casi ni respirar, esperando el palo que nos iba a dar la vida.

—Tal y como le dijeron en su pueblo y ella me ha comentado, tiene un problema cardíaco, pero tiene solución. No le desaparecerá, pero con el tratamiento adecuado, podrá seguir haciendo su vida normal, con algunas limitaciones, como coger peso o hacer grandes esfuerzos —nos dijo el doctor, y no pude reprimir las lágrimas, pero esta vez eran de alegría.

—¿Está seguro, doctor? —le pregunté, pues no terminaba de creerlo y no quería hacerme ilusiones para luego darme de bruces con la realidad.

—Sí que lo estoy, pero no seré yo el que pueda tratar ese problema. Yo soy médico internista, y debe ser un cardiólogo el que lo haga. Eso sí, la derivaré a uno de los mejores, por no decir el mejor, en esa especialidad, el doctor Scotch. Él estará encantado de atenderlos, y le pondrá la medicación necesaria. No descarto que tengan que hacerle más pruebas de diagnóstico, pero eso es lo de menos —nos contestó él.

—Pues si es así. ¿Dónde podemos encontrar a ese doctor? —le preguntó mi abuelo, con una sonrisa.

—No se preocupe por eso, que yo mismo, desde aquí, le daré la cita correspondiente. Voy a intentar que sea mañana mismo, denme un minuto —nos contestó.

El doctor entró en la agenda de su compañero, y al ver que no tenía cita en un mes, no dudó en llamarlo por teléfono para que acudiera a su despacho. Nos quedamos allí esperando unos minutos, pues tampoco tardó mucho en llegar, y cuando se abrió esa puerta y vi quién era el doctor que trataría a mi abuela, mi corazón dio un vuelco.

¿Podría ser posible que estuviera allí, delante de mí, después de tantos años? ¿Se acordaría de mí? ¿Me reconocería? Porque yo lo había hecho al instante. Estaba más maduro, más hombre, pero seguía teniendo la misma cara e igual forma de mirar.

—Buenas tardes, soy el doctor Scotch —se presentó, pero no dije nada, no fui capaz.

—Buenas tardes, doctor Scotch —le respondió mi abuelo, estrechándole la mano.

—Me ha dicho mi colega que quiere que me haga cargo del caso de la señora Jefferson, y estoy dispuesto a hacerlo. Mañana no tengo hueco, pero podría verla ahora mismo, si les viene bien —nos dijo, con una sonrisa.

—Por supuesto, podemos quedarnos el tiempo que haga falta —le dije yo, y entonces nuestras miradas se encontraron.

Capítulo 9



—¿Lily? ¿Eres tú? —me preguntó y yo asentí con la cabeza.

—Alan… cuanto tiempo sin vernos —le dije, y se acercó para darme un abrazo.

—¿Son familia tuya? Si lo llego a saber, me habría hecho cargo mucho antes. Vayamos a mi despacho, le diré a mi enfermera que instale a la señora Jefferson en una de las habitaciones —nos dijo, mientras yo asentía con la cabeza.

—Son mis abuelos, los padres de mi madre…

—¿Los que me contaste aquel día que vivían en un pueblo? —me interrumpió, como si hubiese sido ayer el último día que hablamos.

—Esos mismos, y con los que estado viviendo todos estos años —le expliqué.

—Tenemos mucho de lo que hablar. ¿Te apetece que te invite a comer? Así nos podremos poner al día —me preguntó, algo nervioso.

—Me encantaría. Además, tengo todo el día libre y no me pienso mover de los alrededores hasta que no terminen de hacerle todas las pruebas —le contesté.

Justo estábamos hablando de todo, cuando la puerta de su despacho se abrió, y entró la última persona a la que esperaba ver, y mucho menos

hablándole a Alan en esos términos.

—Amor, veía a preguntarte si… Perdón, pensaba que estabas solo —dijo ella, Valery, sin fijarse en quienes estábamos en la habitación.

—Dime, que luego no tendré tiempo —le dijo él, con mucha desgana, lo que me dejó algo descolocada.

—Eso, que venía a preguntarte si comíamos juntos —le contestó ella.

—Lo siento, pero ya he quedado. Mejor lo dejamos para otro día —le respondió, sin decirle que era conmigo, la que había sido su mejor amiga.

—Oh, está bien, ya quedaremos en otro momento —en el momento en el que se fue a dar la vuelta, se fijó en mi abuelo y, por consiguiente, movió la cabeza hasta donde estaba yo.

No supo que decir, se quedó mirándonos como si no fuéramos real, como si todo fuera un espejismo fruto de su imaginación, hasta que mi abuelo le habló directamente a ella.

—¿Piensas quedarte así y no decirnos ni hola? —le preguntó, con un tono de reproche.

—Joseph… no sé ni que deciros. Ciertamente es que no os esperaba aquí. ¿Ocurre algo? —preguntó, cuando fue capaz de articular palabra.

—Es Rosie, mi mujer, está enferma. Pero ha caído en las mejores manos —le dijo mi abuelo.

—Entonces… ¿Has vuelto a la ciudad? —se dirigió, esta vez a mí.

—Hace mucho tiempo que volví a la ciudad, solo que tú has estado muy ocupada con tus nuevas amistades como para preocuparte en llamarme para tomar un café —le contesté.

—¿Tenéis algún tipo de seguro que os cubre? Porque, huelga deciros que este hospital no es barato. Aquí, todas las consultas son privadas. Creo que deberíais cambiar de centro médico…

—Mi abuela no se va a mover de aquí. Y, por el dinero, no te preocupes, que tenemos para pagar este hospital por diez años, si hace falta —le dije furiosa, porque ni siquiera había preguntado qué era lo que le pasaba a mi abuela, cuando ella le abrió las puertas de su casa cuando lo necesitó.

—No, si yo solo lo decía…

—Tú no tienes que decir absolutamente nada, el problema es nuestro —le dijo mi abuelo, igual de enfadado que yo.

—Además, no les pienso cobrar absolutamente nada a ninguno de los dos. Su abuela se marchará de aquí cuando se encuentre completamente recuperada —le dijo Alan, y ella se volvió a mirarlo como si le hubiese dicho que iría a operar a Marte.

—Eso va en contra de las normas, Alan, no puedes hacer eso —le contestó, enojada.

—Eso iría en contra de las normas si yo no lo facturara, pero como lo pienso hacer… con mi dinero hago lo que me da la gana —respondió, indicándole con la mano que saliera del despacho.

—En fin, no pienso meterme en nada, tú sabrás lo que haces. Hoy tengo guardia de veinticuatro horas, por lo que no podremos vernos esta noche. Ya te llamo mañana a ver como tienes el día —le dijo, como marcando territorio.

—Está bien, aunque desde ya te digo que tengo mucho trabajo, pero veré si puedo hacer un hueco.

—Tendrás que comer, digo yo —le respondió ella.

—Ya te aviso, ahora, si no te importa, déjanos a solas que tenemos mucho de lo que hablar —le dijo, insistiéndole para que se fuera.

—Adiós, Lily, ya nos veremos por aquí —me dijo, como si no estuviera dispuesta a aceptarme en su nuevo círculo. Lo que ella no sabía es que la que no quería entrar en él, era yo.

—Lo siento, Lily, por la interrupción. Como os iba diciendo…

Alan nos explicó en que consistiría el tratamiento de mi abuela, pero para llegar hasta ahí, antes tenía que comprobar que el diagnóstico fuera correcto y el grado en el que estaba la enfermedad.

—Pero, no preocuparos, que sea el grado que sea, que espero que estemos en la primera fase, tiene solución, y el tratamiento será el mismo, solo que con mayor o menor dosis —nos dijo, dejándonos mucho más tranquilos.

Fuimos hasta la habitación donde habían ingresado a mi abuela, que estaba allí como una reina. Cuando le presentamos a Alan, se le pintó una sonrisa en la cara, y ninguno sabíamos por qué, aunque yo me lo podía imaginar. Era anciana, pero tenía ojos en la cara y sabía distinguir cuando un hombre era guapo o no.

—Te recojo aquí en media hora, Lily, y nos vamos a comer. Señor Jefferson, ahora daré orden para que le suban a usted la comida, porque estoy seguro de que, si no lo hago, no bajará a comer, por mucho que le insistamos en que venga con nosotros —le dijo Alan, y mi abuelo negó con la cabeza.

—Llámame Joseph, por favor, y te lo agradezco, porque, como mucho, le diría a Lily que me subiera algo —le dijo mi abuelo, con una sonrisa.

Capítulo 10



Cuando Alan vino a recogerme, ya sin la bata de médico puesta, y salimos de la habitación, dejé a mi abuela preguntándole a mi abuelo de qué nos conocíamos, y quién era ese chico tan guapo. Sabía que, en cuanto yo volviera, me iba a someter al tercer grado, y me salió una sonrisa.

—Siempre me ha encantado verte sonreír —me dijo Alan, poniéndome la mano en la espalda para que pasara yo primero.

—Gracias, pero eso me lo tendrás que aclarar —le contesté, medio en broma, medio en serio.

—Estaré encantado de hacerlo. Tenemos tanto de lo que hablar, que no sé por dónde empezar —me contestó.

Fuimos hasta un pequeño restaurante que no estaba lejos del hospital, si quiera a un par de calles de allí. Lo veía mirarme de reojo, y eso me hacía ruborizarme, aunque, si tenía pareja, no tendría por qué afectarme.

—¿Qué te apetece beber? ¿Una copa de vino blanco? —me preguntó.

—Eso estaría bien, hace mucho que no me tomo una —respondí, y era cierto.

—¿Qué fue de tu vida, Lily? ¿Dónde fuiste cuando ocurrió lo de tu padre? —me preguntó.

—Es una larga historia… Lo que no entiendo es cómo Valery no te lo ha contado. Sé ve que tenéis algo más allá de una relación de amistad, a juzgar por como ha entrado en tu despacho —le dije, en un tono que no sonó exactamente como a mí me hubiera gustado, era como si se lo estuviera reprochando.

—No te diré que entre Valery y yo no haya nada, porque algo hay, pero mucho menos importante de lo que ella se piensa. Digamos que nos hemos acostado varias veces, y que hemos salido a cenar alguna que otra vez, pero nada más. Cuando le pregunté por ti cuando empezó el nuevo trimestre, simplemente me dijo que te habías marchado porque tu situación económica no te permitía continuar en el instituto y que, como tus notas no daban para una beca, decidiste marcharte —me contó, y no pude más que abrir la boca ante lo que estaba escuchando.

—¿No te contó que ella venía cada dos fines de semana a mi casa? ¿No te dijo que me fui buscando mis orígenes porque aquí ya nada me retenía? Es increíble lo que estoy escuchando.

—¿Seguisteis en contacto después de que te fueras? —me preguntó, con una mezcla de asombro y enfado.

—Por supuesto que seguimos en contacto, mucho más tiempo del que ella hubiera querido, por lo que estoy viendo. Estuvimos hablando hasta casi el tercer año de universidad, que cursé aquí. De hecho, desde entonces vivo aquí, en un apartamento que me regalaron mis abuelos, y en el que continúo hoy en día, junto a la que es mi mejor amiga desde entonces, Charly —le dije, y se llevó las manos a la cara.

—¿Hasta el tercer año de carrera? ¿Estás segura? —me preguntó.

—Y tanto que lo estoy. Empezó espaciando en el tiempo las llamadas, las ocasiones en las que nos veíamos, hasta que dejó de hacerlo. Su excusa fue que había conocido a alguien muy especial y que quería centrarse en él. ¿Por qué me preguntas eso? —le dije.

—Porque fue justo cuando nos liamos la primera vez. Ella era conocedora de que tú me gustabas, y mucho. Recuerdo una de las noches, al principio de estar en el campus universitario, que estábamos sentados en un banco y le

pregunté si había alguna posibilidad de localizarte, pues me hubiera gustado hablar contigo. Y ella me dijo que no, que ni siquiera ella sabía dónde estabas o donde llamarte, que cambiaste de número porque el que tenías era de la empresa de tu padre —me contó.

—Será hija de puta… —me salió sin querer, pero lo dije en alto.

—¿Por qué dices eso? —me preguntó, esperando a que yo me abriese al igual que lo había hecho él.

—Porque ella sabía que yo estaba loquita por ti desde secundaria. Es más, una de las últimas veces que hablamos, me dijo que tú tenías novia, que era la hija de unos amigos de tus padres, y que tenía que pasar página o me quedaría solterona para siempre —le dije, abriendo mi corazón, como había hecho él segundos antes.

—¿En serio? ¿Lo qué me estás contando es cierto? —me preguntó Alan, que no terminaba de creérselo.

—Está claro que ella quiso aprovecharse de los dos, y consiguió su propósito, eso también lo tengo clarísimo —le contesté.

Decidimos dejar ese tema a un lado, y centrarnos en nuestro presente. Me contó que llevaba allí trabajando unos años, pero que antes lo había estado haciendo en un hospital de otra ciudad cercana. Estaba feliz porque era lo que siempre había soñado, y aunque en un principio no tenía clara cuál sería su especialidad, en cuanto tuvo la oportunidad de probar en cardiología, supo que era lo suyo.

En cuanto a mí, le conté donde trabajaba, como tenía algo con un compañero, pero que ahora mismo no estábamos bien, pues él no entendía que mi prioridad fuesen mis abuelos. Los años que le quedaban de vida quería pasarlos a su lado, para todo lo demás, ya tendría tiempo.

—Es que es lo lógico. Yo me arrepentiré toda mi vida de no haber pasado más tiempo con mi padre —me dijo, con algo de pena.

—¿Tu padre? ¿Es qué él…?

—Sí, Lily. Mi padre falleció hace dos años, víctima de un cáncer de páncreas de lo más agresivo. En cuanto tuvimos un diagnóstico se puso en las manos de los mejores oncólogos, pero nada pudieron hacer por él. Falleció a las tres semanas de ser diagnosticado, sin tiempo a nada más —me contó, mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

—¡Dios mío, qué pena! Y tu madre… ¿cómo se encuentra? Porque de siempre me han dado la impresión de ser un matrimonio de lo más unido. Pocas personas he visto yo mirar al otro tal y como se miraban ellos —le dije, pues así los recordaba.

—Ahora empieza a salir un poco más, pero lo ha pasado realmente mal. Yo, cada vez que tengo ocasión, me paso por su casa, la invito a comer o a cenar, aunque esto último es lo que más le cuesta —me contó.

—Como es normal, ya que eso le recordará mucho más a tu padre. Haces bien en pasar todo el tiempo que puedas con ella, en un futuro, te lo agradecerá.

—A mí no tiene que agradecerme nada, es mi obligación como hijo, y con esto no quiero decir que lo hago obligado, ni mucho menos, que lo hago muy gustosamente —me contestó.

—Sí, pero, si no ha cambiado desde que no la veo, estoy segura de que lo hará. Poder contar con alguien en los malos momentos, sea quien sea, un hijo, una amiga o una abuela, es de agradecer. Yo le estaré eternamente agradecida a mis abuelos de que, a pesar de todo lo que había hecho mi madre, me abrieran sus brazos de par en par cuando llegué al pueblo —le dije.

Le conté todo lo que había pasado esa noche en la que celebrábamos mi dieciocho cumpleaños. Habían pasado más de diez años, pero lo recordaba como si hubiera sido el día anterior. Cuando le expliqué el motivo por el que me había marchado, y la actitud de mi madre, se quedó perplejo, sin saber qué hacer ni qué decir.

—Me deberías de haber hablado, Lily. Podrías haber contado con nosotros. Estoy seguro de que mis padres no te hubieran dado la espalda —me dijo, y solté una carcajada.

—Alan, nos conocíamos de hablar cuatro veces y de las fiestas que se organizaban en el club. No podía aparecer en tu casa, así como así. Además, conté con el apoyo y la oferta de los padres de Valery, pero no podía, necesitaba salir de aquí, respirar aire nuevo, pues el de aquí me resultaba viciado —le expliqué.

—Lo de los padres de Valery también fue una tragedia —me dijo, y no sabía a qué se estaba refiriendo.

—¿Qué les ha ocurrido a los padres de Valery? Hace años que no los veo, la verdad —le pregunté, esperando a que me lo aclarara.

—Fallecieron el año pasado. Tuvieron un accidente de tráfico mientras volvían a casa después de venir a ver a su hija —me dijo, y una presión se apoderó de mi pecho, hasta casi faltarme el aire.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Ella no me avisó, y me hubiera gustado despedirme de ellos, aunque solo fuera un momento —le dije, visiblemente afectada.

—Los enterró casi en el mismo día, decía que quería terminar con todo lo antes posible. Vendió el piso en el que vivían y se compró uno nuevo, que es en el que vive ahora —me dijo, y me parecía mentira, pues esa no era la Valery que yo conocí.

Capítulo 11



Nos despedimos en la puerta del hospital, justo cuando recibía una llamada de Max, que corté, ya lo llamaría más tarde, cuando se hubiera marchado Alan.

—Bueno, Lily, me ha encantado volver a reencontrarme contigo, aunque haya sido en estas circunstancias. Ya tienes mi teléfono, llámame para cualquier cosa, y espero que esta comida no sea un hecho aislado y podamos disfrutar de muchas más —me dijo Alan, dándome un beso en la mejilla y un abrazo.

—Gracias por todo, Alan. Por supuesto que lo volveremos a repetir, pero ya sin pensar en el pasado, mirando al futuro —le respondí, con una sonrisa y correspondiendo a ese abrazo.

Cuando entré en el hospital, una sensación de lo más extraña se apoderó de mí. Por un lado, me sentía de lo más feliz, porque, con ese beso y ese abrazo, me había sentido de nuevo en casa. Era como si mi cuerpo lo hubiera reconocido, aunque entre nosotros no hubiera pasado nunca nada. Pero, por otro, era como si sintiera que estaba traicionando a Max, pues, junto a él, nunca me había sentido así. Intenté quitarme todo eso de la cabeza antes de llamar a Max, le diría que estaba hablando con el médico de mi abuela que, si lo miras bien, tampoco era ninguna mentira.

—¿Cómo ha ido todo, Lily? —me preguntó, pero de lo más correcto, sin ninguna palabra afectiva.

—Se ha quedado ingresada, Max. El diagnóstico era certero, pero existe un tratamiento que es el que van a aplicarle. Aunque todavía queda unos días para eso —le expliqué, en el mismo tono que él.

—Joder, eso costará un riñón. ¿No pueden pasarla a otro hospital más económico? —me preguntó, y fue como si me hubieran dado una patada en la boca del estómago.

—¿Lo vas a pagar tú, acaso? Me parece que lo que hagan mis abuelos con su dinero, no nos importa ni a ti, ni a mí, ni a nadie —le contesté, bastante enfadada.

—Lo siento por querer mirar por la economía de dos ancianos. No sé qué te pasa, Lily, pero todo lo que digo te lo tomas por el mal camino. Haga lo que haga, diga lo que diga, te molesta todo —me recriminó.

—Sabes que eso no es cierto, Max. ¿Te has parado a pensar en cómo me has hablado? Ni siquiera una palabra de aliento, ni un, ¿cómo estás cariño?, te echo de menos, ¿quieres que vaya y te haga compañía? —le dije, pues era cierto, no me había dicho nada de eso.

—¿Quieres que vaya? Porque si es eso lo que quieres, me podías haber llamado y decírmelo —me dijo.

—No soy yo la que tiene que llamarte, Max. Eso tiene que salir de ti, no pedírtelo yo.

—Ahora mismo voy para allá —me contestó.

—No vengas, no te apetece y lo que menos necesito ahora es tenerte aquí con la cara larga y pendiente del reloj, deseando irte. Además, como esta noche, la abuela todavía no tiene gotero ni nada parecido, me voy a llevar al abuelo a casa —le dije.

—De verdad, no hay quién te entienda. Si mañana te apetece contar con mi compañía, házmelo saber —me dijo, y colgó la llamada.

Ni siquiera me había dado cuenta de que la comida con Alan se había alargado tantísimo, que eran ya casi las siete de la tarde. Cogí una bocanada de

aire para tranquilizarme, y entré en la habitación donde se encontraba mi abuela, con una sonrisa fingida, por supuesto, pues la indignación y el enfado todavía me duraban.

—¿Has ido a comer o habéis hecho un inventario en el restaurante? —me dijo mi abuelo, con cierta sorna.

—Deja a la niña, que también tiene derecho a vivir —le dijo mi abuela, y por su manera de mirarme, supe al instante que el interrogatorio al que me sometería sería de mucho cuidado.

—Claro, claro, ella tiene derecho a vivir y tú tienes el derecho a preguntar. Venga, si estás deseando que te cuente de qué conoce al doctor y qué le une a él —le dijo mi abuelo, levantándose para ir por un café a la máquina.

—Venga, suelta por esa boquita sin dejarte ni un solo detalle — dijo mi abuela, en cuanto nos quedamos a solas.

—Ay, abuela, ¿qué quieres que te diga? Es un amigo de la infancia, por el que sentí algo antes de tener que marcharme de aquí. Pero ahora, cada uno tiene su vida, aunque hemos decidido retomar nuestra amistad —le dije, sin entrar en detalles.

—Tú puedes decir lo que te dé la gana, pero jamás te he visto mirar a tu novio como lo has hecho con el doctor —me dijo, muy seria.

—Para empezar, no tengo novio. Max es un compañero de trabajo con el que salgo de vez en cuando. Y justo ahora, hemos discutido y no estamos en nuestro mejor momento. Partiendo de eso, miro a Alan como miraría a cualquier otro hombre guapo y exitoso, con admiración —le contesté.

—Sí, sí, lo que tú me digas. Pero… ¿y la manera en la que te ha mirado él? Ahí sí que no me lo puedes discutir, ese hombre te miraba como si fueras una Coca-Cola fría de dos litros en medio del desierto —me soltó, y me salió una carcajada.

Así nos encontró mi abuelo, dobladas de la risa, pues ella, de verme reír a mí, se contagió y no podíamos parar ninguna de las dos. Yo ya tenía hasta las lágrimas saltadas y me dolía la mandíbula de las risas.

—Así me gusta veros, llorando de risa —dijo mi abuelo, con una sonrisa en su cara.

—Ay, abuelo, tu mujer, que es única para hacer símiles —le contesté, como pude.

Cuando le conté lo que había dicho mi abuela, le ocurrió lo mismo que a mí, que soltó una carcajada de la que nos contagió a las dos. Así nos encontrábamos en el momento en el que se abrió la puerta de la habitación. Era Valery, que, con una sonrisa de lo más falsa, entró para ver cómo estaba mi abuela.

—¿Cómo se encuentra, señora Jefferson? —le preguntó, haciendo como que anotaba algo en una Tablet.

—¿Ahora soy la señora Jefferson? ¿Ya no soy abuela? Me podía esperar muchas cosas, pero jamás que te hubieras comportado de esta manera —le dijo mi abuela, que la conoció al instante, a pesar del tiempo que había transcurrido.

—Estoy trabajando, no en el pueblo. Aquí, soy la doctora Williams, y usted la señora Jefferson. No todo el mundo es tan poco profesional como para ir a comer con un familiar de uno de sus pacientes —dijo, mirándome, con muy mala leche.

—Yo no he ido a comer con el doctor de mi abuela, lo he hecho con un amigo al que hacía mucho tiempo que no veía, que sea su médico es algo circunstancial —le respondí, sabiendo por donde iba.

—Lo que tú digas… Me gustaría hablar contigo a solas, si es posible —me dijo, señalando el pasillo.

—Por supuesto que puede ser, tengo que decirte unas cuantas cositas —le dije, saliendo, mientras ella anotaba algo más en la Tablet.

Salimos al pasillo, y no me pude contener. En cuanto estuvimos las dos a solas, ni quise ni lo hice, le dije todo lo que tenía guardado en mi cabeza.

—¿Por qué te has portado de esa manera conmigo? Eras mi mejor amiga… —le dije.

—Déjate de sentimentalismos, no te pega nada. La primera que se marchó de la ciudad fuiste tú, y me dejaste aquí, tirada y sola —me dijo, con rencor.

—Yo no me fui por gusto, y lo sabes. Estás siendo muy egoísta e injusta con ese comentario. Si lo hice fue porque no tuve más remedio, si me quedaba me quedaría sometida a la voluntad de mi madre durante toda mi vida, y eso sí que no lo iba permitir. Te llamaba a diario, nos veíamos los fines de semana, hasta que te liaste con Alan, entonces todo cambió —le dije, apenada.

—Así qué ese es el problema, que Alan y yo estamos juntos —me dijo, con una sonrisa de maldad.

—No, el problema es que me has mentido, te has alejado y no has confiado en mí. También le mentiste a él, diciéndole que no sabías donde localizarme, cuando era incierto. Ni siquiera me has avisado de la muerte de tus padres —le dije, con una mezcla de dolor y rabia.

—¿Eso te ha contado él? No confíes mucho en la palabra de un hombre, y menos en ese. ¿También te ha dicho que está liado con su enfermera? A ella también le ha dicho que entre nosotros no hay más que sexo de vez en cuando. Con respecto a lo de mis padres, no avisé a nadie, no quería que nadie se diera cuenta de mi origen humilde, ahora no puedo permitírmelo —me dijo, muy sobrada.

Capítulo 12



Mi abuelo y yo nos fuimos a casa, ya que mi abuela no tenía nada que requiriera de nuestra presencia allí. Volveríamos al día siguiente, temprano, para estar allí cuando se la llevaran para realizarle la primera prueba.

No llevaba ni diez minutos en mi casa, cuando mi teléfono sonó. Era Alan el que llamaba, y me resultó algo inquietante, porque no me dio tiempo a contestar la llamada, ya que salía de la ducha, e insistió otra vez.

—Lily, necesito que vengáis inmediatamente al hospital —me dijo, con voz preocupada.

—¿Qué ha pasado, Alan? Acabamos de venir de allí y mi abuela estaba en perfecto estado —le dije.

—Necesito que me digáis si ha tomado algo, por favor, venid lo más rápido posible —me dijo, y corté la llamada sin decirle ni adiós.

Me vestí con lo primero que encontré, mientras que llamaba a mi abuelo a su casa, ya que no se quiso quedar en la mía. Por suerte, él todavía no se había cambiado de ropa, pues puso la cena en el horno para venir a cenar conmigo.

—Abuelo, tenemos que ir al hospital, algo ha pasado. No me preguntes el qué, porque no tengo ni idea. Me acaba de llamar Alan —le dije.

Mi abuelo apagó el horno y cogió su chaquetón, salimos de la casa pitando, como si se estuviera quemando algo. Llegamos al hospital apenas diez minutos después, y nos encontramos con un Alan completamente preocupado.

—¿Qué ha ocurrido, Alan? —le pregunté.

—Me ha llamado una compañera, para preguntarme si había dado orden se suministrar algún medicamento a tu abuela, pues estaba convulsionando. Como yo no he dado orden ninguna, me he vestido y he venido lo antes posible. La he trasladado a la unidad de cuidados intensivos, donde hemos conseguido estabilizarla, pero necesito saber qué es lo que le ha provocado estos síntomas —nos contó.

—Cuando nos fuimos, estaba bien. No tomó nada, tan solo lo que le habían traído como cena —le contestó mi abuelo, y una mala sensación se apoderó de mí.

—¿Podemos hablar afuera, por favor? —le pedí, pues no quería que mi abuelo se enterara de lo que le iba a decir.

—Por supuesto, vamos a mi despacho, porque presiento que lo que me tienes que contar es demasiado importante como para decírmelo en medio del pasillo —me dijo.

Cogimos el pasillo adelante, hasta llegar a su despacho. Abrió la puerta y me invitó a pasar. No sabía cómo se lo iba a tomar, ni siquiera tenía claro como empezar a contarle mis sospechas, pero no tenía más remedio que hacerlo, era la vida de mi abuela la que estaba en juego.

—Alan, ayer por la tarde, antes de marcharnos, vino Valery a la habitación de mi abuela…

—¿Qué hacía allí? Ella no tenía por qué ir. Ni siquiera es de su especialidad, ya que ella es neuróloga —me preguntó, y en su cara veía que era todo un sinsentido.

—Se suponía que vino para ver como se encontraba, pero su intención era otra. Me increpó que hubiese ido a comer contigo, entre otras tantas lindezas, pero lo que me llamó la atención es que llevaba una Tablet con ella, y anotó algo en ella —le dije.

—¿Estás segura de eso? —me preguntó.

—Por supuesto que sí. Tanto de una cosa como de la otra —le respondí.

—Dame un minuto, voy a ver que anotó en su expediente, porque tuvo que hacerlo en algún lugar en el que mi compañera no lo encontrara. En cuanto resuelva todo esto de tu abuela, hablaremos del resto de lo que te ha contado —me dijo.

Encendió su portátil y estuvo mirando un rato, hasta que lo vi abrir los ojos de manera exagerada, como si fuera un error de principiantes, pero yo tenía claro que no se trataba de ningún error, era algo que había hecho a propósito, fuera lo que fuera.

—¡¿Cómo se le ha ocurrido?! —dijo en alto, y salió corriendo hasta la zona de cuidados intensivos, conmigo detrás.

—¿Qué pasa, Alan? Dime algo, por favor, o me dará un infarto —le dije.

—Ahora no puedo, Lily. En cuanto atienda a tu abuela, saldré a explicaros todo —me respondió.

Me quedé en ese pasillo, junto a mi abuelo. Estaba temblando, pues tenía la impresión de que lo que fuera que hubiera hecho Valery, no era nada bueno para mi abuela. No os puedo decir el tiempo que pasó, porque para mí era como si los minutos fueran horas y las horas días. Después de un buen rato, salió Alan, venía sudando y visiblemente cansado, pero la sonrisa que iluminaba su rostro me decía que todo había salido bien.

—Ya lo hemos solucionado. Gracias al cielo, hemos podido revertir los efectos de la medicación que se le había suministrado —nos dijo, quitándose el sudor de la cara con un pañuelo de papel.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué medicamento le han administrado sin tu consentimiento? —le preguntó mi abuelo.

—Tenemos que agradecerle a Lily que haya sido tan observadora, porque sin su ayuda, no lo hubiéramos conseguido. La doctora Williams, alegando que la notó nerviosa, le administró un sedante que está contraindicado con la dolencia que la señora Jeffersson sufre. Por suerte, teníamos algo preparado

con el que contrarrestarlo —nos explicó, y algo en mi pecho saltó, pues no creía ese argumento de Valery.

—¿Podemos pedir que no se acerque más a ella? —le pregunté.

—No te preocupes, que ya he dado orden de que no se le administre nada sin mi consentimiento, sea del doctor que sea. Además, permanecerá en la unidad de cuidados intensivos hasta que podamos darle el alta, de esa manera estará siempre vigilada. Podréis pasar a verla mañana por la mañana, antes de que empecemos a realizarle las pruebas pertinentes —nos dijo.

—Gracias, Alan, si no hubieras venido tan rápido no se habría salvado —le dije.

—No tan rápido. Tú y yo tenemos que hablar, así que, como todavía me queda un rato más para poder marcharme a casa, pues quiero ver como evoluciona en una hora, vamos a dejar a tu abuelo dentro de la habitación y nos vamos a ir tú y yo a tomarnos un café, que falta nos hace —me dijo.

—Pero si acabas de decir que no podremos verla hasta mañana…

—Ya sé lo que he dicho, pero me refería a dentro de la habitación en la que se encuentra ella. Pero tu abuelo lo hará a través del cristal, mientras que yo no vuelva. Voy a dar la autorización —me dijo, entrando de nuevo en la unidad de cuidados intensivos.

—Este hombre me gusta, Lily. Se ve honesto y cabal, no lo pierdas —me dijo mi abuelo, que entró por la misma puerta por la que lo había hecho antes Alan, tras hacerle un gesto con la mano.

Me quedé apoyada en la pared que había justo al lado de la puerta por la que habían entrado los dos. Mi cabeza no paraba de darle vueltas a lo que había hecho Valery, y no encontraba ningún motivo que se lo hubiera provocado. Sumida en mis pensamientos estaba, cuando noté que Alan me daba un toque en el brazo.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

—Sí, claro. Disculpa, no te he visto llegar —le dije, separándome de la pared.

—Ya me he dado cuenta. Antes de que me digas nada, no creo que la actuación de Valery haya sido casual, ella sabía muy bien el diagnóstico y la dolencia de tu abuela, por lo que era conocedora de que ese sedante en concreto le provocaría una crisis —me dijo, dejándome planchada, pues eso mismo era lo que yo pensaba.

—Yo también lo creo así, pero es que no entiendo el motivo por el que lo ha hecho —le respondí.

—Antes de decirte el por qué, me gustaría que me contaras todo lo que hablaste con ella —me pidió.

Le conté, delante de dos tazas de café, todo lo que me había dicho, desde lo de la enfermera hasta lo de su relación con ella. Él me escuchaba con atención, pendiente de cada palabra que salía de mi boca, hasta que terminé de contarle todo.

—Para empezar, y a pesar de que no tengo que darle explicaciones a nadie, porque soy un hombre libre y soltero, no estoy liado con mi enfermera, ni mucho menos. La quiero como si fuera una hermana, puesto que es la hija de unos amigos de mis padres, y nos conocemos desde que éramos dos niños. Dicho esto, todo lo que ha salido por esa boca han sido mentiras tras mentiras —me dijo, algo enfadado e indignado.

—Todos tenemos una vida, Alan. Con nuestros fallos y aciertos, pero nuestra, al fin y al cabo —le dije, esperando que me dijera el motivo que él creía que era el causante de la manera de actuar de Valery.

—Lo sé, pero no todo el mundo tiene la madurez para entenderlo. En cuanto al motivo, no es otro que los celos —me dijo.

Capítulo 13



Esas palabras resonaron en mi cabeza durante toda la noche, esa en la que no pude pegar un ojo. ¿Cómo podía haber pasado de ser mi mejor amiga a mi peor enemiga? ¿Qué había pasado entre nosotras? ¿Había sido siempre así y yo no me había dado cuenta? ¿Y si mi madre siempre había tenido razón con respecto a ella?

Me levanté en cuanto vi que entraba la luz por la ventana, me di una ducha para ver si el agua caliente me ayudaba a quitarme el peso que sentía sobre mis hombros, y me preparé un café, justo cuando llamaron a mi puerta. Por la hora que era, sabía que se trataba de mi abuelo, y no me equivoqué.

—He escuchado la ducha de tu apartamento y te he dado el tiempo necesario para que terminaras de arreglarte —me dijo, dándome un beso.

—Entra, tómate un café antes de que nos marchemos al hospital —le dije, pues lo notaba muy cansado.

—No he pegado ojo en toda la noche y por tus ojeras, veo que tú tampoco —me dijo.

—Gracias, abuelo. Es un placer oír piropos tan preciados como ese —le dije, bromeando.

—Tú estás guapa hasta con ojeras. Pero venga, date prisa que quiero llegar pronto al hospital —me dijo.

Bebí el sorbo que me quedaba de café y cogí mi chaqueta, el bolso y cerré la puerta con llave. Bajamos al garaje, donde nos montamos en mi coche y pusimos rumbo al hospital. Esperaba que Alan ya estuviera allí, aunque me resultaba demasiado temprano, pues no eran ni las siete y media de la mañana.

Aparqué justo en la entrada, en una explanada en la que todo el mundo dejaba el coche. Al bajarnos, vi a Valery de lejos. No pensaba darle el gusto de reclamarle nada, si todo salía como yo pensaba, tendría que rendir cuentas ante la justicia, pero iba a esperar a que todo terminara, no quería otra preocupación más a mis espaldas.

—Lily, espera —escuché que me llamaban, y supe que era Alan.

—Buenos días —le dije, y me acerqué para darle un beso en la mejilla.

—Buenos días. Es temprano todavía, ¿te parece que desayunemos antes de entrar? —me dijo.

—Yo voy entrando, que las enfermeras ya me conocen y quiero estar un rato con la abuela antes de que se la lleven para la primera prueba — dijo mi abuelo, dejándome sola con Alan.

—No se preocupe, señor Jeffersson, hasta que yo no suba, no se la llevarán —le dijo Alan, para que fuera tranquilo.

Empezamos a andar de camino a la cafetería cuando, de detrás de un coche, surgió la presencia de Valery, como si nos hubiera estado observando desde lejos.

—Amor, te estaba esperando antes de irme a casa para desayunar juntos —le dijo, y le dio un beso en los labios a Alan, que a este no le dio tiempo a esquivar.

—Yo mejor me voy con el abuelo —dije, pero Alan me sujetó del brazo, justo cuando Max también aparecía por la puerta del hospital.

—Lily, menos mal que te encuentro. Llevo llamando toda la noche y no me contestabas la llamada —me dijo y fue a hacer lo mismo que Valery, pero a mí sí que me dio tiempo de girar la cara, para que el beso cayera en mi mejilla.

—Anda, mira que bien, así desayunamos los cuatro —dijo Valery, con toda la maldad.

—A mí se me han quitado las ganas —dijo Alan, soltando mi brazo y yendo dentro del hospital.

—Alan. Alan, espera, por favor —le dije, pero no me escuchó.

—¿Se puede saber qué esto? ¿Qué está pasando aquí? ¿Tienes algo con ese tío? —me preguntó Max, de malas maneras, mientras ella nos miraba sonriente, sabiendo que se había salido con la suya.

—Entre Alan y yo tan solo hay una buena amistad. Ahora, si me disculpas, tengo que entrar a hablar con él antes de que empiecen con las pruebas de mi abuela —le dije, e iba a salir corriendo, cuando la mano de Valery me retuvo.

—No seas mentirosa, Lily. Dile al muchacho que llevas enamorada del doctor Scotch desde el instituto. Si no llega a ser porque se tuvo que marchar de la ciudad, lo hubiera intentado con él, aunque no creo que duraran mucho, la verdad —se dirigió a Max en esta última parte.

—Max, de verdad que ahora no puedo. Además, entre nosotros no hay nada más que sexo…

—¿No hay nada más que sexo? ¿Me lo estás diciendo en serio, Lily? Porque no me lo puedo creer —me interrumpió.

—Pues empieza a creértelo. Lo siento, luego te llamo y hablamos —le dije, y lo dejé allí, en medio del aparcamiento, hablando con la arpía de Valery.

No sé por qué le dije eso de que solo era sexo, porque habíamos compartido muchas más cosas, pero es que me acababa de dar cuenta de que lo que sentía por él no era más que cariño. Sí, me atraía físicamente, porque si fuera de otro modo no hubiese sido capaz de acostarme con él, y en la cama me dejaba bastante satisfecha, pero nada más.

Entré volando al hospital y fui directamente a su despacho, pues sabía que quedaba todavía más de media hora para que empezaran a realizarle las

pruebas a mi abuela. Encontré la puerta abierta y a él mirando por la ventana, pendiente de esas dos personas que seguían abajo, en el aparcamiento.

—Alan…

—No tienes que decirme nada, Lily. Y de verdad, siento la manera en la que me he comportado. Sé que me dijiste que tenías algo con otro chico, pero jamás me imaginé que me lo iba a tener que encontrar tan pronto. Entre tú y yo no hay nada…

—¿Vas a seguir diciendo tonterías o vamos a hablar claro de una puta vez? ¿Qué es lo que quieres de mí, Alan? Porque, después de esto me ha quedado claro que no es solo mi amistad —le dije, acercándome a él y poniendo mi mano en su brazo, haciendo que se girara.

—Pues sí, aunque no está bien, porque soy el médico de tu abuela, pero no puedo remediar sentir lo que siento por ti —me dijo, mirándome a los ojos.

No sé quién fue el que dio el primer paso, ni siquiera os puedo contar como ocurrió, lo que sí que os puedo decir es que, en pocos segundos nos estábamos besando de una manera que dejó claro lo que ambos sentíamos. Por un momento, no nos dimos cuenta ni de que la puerta seguía abierta y que cualquiera que pasara por el pasillo nos podía ver.

—Lo siento, yo… —le dije.

—No sientas nada, lo hemos hecho porque a ambos nos ha apetecido. Tan solo me gustaría saber lo que tienes con ese otro hombre, y si estás dispuesta a apostar por esto que está creciendo entre nosotros, pero no es el momento. Esta noche, te invito a cenar en mi casa y hablamos tranquilamente —me dijo, dejándome un breve beso en los labios antes de salir de su despacho, donde yo permanecí sin saber que hacer o que decir.

Durante todo el día estuvieron haciéndole las pruebas pertinentes a mi abuela, y a eso de la media tarde, volvió Alan a la habitación a donde la habían subido después de sacarla de la unidad de cuidados intensivos.

—Ya lo tenemos todo listo y tal como me esperaba, está en la fase uno de la enfermedad. Dicho esto, el tratamiento no tendrá que ser administrado en el

hospital, sino que se lo podrá tomar en casa, eso sí, sin faltar ni una sola toma, o todo lo que hayamos avanzado retrocederá a la misma velocidad —nos dijo Alan, pero en especial a mí, pues no me retiraba la mirada.

—No se preocupe por eso, doctor, que yo me encargo. Tan solo dígame como se lo tiene que tomar y yo estaré pendiente de que lo haga —le dijo mi abuelo, que me miraba con una sonrisa, pues se había dado cuenta de lo que había surgido entre Alan y yo.

—¿Os dais cuenta de qué sigo aquí? Estáis hablando como si yo fuera tontita o una niña de teta —dijo mi abuela, haciéndonos reír a todos.

—No es eso, abuela, pero no negarás que te cuesta un mundo tomarte la medicación —le dije yo, tomando su mano.

—Tendrá que venir una vez a la semana al hospital, al menos durante los dos primeros meses. Ya luego, cuando eso ocurra, iremos espaciando las visitas a una vez al mes, hasta que lleguemos a hacerlo una vez al año —le contó Alan.

—Por eso no hay problemas, tienen un piso alquilado junto al mío, en la puerta de al lado, y no pienso dejar que vuelvan al pueblo hasta que no sean las visitas una vez cada seis meses —les dije a todos.

—Eso no te lo crees ni tú. En cuanto tenga venir solo una vez al mes, me vuelvo a mi casa —dijo ella, mientras Alan nos explicaba como teníamos que administrarle la medicación.

Capítulo 14



Dejé a mis abuelos en su casa, con la medicación administrada y la cena en el horno, lista para que tan solo tuvieran que calentarla y servirla en el plato, y me fui a mi casa para ducharme y arreglarme, pues a las nueve vendría Alan a recogerme para ir a cenar a su casa.

—Abuelo, cualquier cosa, lo que sea, me llamas, por favor. Todavía tardaré un buen rato en irme, pues me tengo que duchar y arreglar, antes de marcharme pasaré de nuevo a ver como estáis —les dije.

—Desde luego, Lily, no eres más pesada porque no te entrenas los domingos. Lárgate ya y disfruta de la noche — dijo mi abuela, con una sonrisa.

—Encima de que me preocupo por ti, me echas de tu casa. De desagradecidos está el mundo lleno —le dije, fingiendo indignación.

—No digas tonterías, Lily. Si no fuera por ti y por tu insistencia, solo Dios sabe dónde estaría yo ahora —dijo mi abuela, en un tono melancólico.

—Ahora, ve a arreglarte y a pasarlo bien. Te prometo que, si en cualquier momento necesito ayuda, lo primero que haré será llamarte —me dijo mi abuelo, mientras me acompañaba a la puerta.

Entré en mi casa y me fui directa a la ducha. Sabía que la cena era en su casa, pero tampoco quería ir hecha un desastre, por lo que opté por un vestido de punto por debajo de la rodilla, con unas medias de liga, ya que las otras me resultaban demasiado incómodas, unas botas altas planas y un abrigo de paño.

Mi pelo lo recogí en una coleta alta, apliqué un poco de máscaras de pestañas y me pinté los labios de rojo.

Eran las nueve menos cuarto, por lo que cogí mi bolso y salí de mi casa, entrando en la de mis abuelos, para ver si continuaban bien, a pesar de que sabía que me echarían a patadas de allí, irónicamente hablando, por supuesto, porque no había nadie que me quisiera más que ellos.

—Abuelitos, me marcho. ¿Todo bien? —les pregunté, entrando en el salón, donde ambos veían un programa de esos de corazón.

—¡Qué sí, pesada! —dijo mi abuela, provocando una carcajada tanto en mi abuelo como en mí.

—Vale, vale, entonces me marcho. Ya sabéis que tendré el teléfono encendido —les dije.

—Ojalá y se te quede sin batería y no te des cuenta —soltó mi abuela, negando con la cabeza.

—Me marcho, que me acaba de llegar un mensaje de Alan, me está esperando abajo —les dije, con el móvil en la mano.

Iba muy nerviosa, puesto que no sabía cómo iba a terminar la noche. Salí del portal y allí estaba Alan, apoyado en su coche y con una planta que daban ganas de tirarse a sus brazos nada más verlo.

—Buenas noches, estás preciosa —me dijo, dándome un beso en los labios que no me esperaba.

—Buenas noches, tú también estás muy guapo —le respondí, totalmente sonrojada.

—Espero que te guste lo que he cocinado para cenar, es mi especialidad —me dijo, sorprendiéndome.

—¿Tienes una especialidad? —pregunté, incrédula.

—Por supuesto, los macarrones a la boloñesa. Eso sí, la salsa es del supermercado —me dijo, y solté una carcajada.

—El menú es lo de menos, lo importante es la compañía —le respondí, y puso su mano en mi muslo y lo apretó.

—No, mujer, no soy tan desastre. Mi madre se encargó de enseñarme a valerme por mí mismo, para que no tuviera que recurrir a comida precocinada o al servicio a domicilio —me dijo, sin dejar de sorprenderme.

—¿Me lo dices en serio? Mi madre hizo todo lo contrario, cuando llegué al pueblo no sabía ni freír un huevo, ni poner una lavadora sabía. Menos mal que, entre mi abuela y la madre de Charly me enseñaron a ser independiente —le conté, con cierta pena.

—Me muero por conocer a Charly, todo lo que hablas de ella son cosas buenas.

—Es que jamás podría decir nada malo, te lo aseguro. Es la que me sostiene cuando tengo un mal día, la que me ayuda a levantarme cuando caigo, es la hermana que nunca tuve. Nuestra conexión fue inmediata, de hecho, a pesar de que ambas podríamos independizarnos por nuestra cuenta, seguimos viviendo juntas en el mismo piso —le conté.

—¿Está ahora en casa? Podríamos invitarla mañana a comer con nosotros —me dijo.

—No, sigue en el pueblo. Al final, como le debían días, los ha cogido para alargar un poco más su estancia allí. Vuelve el viernes por la noche —le dije.

—Pues entonces, tendremos que organizar algo para que, tanto tú como yo, conozcamos a nuestros mejores amigos. En mi caso, tan solo será un reencuentro, porque David sigue siendo mi mejor amigo —me contó, con una sonrisa en los labios.

—Eso se veía venir. Siempre habéis estado el uno junto al otro, en lo bueno y en lo malo. Me alegro muchísimo de que sigáis de la misma manera —le dije, pensando en qué hubiera pasado si Valery hubiera actuado de otro modo.

—Por cierto, he pasado un parte a la dirección del hospital, por mala praxis. Lo que hizo Valery no me parece algo ni fortuito ni por el bien de la paciente, es más, tengo la impresión de que fue de lo más calculado y malintencionado —me dijo.

—Yo también pienso tomar medidas legales. Estoy esperando a que regrese Charly, para ver lo que podemos hacer, pero esperaré a que lo investigue el hospital, porque doy por hecho que se investigará —le dije.

—Por supuesto, yo me encargaré de que ese error no quede impune —respondió.

Llegamos a su casa, y ya el edificio daba una idea de lo que me iba a encontrar. No es que mi casa estuviera en un barrio malo o descuidado, ni mucho menos, pero este ya era otro nivel. Entró por el aparcamiento, donde cada vecino tenía asignada una plaza. Alan, como era propietario de todo el ático, tenía dos.

Subimos en el ascensor, que nos llevó hasta allí y al salir y ver el rellano de la escalera, di por hecho lo que me iba a encontrar dentro, todo lujo. Efectivamente, no me equivoqué. Los suelos de mármol negro, y el mobiliario en blanco daban una sensación de elegancia increíble.

Accedimos al salón, que estaba abierto a la cocina y al comedor, abarcando toda la parte principal de la casa. Desde allí, se accedía a una terraza enorme, con suelo de césped artificial, en el que había una zona con hamacas y un sofá de exterior, con un toldo extensible que la cubría para cuando se quisiera resguardar del sol y del calor. Un poco más allá, había un jacuzzi enorme, en el que cabían seis personas sin siquiera rozarse, y junto a él, una barra de bar con taburetes y una barbacoa eléctrica.

—Ahora te enseño la parte de arriba, pero vamos a cenar primero, o terminarán poniéndose los canapés como suelas de zapatos —me dijo, haciendo que riera.

—Mira que eres exagerado, ni que llevaran puestos ahí durante horas —le respondí, negando con la cabeza.

—Bueno, bueno, una hora sí que llevan. Venga, siéntate que traigo el vino y la comida —me dijo, sin dejarme hacer absolutamente nada.

La mesa estaba preparada para dos, con una rosa encima de la mesa, justo delante de donde me había indicado que me sentara. Las copas se veían de lo más bonitas y elegantes, al igual que los manteles individuales que había colocado debajo de los platos. Vino con una bandeja con una dorada a la sal, que junto a la cantidad de entremeses que había puesto, nos dejaría de lo más saciados.

—Quiero que me cuentes todo sobre tu relación con el hombre del aparcamiento, incluido el estado en el que estáis ahora —me dijo, sin rodeos.

—Conocí a Max en una etapa muy complicada de mi vida. Estaba sola en la ciudad, echaba de menos muchísimo a Valery, pero no a la de ahora, si no a la de nuestra adolescencia. En él encontré a un buen amigo, que me entendía. Me ayudó mucho en el trabajo, ya que es mi compañero de departamento. Me atraía físicamente, no voy a negarlo, pero no tenía sentimientos por él, como sigo sin tenerlos.

—¿Me estás diciendo que has estado con él por comodidad? —me preguntó, pero sin intención de hacer daño, ni mucho menos.

—No sé si ha sido comodidad o qué, pero lo cierto es que me sentía afín con él. Sabía que no iba a sentir nunca nada por nadie, pues mi corazón siempre te ha pertenecido, y pensé que podría salir bien —me sinceré.

—¿En qué punto está ahora vuestra relación?

—Pues, por mí, en punto muerto. Tengo la intención de hablar con él claramente, de decirle que lo que hubo entre nosotros, se terminó, pero todavía no lo he hecho. Lo que sí te puedo decir es que, esta mañana, cuando nos encontramos en el hospital, le dejé claro que no éramos pareja, que había sido solo sexo, y que no le sentó muy bien.

Capítulo 15



Seguimos con la conversación durante un rato más. Yo no tenía que preguntar nada sobre la suya con Valery, porque ya me había quedado claro del pie que cojeaba.

Recogimos la cocina y nos servimos una copa, que nos tomamos delante de la chimenea, pues había empezado a llover y se había levantado un viento frío un tanto desagradable. Yo no era de beber alcohol, mucho menos después de haber bebido vino durante la cena, pero me sentía tan a gusto que no dudé en decirle que sí, aunque tan solo me tomaría esa, ni una más.

—¿Te apetece algo dulce o unos frutos secos con el que acompañar la copa? —me preguntó cuando llegamos al salón.

—La verdad es que un chocolatito sí que me apetece —le respondí, con una sonrisa.

—Eso está hecho —dijo, dejando las copas en la mesita de café y sacando un recipiente de cristal con bombones que puso junto a estas.

—Dios mío, esto es un pecado —dije, después de coger uno y meterlo en mi boca.

—Un pecado eres tú —me respondió, mirándome a los ojos.

—Ven, comete uno —le dije, poniéndolo en sus labios.

—Prefiero probarlos de otra parte —me dijo, me quito el bombón de las manos y lo metió en mi boca.

En cuanto lo tuve en el interior de mi boca, se lanzó hacia ella para besarme, y de esta manera nos comimos el bombón los dos, mientras que nos besamos lo saboreamos en la boca del otro.

—Así es mucho más dulce —me respondió, relamiéndose los labios.

De pronto, la vergüenza se apoderó de mí, y mis mejillas se tiñeron de un rubor que no había tenido en mi vida. Alan se dio cuenta y soltó una carcajada.

—¿A estas alturas te vas a ruborizar? Pues mejor no te cuento lo que pasa por mi cabeza en estos momentos, porque entonces, tendría que apagar la chimenea y encender el aire acondicionado —me respondió, con su mirada marcada por el deseo.

Casi sin darme cuenta, bajé la mirada hasta su pantalón, en el que se notaba el grado de excitación que sentía. No me lo pensé, y actué de una manera que, si lo pensaba en frío, no lo haría así, pero como lo estaba haciendo en caliente, no dudé en hacerlo. Eché su cuerpo hacia detrás, y me senté en su regazo, a horcajadas sobre él, y lo besé de nuevo. Sentir su miembro duro y erecto justo en mi sexo, me estaba poniendo como una moto, y no pude evitar moverme buscando mi propio alivio, aunque eso supusiera ponerlo a él peor.

—Creo que nos está sobrando ropa —me dijo, justo cuando sacaba mi vestido por encima de la cabeza, dejándome tan solo con la ropa interior y las medias, puesto que mis botas desaparecieron justo en el momento en el que nos sentamos en el sofá, al igual que sus zapatos.

Yo también le saqué el jersey que llevaba por encima, y llevé mis manos hasta el botón de su pantalón, ese que también desabotoné, con la intención de que se quedara tal y como yo estaba, en ropa interior. Alan fue consciente de mis intenciones, y lo hizo él mismo, quitándoselos y tirándolos a un lado del salón, junto con todo el resto de la ropa que nos habíamos ido quitando.

Se puso de pie, conmigo entre sus brazos, y empezó a subir las escaleras, sin dejar de besarme. El vaivén de los escalones al subirlos iba haciendo que

su miembro fuera dándome pequeños golpecitos en mi sexo, y no pude reprimir tener un orgasmo, que me dejó medio devastada.

—¿En serio te has corrido al subir los escalones? —me preguntó medio divertido, medio incrédulo.

—Pues sí, soy tremendamente receptiva, no puedo decir nada más —le contesté, metiendo mi cabeza en el hueco de su cuello.

—Eh, eh, nada de vergüenza. Es más, me encanta que haya sucedido, pues eso evidencia lo mucho que me deseas. Será el primero de los muchos que te proporcionaré esta noche —me dijo, mientras cogía mi cuello con su mano y volvía a besarme.

Me llevó hasta su habitación, donde me dejó recostada en la cama. De pie, ante mí, pude admirar su espectacular cuerpo, esos hombros anchos, esos brazos musculosos y esos abdominales que me estaban diciendo: “cómeme”.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó, con una sonrisa ladeada.

—Mucho —le respondí, sin apartar la vista de su miembro, pues se había bajado el bóxer y lucía ante mis ojos completamente erecto.

—Pues a mí me gusta muchísimo más mi visión que la tuya —me dijo, trepando por la cama, mientras se encajaba entre mis piernas.

Levantó una de mis piernas, y se deshizo de mi media, mientras que la besaba de abajo arriba, quedándose muy cerca de mi sexo, que todavía estaba cubierto por una minúscula braguita. Hizo lo mismo con la otra, mientras yo me desabrochaba el sujetador y dejaba mi pecho al aire.

—Eres una jodida tentación, Lily —me dijo, antes de romper mi braguita y lanzarse a mi sexo.

Lo primero que hizo fue dar una pasada con su lengua, como si quisiera saborearlo, haciendo que se me erizara la piel del placer que había sentido. A continuación, se dedicó a lamer, succionar y hacer círculos con su lengua sobre mi clítoris, hasta conseguir que el clímax me alcanzara de nuevo.

No paró ahí, siguió subiendo con sus besos a lo largo de todo mi cuerpo, haciendo hincapié en mis pechos, donde se llevó un buen rato jugueteando con mis pezones, sin dejar que mi deseo se viniera abajo.

Fue mi turno, por lo que, de un movimiento, invertí nuestras posiciones, quedando arriba de él. Con mi lengua lamí su torso, y no pudo evitar soltar un gruñido de placer. Seguí bajando, hasta esa perfecta V que mostraba su cuerpo y, cuando llegué ahí, su miembro ya tenía unas gotas de líquido preseminal, por lo que, sin que él se lo esperara, las retiré con mi lengua.

Me hubiera gustado seguir lamiendo su sexo hasta que llegara al orgasmo, pero ni él ni yo teníamos ese pensamiento como para cumplirlo en nuestro primer encuentro, ya tendría tiempo a lo largo de la noche, porque no me pensaba conformar con un solo encuentro.

Subí hasta quedar de nuevo con nuestros sexos a la misma altura. Elevé mis caderas y me dejé caer sobre su miembro, haciendo que entrara por completo en mi interior. Al principio me quedé quieta, para que mi vagina se acostumbrara a su tamaño, que no era pequeño, precisamente, pero luego, empecé a moverme, lenta y tortuosamente. Veía como Alan se retorcía de placer debajo de mí, mientras que yo lo cabalgaba sin descanso.

Esperó a que me corriera de nuevo para cambiar de postura. Esta vez me situó en la cama apoyada sobre mis rodillas y mis brazos, y me penetró desde atrás, llegando al fondo de mi vagina y haciéndome gritar de placer con cada una de sus embestidas. No dejó de bombear ni un solo momento, mientras que yo, con mi trasero, iba a su encuentro, hasta que él también alcanzó su orgasmo, en esta ocasión, a la misma vez que yo.

—Joder, no sabes cuantas veces he soñado con este momento —me dijo, una vez que se dejó caer a un lado de la cama.

—No sé tú, pero yo lo hice muchísimas veces, sobre todo al principio de marcharme de la ciudad —le respondí.

—Y pensar en todo el tiempo que hemos perdido por las mentiras de los demás…

—Bueno, dejemos eso en el pasado y miremos al futuro —le dije.

—¿Cómo lo ves tú? Me refiero a qué planes tienes con respecto a nosotros —me preguntó.

—Ciertamente, no lo sé. Me gustaría que dejáramos que fluyera la cosa, eso sí, sin nadie más en la ecuación —le dije.

—Pues entonces, tendrás que cortar con tu chico, Max se llamaba, ¿verdad? —me preguntó.

—Y se llama, que no se ha muerto el pobre. Pero ya te he dicho que no es mi chico. Mañana mismo quedaré con él y le dejaré todo claro. Lo que había entre nosotros se terminó en el mismo momento en el que tú entraste de nuevo en mi vida. Y tú, ¿piensas hablar con Valery? —le pregunté, pues necesitaba saberlo.

—Yo no tengo nada que hablar con ella, sabe lo que hay, aunque no quiera admitirlo. Lo único que puedo hacer es negarme cada vez que me diga de quedar, así evitaré que me quiera tender una trampa y que parezca que no hemos acostado juntos —me dijo, y me dejó de lo más tranquila con su respuesta, porque eso significaba que también se había dado cuenta de su maldad.

Capítulo 16



La noche fue perfecta, al igual que la mañana siguiente, hasta que me dejó en la puerta de mi casa. Los domingos solía ir a comer con su madre, para que saliera un poco. Me dijo de ir con ellos, pero pensé que ese era un momento íntimo que debían tener los dos, y yo sería una intromisión. Tenía muchísimas ganas de volver a ver a Dolly, pero lo haría en otra ocasión, porque, además, estaba segura de que Margaret, la hermana de Alan, estaría allí también.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? Mi madre estará encantada de verte de nuevo —me dijo, en la puerta de mi edificio.

—Sí, completamente segura. Será mejor que quedemos otro día, el que a ella le venga mejor, y que tú estés libre —le respondí.

—Está bien, luego te llamo o te envío un mensaje, dependiendo de la hora a la que termine —me dijo, para despedirse con un beso que me dejó con las piernas temblando.

No sabía cómo, después de la noche que habíamos pasado, todavía seguía teniendo ganas de él, era como si me faltara algo, pero tendría que aguantarme, porque eso no se repetiría pronto, ya que ambos teníamos trabajo al día siguiente.

No se marchó hasta que no me vio entrar en el ascensor, y eso me gustó mucho de él. Quería llamar a Max para decirle que lo nuestro se había terminado, pero no me atrevía. Era como si algo me dijera que no lo hiciera en este momento, que esperara a tenerlo cara a cara, pero le prometí a Alan que lo

haría, así que, en cuanto entré en mi casa, y antes de ir a ver a mis abuelos, saqué el móvil de mi bolso y marqué su número de teléfono.

—Menos mal que das señales de vida. Estaba pensando en llamar a la policía para dar parte de tu desaparición —me dijo, en un tono de lo más irónico.

—Tenemos que hablar, pero no por teléfono. Lo hacía para preguntarte si te viene bien que tomemos café esta tarde, en la cafetería de siempre —le dije, sin hacer referencia al tono que había utilizado para hablarme.

—Pues lo siento, pero esta tarde tengo planes. Tengo vida aparte de ti, ¿sabes? —me dijo, y siguió hablándome en el mismo tono, y ya sí que no pude reprimirme.

—No hace falta que uses ese tono conmigo. Si no quieres quedar, no pasa nada. Pero luego no quiero que me eches nada en cara. De todos modos, lo que tengo que decirte, ya lo sabes.

—Vamos, que pretendes quedar conmigo para cortar nuestra relación. Eres la leche, Lily, de verdad que sí —me dijo, soltando una risa de lo más irónica.

—No hay ninguna relación, Max. Salíamos como amigos, y nos acostábamos de vez en cuando, pero en ningún momento hemos hablado de ser novios ni nada parecido —le respondí.

—¿Cómo amigos? Vamos, Lily, no me hagas reír. Si eso es de lo que quieres convencerte a ti misma para acallar tu sentimiento de culpa por haberme puesto los cuernos, pues muy bien. Pero, tanto tú como yo, sabemos que lo que hemos tenido ha traspasado con creces los términos de amigos con derecho a roce —me dijo, y solté un suspiro.

—Como sea, se terminó, Max. A partir de ahora tan solo seremos compañeros de trabajo. Que te lo pases bien con tus planes para esta tarde —le dije, y corté la llamada.

En cierto modo tenía razón, pues, aunque no llegamos a ser novios, tampoco éramos lo que le había dicho, nos quedamos justo en medio de las dos cosas. No tenía sentimiento de culpa por eso de ponerle los cuernos,

porque no se los había puesto, pero, sin embargo, sí que me sentía mal por él, por no haber sido completamente sincera desde el principio.

Entré en la ducha, me puse ropa cómoda, y salí de mi casa para ir a ver a mis abuelos, que me abrieron antes incluso de que yo llegara a su puerta.

—No me digas más, has oído el agua de la ducha y me has dado tiempo —le dije, porque mi abuelo calculaba el tiempo para venir a visitarme a través de lo que tardaba la ducha en cerrarse.

—Por supuesto. Esa ducha es una chivata, pero no sabía si eras tú, o que ya había llegado Charly —me contestó.

—Pues ya lo ves, era yo. Mi amiga cogerá el autobús de las cinco de la tarde, por lo que, hasta por lo menos las siete no creo que esté en casa —le respondí.

Al entrar en su casa, un olor a estofado invadió mis fosas nasales, y mi abuelo se percató de ello, por la forma en la que respiré, profunda y lentamente.

—Sí, te buscaba para eso. Tu abuela ha hecho estofado, y estábamos a punto de empezar a comer. Toma asiento antes de que se enfríe —me dijo, pues mi abuela ya se encontraba sentada.

—¿Qué tal la noche con el doctorcito? —me preguntó mi abuela, justo cuando estaba dándole un sorbo a mi refresco, que me salió por la nariz.

—¡Abuela, que casi me ahogo! —le dije.

—Joder, ¿tan grande la tiene como para ahogarte? —me soltó, con todo su arte, porque ella era así, decía las cosas sin pensarlas antes.

—Vamos a ver, lo que te importará a ti el tamaño del pene de ese muchacho, como si tú fueras a disfrutarlo —le dijo mi abuelo, fingiendo indignación, y no pude reprimir una carcajada.

—Creo que será mejor que comamos y dejemos ese tema a un lado —dije, completamente roja por la vergüenza. Todavía no me había acostumbrado a su

manera de ser, de hablar de todo con una naturalidad espantosa.

—Porque tú lo digas. Quiero todos los detalles, pero estoy de acuerdo en que será mejor que comamos primero —me dijo, como la que me estaba pidiendo que le contara como había sido la ciudad de la que acababa de venir de viaje.

Comimos entre risas y a la hora del café, que tomamos descafeinado por su problema de salud, mi abuelo dijo que se iba a echar una siesta, y a ninguna de las dos nos extrañó, porque era lo que hacía todas las tardes. Nos quedamos ambas en el salón, ya que prefería estar allí con ella. antes de estar en mi casa sola, a pesar de que me estaba muriendo de sueño.

—Ahora que estamos solas. ¿Cómo fue todo? ¿Es tan especial como aparenta? — preguntó mi abuela.

—Fue todo genial. Y sí, es mucho más especial de lo que aparenta. Me hizo sentir querida, respetada y deseada, como si tuviéramos de nuevo diecisiete años, como la última vez que nos vimos —le dije a mi abuela, pues pensé que era una tontería ocultarlo.

—¿Y ese otro chico con el que salías? ¿Se lo ha tomado bien? Porque supongo que lo habrás dejado antes de liarte con el doctorcito — dijo mi abuela.

—Por supuesto, abuela. Aunque no había nada que dejar, entre él y yo… definir nuestra situación es algo complicado —le respondí.

—Mira por ti, hija. El tiempo no vuelve, y la vida es demasiado corta como para no pensar en lo que una desea —me aconsejó mi abuela.

En ese momento escuché como se abría la puerta de mi casa, tenía que ser mi amiga, a la que estaba deseando contarle todo lo que me había ocurrido, porque, aunque algo le dije por teléfono, no lo sabía todo. Mi abuela, que lo notó, no dudó en decirme que me fuera a mi casa, que luego cenaríamos los cuatro juntos.

—Corre, si estás deseando contarle todo a tu amiga. Luego venís a cenar, y listo.

—Está bien, pero de la cena nos encargamos nosotras. Ni se te ocurra volver a meterte en la cocina —le advertí, con el dedo levantado a modo de amenaza.

Salí de su casa, encontrándome con Charly que abría la puerta de la nuestra, supongo que, para venir a buscarme, pero no le di opción. La empujé dentro de nuevo, ante la sorpresa de ella, que no sabía lo que estaba haciendo.

—¿Se puede saber qué haces? Iba a visitar a tu abuela, para ver como seguía — dijo, poniendo las manos en jarras.

—Mi abuela está perfectamente, luego vamos a cenar allí, con ellos, y lo ves con tus propios ojos. Ahora, siéntate en el salón, que tengo mucho que contarte —le dije.

Nos sentamos en el sofá, puesto que ella también se había cambiado de ropa por una cómoda de estar por casa. Preparé dos cafés, los puse con un platito de pasta, y me dispuse a contarle todo lo que me había pasado en estos días, mientras ella me miraba de manera expectante, como si estuviera esperando lo próximo que le iba a contar.

Capítulo 17



—Has tenido suerte, Lily, pero también te digo que debes tener cuidado con la arpía de Valery. ¿Cuándo se ha vuelto de esa manera? —me dijo Charly.

—Pues no lo sé, chica. A veces me pregunto si mi madre tenía razón cuando se dirigía a ella como una interesada que tan solo quería aprovecharse de mi situación. Porque, en cuanto tuvo la oportunidad, me dio la patada —le dije.

—Yo creo que siempre te ha tenido envidia, y ha intentado sustituirte en todo lo que tú deseabas, la universidad privada, el mismo chico que a ti te gustaba, tu mismo corte de pelo… No sé, es como si tu marcha de aquí le hubiera venido como anillo al dedo para suplantarte —me dijo Charly, y vi que tenía razón.

Nos marchamos con el pijama puesto hasta la casa de mis abuelos. Por suerte, tan solo estaban los dos pisos en el rellano, porque íbamos divinas de la muerte, vamos, como para que nos sacaran una foto y la subieran a las redes sociales.

Cuando mi abuelo abrió la puerta y nos vio allí a las dos, con las pintas que llevábamos, no pudo más que soltar una carcajada.

—En mi vida pensé que os vería así, con lo presumidas que sois las dos —nos dijo mi abuela al vernos.

—Ay, abuela, estamos cansadas y tan solo tenemos que pasar por el rellano. No nos va a ver nadie —le dije.

—Imagina que ahora mismo aparecen dos hombretones por aquí y os ven con esas pintas…

—Rosie, si aparecen dos hombretones por aquí, seguro que son para intentar vendernos algo, y te aseguro que, en ese caso, no importaría las pintas que llevemos —le contestó Charly, y todos reímos.

Estuve pendiente del móvil durante toda la cena, pues Alan me aseguró que me escribiría o llamaría en cuanto llegara a casa, y ya era demasiado tarde. Pensé que al ser tan reciente lo nuestro, seguro que se le había olvidado. Si cuando terminara de cenar con mis abuelos no me había llamado o escrito, lo haría yo, aunque solo fuera para desearle buenas noches.

La cena transcurrió entre risas y anécdotas de mi abuela, que no podía parar de contar la cantidad de enfermeros y médicos guapos que la habían atendido en el hospital, mientras que mi abuelo negaba con la cabeza.

—Estoy por fingir un mareo en la puerta, a ver si así conozco al amor de mi vida —le contestó Charly, haciendo que el primero en soltar una carcajada fuera mi abuelo.

—Si eso es así, os podéis casar en la capilla del hospital —le dije yo, sin poder parar de reír.

—Quita, quita, que nadie ha dicho nada de casarse —contestó mi amiga, cruzando los dedos y santiguándose varias veces.

Después de estar un ratito más con mis abuelos, nos fuimos para nuestra casa. Ella estaba agotada del viaje y yo no podía estar más cansada, pero el motivo fue de lo más satisfactorio, por lo que no me iba a quejar.

—Que pases buena noche, Lily —me dijo Charly en la puerta de su habitación.

—Igualmente, preciosa. Qué descanses —le respondí, y me acerqué a darle un beso en la mejilla.

Me metí en la cama, con el teléfono en la mano y justo cuando iba a escribirle, recibí un mensaje de Alan.

Alan: *Buenas noches, preciosa. No sé si estarás despierta o no, si estás dormida, lo verás en cuanto te levantes, si, por el contrario, estás despierta, espero que me contestes.*

Lily: *Buenas noches, Alan. Acabo de acostarme ahora mismo, hemos estado cenando en casa de mis abuelos. ¿Qué tal el día y la comida con tu madre?*

Alan: *Bueno, podría haber sido mejor. Recibí una visita de lo más inesperada, cortesía de mi hermana y me resultó un poco incómoda. Pero mejor te lo cuento mañana mientras comemos juntos. ¿Te viene bien?*

Lily: *Mañana trabajo de partido, pero si vienes a recogerme al trabajo y comemos cerca de allí, no tengo ningún inconveniente.*

Alan: *Por supuesto, pero tendrás que esperar a que termine mi consulta para que pase a recogerte. Si te viene bien, sobre las tres estaré por allí.*

Lily: *Me viene perfecto, te espero en la puerta.*

Alan: *Entonces, no te entretengo más, preciosa. Nos vemos mañana, que descanses.*

Lily: *Igualmente. Que sueñes bonito. Un beso.*

Alan: *Soñaré contigo. Otro para ti, en la parte que más te guste.*

Con esa última frase me sacó una carcajada. Por supuesto que sería en los labios, pues sus besos me hacían tocar el cielo. Me quedé dormida casi al instante, con su imagen en la cabeza, con todos esos momentos que habíamos vivido el día anterior y con una sonrisa que no se me iba.

Cuando sonó el despertador ya llevaba un buen rato despierta, pero sin salir de la cama, pues el día estaba de lo más desapacible. Me levanté, me di una ducha rápida, sin lavarme el pelo, que lo tenía limpio del día anterior, me lavé los dientes y me vestí, dispuesta a salir para ir al trabajo.

—No veas como llueve —me dijo Charly, que ya estaba en la cocina con dos cafés listos.

—Te acerco al despacho antes de irme a mi trabajo, no te puedes ir en metro con el día así —le dije, pues nunca quería, porque me decía que me retrasaba, pero hoy me iba a dar igual lo que me dijera.

—Pues no seré yo la que te diga que no, hoy el paraguas no sirve para nada, porque hace un viento de mil pares de narices —me respondió, contra todo pronóstico.

—Entonces, venga, coge tu chaquetón, que nos vamos —le dije, tomándome el último sorbo que quedaba de mi café y poniéndome el bolso al hombro.

Bajamos directamente al garaje. No era normal que yo aparcara allí, porque no me gustaban las columnas que había, pero cuando llegué del hospital con mis abuelos hacía mucho frío, y no dudé en entrar por ahí, así los resguardaba un poco de las inclemencias meteorológicas.

Durante el trayecto, le fui contando a Charly lo que me había dicho Alan el día anterior en los mensajes que intercambiamos, y me miraba sonriente.

—Amiga, estoy loca por conocer a ese hombre —me dijo, sin dejar de sonreír.

—Él también, me habló de organizar algo para que comiéramos juntos los cuatro, ya que él traerá a su mejor amigo. Tan solo tienes que decirme cuando te viene bien y se lo hago saber —le propuse.

—¿Qué te parece una cena el viernes? Así, luego, podemos tomarnos una copita tranquilas —me comentó ella.

—Por mí, bien. Ahora tengo que preguntarle a Alan porque no sé si tiene guardia en el hospital o no. Ya luego te cuento, cuando hable con él durante la comida —le dije.

Nos despedimos en la puerta del edificio que albergaba el despacho de abogados de Charly, porque, aunque tenía nómina de la misma empresa en la que yo trabajaba, su departamento estaba en otro edificio, bastante lejos del mío.

Arranqué el coche y cogí el camino que me llevaría hasta mis oficinas. Le dije que no podía recogerla, puesto que los lunes yo trabajaba mañana y tarde, era el único día de la semana que teníamos ese horario, pero el que lo pensó y lo puso ahí, tenía que haberse tomado antes un vinito, porque empezar la semana con turno doble, mandaba narices.

Nada más entrar en la oficina, me di de frente con Max, que ni siquiera me miró, muy maduro por su parte, pero no le hice caso. Encendí mi portátil y me di cuenta de que no tenía uno de los trabajos que casi tenía listo para entregar. Nadie sabía mi contraseña del ordenador, excepto Max, así que no dudé en ir a preguntarle.

—Max, ¿por qué ha desaparecido mi trabajo del ordenador? —le pregunté.

—Eso pregúntaselo al jefe. Yo solo cumplí órdenes —me contestó, sin mirarme a la cara, siquiera.

Como me di cuenta de que no iba a conseguir ninguna explicación por su parte, decidí ir a preguntarle a mi jefe, a ver si él me aclaraba algo, porque no me parecía de recibo que se hubiera entregado sin estar yo presente, que era la que lo había hecho casi en su totalidad.

—Buenos días, Lily, ¿en qué puedo ayudarte? —me preguntó, muy amablemente.

—Buenos días, venía porque tenía un trabajo casi a punto de concluir en mi portátil y, ahora, cuando he entrado para terminarlo, me he dado cuenta de que no está, y no tengo ni idea de lo que ha podido ocurrir —le expliqué.

—¿Te refieres a lo que estaba pendiente de Suministros Capilla?

—Exactamente a ese.

—Lo terminó tu compañero Max. El cliente dijo que tenía algo de prisa y como tú te habías cogido unos días libres, pues él dijo que se hacía cargo. Pensé que te lo había preguntado antes de hacerlo —me dijo, algo avergonzado.

—No, se valió de que conocía mi contraseña para acceder a él y llevarse los méritos, pero no volverá a suceder. Gracias por la explicación —me despedí y salí de su despacho.

Capítulo 18



No salí en toda la mañana de mi despacho, no quería verle la cara a ese ser que se había aprovechado de mi trabajo, que lo hizo por despecho y con la intención de hacerme daño, porque hasta lo había borrado de mi portátil después de copiarlo en el suyo, para que no tuviera opción a reclamarlo como mío, lo que él no sabía es que yo lo tenía subido a la nube, con bastantes anotaciones, por lo que, llegado el caso, pondría todo en su sitio.

Cuando me fijé en la hora, daban justo las tres de la tarde. Tenía una hora y media para comer, porque a las cuatro y media tenía que estar de nuevo en mi puesto de trabajo, hasta las ocho de la tarde.

Alan me dijo que lo esperara en la puerta, pero llevaba ya casi quince minutos y no había aparecido, por lo que, como se me terminaba el tiempo, lo llamé al móvil, pero no me atendió la llamada. Después de diez minutos más esperando, decidí marcharme, en cuanto que estuviera en el restaurante le enviaría un mensaje, por si se había retrasado por algo.

Lily: *No sé qué te ha podido pasar, si una urgencia o cualquier otro inconveniente, pero se me termina el tiempo que tengo para comer. Estoy en el restaurante italiano que está frente al edificio de mi trabajo, por si te da tiempo a tomar, aunque sea un café conmigo.*

Pedí mi comida, dejando el móvil encima de la mesa, por si acaso contestaba a mi llamada. No me gustaba comer sola, por eso solía hacerlo con mis compañeros, pero como ese día había quedado con Alan no les dije nada, y no sabía a donde habían podido ir, puesto que yo me decanté por lo que estaba más cerca del trabajo, ya que había perdido media hora de mi tiempo.

Terminé de comer y me pedí una infusión, todavía tenía quince minutos antes de tener que volver al trabajo, y volví a llamarlo, por si acaso ya estaba disponible, pero, aunque me daba tono, no contestaba nadie. Pagué la cuenta y salí de allí, yendo de nuevo a mi despacho.

Al pasar por delante de la mesa de Max vi como sonreía con maldad, como si él supiera algo que yo no, pero no iba a entrar en su juego ni caer en sus provocaciones, por lo que seguí de largo.

Minutos después, recibí un correo electrónico de una dirección que no conocía, pero pensé que sería algún cliente interesado, porque no era la primera vez que otro cliente se lo facilitaba a algún amigo en vez de darle el corporativo de la empresa, desde el que se le indicaban las tarifas y demás. Entré para contestarle lo que hacía siempre y darle el correo correcto, pero al abrirlo, no era eso lo que tenía delante.

Eran unas fotos de Alan con Valery, en actitud más que cariñosa, eran del día anterior, por la ropa que llevaba, que era la misma, así como otras en su despacho, con ella sentada en su escritorio, con una pierna colocada a cada lado del sillón de él. No pude aguantar las lágrimas, esas que me limpié con rabia. ¿Cómo había sido tan estúpida de creer en sus palabras?

Cerré ese correo, pues también me había llegado a mi móvil, y me centré en el trabajo. Quería salir de allí en cuanto dieran las ocho, ni un minuto más tarde. Necesitaba llegar a mi casa, encerrarme en mi habitación y llorar todo lo que se me estaba acumulando.

Eran las ocho menos cinco cuando me sonó el móvil, era Alan, pero no le hice caso, corté la llamada. Lo intentó dos veces más, con el mismo resultado, pero no pensaba oír más mentiras por su parte.

Salí de allí y me lo encontré en la puerta, esperándome, con los brazos cruzados y apoyado en su coche, lo que no sabía es que yo traía el mío, así que pasé de largo por delante de él.

—Lily, ¿qué tal la reunión? —me preguntó, y me paré en seco.

—¿De qué coño estás hablando? No he tenido ninguna reunión, lo único que tenía era una cita para comer, y me has dejado tirada sin siquiera enviarme

un mensaje para decirme que no venías —le dije, enfadada.

—¿Perdona? Has sido tú la que me ha llamado para decirme que tenías una reunión y que no podías salir a comer hoy. Por eso no te he recogido ni enviado ningún mensaje. Entré en una operación y he salido hace una hora —me dijo, y solté una carcajada de lo más irónica.

—Muy buena excusa, porque yo no he enviado ningún mensaje, más bien he recibido uno que me ha abierto los ojos —le dije.

Metió la mano en su chaquetón, y sacó de ahí su teléfono, buscó entre los mensajes y me lo mostró. No me podía creer lo que tenía delante, pues era mi número y en él le decía que anulaba la cita que teníamos para comer porque tenía una reunión urgente.

—Yo no he enviado ese mensaje —le dije, sacando mi móvil para mostrárselo.

—Pues está claro que se ha enviado desde tu teléfono —me dijo.

—De hecho, te he llamado en infinidad de veces —le dije, y entró en las llamadas, para mostrarme que no tenía ninguna de mi número.

—Lo del mensaje, puedo apostar a que ha sido Max, mientras yo estaba en el despacho de mi jefe, pero lo que no entiendo es como han podido saber que habíamos quedado para comer —le dije.

—Yo tengo una teoría distinta, pero tengo que comprobarlo. Hazme una llamada —me dijo.

Marqué su número y, aunque a mí me daba la señal, su teléfono no sonaba. Me miró muy serio, mientras negaba con la cabeza.

—Vamos a otro sitio, y así me muestras también ese mensaje que te ha llegado —me dijo.

—Yo tengo mi coche ahí aparcado —le dije.

—Pues te sigo hasta tu casa, allí hablaremos tranquilamente —me contestó.

¿Qué podía haber sido todo eso? ¿Quién se habría tomado la molestia de incordiarnos de ese modo? Me monté en el coche y puse rumbo a mi casa, con todo eso dando vueltas en mi cabeza. Aparqué en el garaje, pues ni siquiera me di cuenta de que había entrado, y Alan me hizo un gesto de que iba a buscar aparcamiento, para que lo esperara en la puerta del edificio.

—Ya estoy aquí, vamos arriba —me dijo.

—¿Quién piensas que ha sido? —le pregunté.

—Ahora arriba, por favor —me contestó. Me pidió, con un gesto, que apagara el teléfono, y le hice caso, sin saber por qué.

Cuando entramos en mi casa, Alan se llevó las manos a la cara, y se dejó caer en el sofá de mi salón. Me quedé mirándolo, sin saber que hacer o que decir. Cogió una bocanada de aire y empezó a hablar.

—Me parece que Valery ha clonado mi móvil, y no dudaría en pensar que ese novio tuyo también haya hecho lo mismo con el tuyo —me dijo.

—Imposible, no ha tenido tiempo material. Lo que sí estoy segura es que ha sido él quien ha enviado el mensaje, borrándolo después para que yo no lo viera. Cuando llegué de comer me miró con una sonrisa de maldad, como si fuera consciente de lo que había hecho —le contesté.

—¿Qué contenía el correo que recibiste?

—Unas fotos tuyas en actitud más que cariñosa con Valery, y eran de ayer, porque llevabas la misma ropa. Así que no entiendo eso de que estuviste incómodo con su presencia, porque parecías encantado —le dije, completamente indignada.

—Ayer no estuve ni siquiera cerca de ella, te lo puede confirmar mi madre. Enséñamelas —me dijo, y cogí el portátil, pues el móvil estaba apagado.

—Aquí tienes —le dije, mostrándole todas las fotos.

—Estas fotos no son reales, Lily. Te aseguro que no se han dado en ningún momento. Debe haberlas hecho con inteligencia artificial o algo parecido —me dijo Alan.

—Todo esto me parece demasiado retorcido, hasta para Valery…

—Hagamos una prueba. Enciende tu teléfono —me dijo, y me dejó trastocada. ¿Ahora que lo encendiera?

—No sé qué es lo que te propones, Alan, pero desde ya te digo que no me gusta un pelo lo que está pasando —le dije, encendiendo el móvil.

Charly no había llegado todavía, pero tampoco me extrañó, ya que ella era de las que se tomaban el regreso a casa con mucha calma, paraba a comprar dulces en la pastelería que había cerca de su trabajo, y luego, cuando ya estaba todo hecho, es cuando bajaba a coger el metro o el autobús.

Capítulo 19



—¡Ya está aquí lo más bonito de todo el bloque! —dijo Charly, entrando por la puerta, como siempre hacía, sin darse cuenta de que Alan estaba allí conmigo.

—Estamos en el salón —le dije, para que no empezara a quitarse la ropa, que era lo que hacía cuando llegaba a casa y estábamos las dos solas.

—Perdón, pensé que estabas sola —me dijo.

—Charly, él es Alan —le dije, presentándolos.

—Encantado, Charly —la saludó Alan, levantándose y dándole dos besos.

—Igualmente. Estaré en mi habitación —nos dijo, pero la frené, por si ella era capaz de darnos otra versión de todo lo que estaba sucediendo.

—No, espera, a ver si tú eres capaz de ver lo que nosotros no vemos —le dije, y empezamos a explicarle todo lo que nos había pasado.

—Envíale un mensaje, Alan. Pero, Lily, no lo abras, déjalo como si no lo hubieras visto, que quiero comprobar una cosa —nos dijo Charly.

Alan cogió su móvil, e hizo lo que le había sugerido Charly. En ese mismo momento me sonó el teléfono, pero no hice nada. Ni cinco minutos después, Alan recibió un mensaje de contestación que yo no había escrito.

Alan: *¿Te apetece que cenemos juntos? Espero tu respuesta, tenemos que hablar de lo que pasó anoche.*

Lily: *Lo siento, pero esta noche he quedado con Max para cenar y tomar una copa. Ya nos vemos otro día.*

Esa fue la secuencia y, automáticamente, se borró el mensaje que me había enviado Alan, haciendo que pareciera que no me había enviado nada, mientras en su teléfono estaba la respuesta a su invitación, una con la que yo no tenía nada que ver.

—Exactamente lo que yo pensaba. Lily ¿tienes el WhatsApp instalado en otro lugar aparte del móvil? —me preguntó Charly.

—Ahora que lo recuerdo… Sí, Max me lo instaló en el portátil, de ese modo decía que no tendría que estar pendiente del móvil, que cualquier cosa importante me saltaría en la pantalla —le dije, y me cagué en todo lo cagable.

—Alguien, que no quiero decir quién es, pero todos los sabemos, ha clonado tu WhatsApp de ese portátil —me dijo Charly.

No me lo podía creer, pero era cierto. Max había llegado demasiado lejos, pero no lo había hecho solo, tenía que haberse puesto de acuerdo con Valery, y me daba la impresión de que todo había sido orquestado aquel día en el aparcamiento del hospital, cuando lo dejé allí y me marché a buscar a Alan.

—Vale, ya hemos descubierto el misterio de los mensajes. Ahora toca saber por qué yo no puedo recibir sus llamadas —dijo Alan cogiendo su teléfono entre las manos.

—Eso es fácil de saber. Dame tu móvil —le dijo Charly, poniendo la mano bocarriba para que lo depositara allí.

Se puso a trastear hasta que dio con lo que estaba buscando. Cuando lo encontró, sonrió mostrándole el móvil a Alan.

—¿Conoces este número de teléfono? —le preguntó tras girar la pantalla hacia él.

—No tengo ni idea. ¿Te suena de algo a ti, Lily? —me preguntó Alan a mí.

—Yo tampoco lo conozco. ¿Por qué? ¿Qué pasa con ese número? —le pregunté a Charly.

—Se han desviado todas las llamadas que hagas al móvil de Alan a ese número de teléfono —nos contó mi amiga, y ambos nos miramos, completamente sorprendidos.

Charly no se lo pensó, cogió su móvil y marcó ese número, haciendo como que se había equivocado, para saber a quién pertenecía, y contestó una mujer, se suponía que desconocida, pero todos reconocimos la voz de la persona que lo hizo.

—Hola, estoy buscando a Martha —le dijo Charly, para no colgar la llamada.

—Lo siento, pero te has equivocado de número, no conozco a ninguna Martha —le contestó ella.

—Uy, perdona, he debido de anotar el número mal —le respondió, cortando la llamada.

Los tres nos miramos, sin saber qué decir, hasta que Alan rompió el hielo y fue el primero en articular palabras.

—Esto ya se pasa de castaño oscuro. Voy a tener que tomar medidas —dijo Alan.

—Espera, vamos a jugar un poquito con ellos —le dije yo.

—¿Qué pretendes hacer? —me preguntó él.

—Te voy a llamar, y ella no contestará, o sí, no lo sabemos. Si no me contesta, te enviaré un mensaje en el que quedaremos en una cafetería, a ver que hacen —le dije a Alan, con una sonrisa.

Efectivamente, marqué el número de teléfono de Alan. En la primera ocasión no me contestó, pero seguí insistiendo y a la tercera, me cogió la

llamada.

—¿Se puede saber qué quieres, Lily? Deja ya de molestar, que estamos ocupados —me contestó.

—Quiero hablar con Alan, dile que se ponga —le dije, en tono de enfado que no era el que sentía, ya que lo tenía justo a mi lado, cogiendo mi mano.

—Alan no se puede poner en este momento, está en la ducha —me dijo. Alan estaba dispuesto a contestarle, pero le apreté la mano, para indicarle que se esperara.

—¿Qué haces tú con el teléfono de Alan? —le pregunté, a ver por dónde me salía.

—Es evidente, estamos en su casa, hemos pasado la tarde en la cama y ahora está en la ducha. Yo estaría con él si tú no estuvieras dando el coñazo, así que, si me perdonas, te voy a colgar porque me está esperando —dijo ella, completamente convencida de que había colado su farsa, pero no se esperaba lo que vino a continuación.

—Joder, no sabía yo que tenía el don de la ubicuidad. Tendré que mirarlo para quedarme durmiendo mientras mi otro yo está en las guardias —dijo Alan, haciendo que ella colgara la llamada de inmediato.

Charly quitó el desvío de llamadas, al igual que cambié la clave del WhatsApp, tanto en el móvil como en el portátil, aunque me lo pensé mejor y del portátil desinstalé la aplicación, pues no me servía de nada ahí.

Comprobamos que todo fuera bien, haciendo una llamada y enviando un mensaje, que contesté después de un rato y, cuando todo estuvo correcto, respiramos tranquilos y nos sentamos para ver las opciones que teníamos para que no se volviera a repetir.

—Poco podéis hacer, porque estoy segura de que el teléfono al que se ha desviado las llamadas es uno de esos desechables de prepago, que no tienen ningún titular y que se pueden comprar en casi todos los supermercados —nos dijo Charly.

—Vamos, que han hecho y podrán hacer lo que les salga del alma y salir impunes —le dije, cabreada.

—No es eso. En tu caso, si pides las cámaras de la empresa, podremos ver como Max manipula tu ordenador —me dijo mi amiga, pero recordé lo que había pasado con el trabajo, y negué con la cabeza.

—Para nada. Si lo vemos ahí, puede decir que estaba cogiendo un trabajo que le había encomendado mi jefe. Se ha cubierto bien las espaldas —les respondí.

—Tenemos que andar con cuidado, Lily, y no dejar que nada de lo que nos llegue a modo de imágenes o de cualquier tipo de testimonio, nos afecte. Porque no van a parar hasta que consigan separarnos —me dijo Alan, mientras yo asentía con la cabeza.

—Chicos, estos dos son dos hijos de puta que no tienen ningún escrúpulo. Tu abuelo me ha contado lo que ha llegado a hacer Valery con tu abuela, y va a intentar hacerte todo el daño posible. Tenéis que tener cuidado, pero no solo con lo que ha dicho Alan, sino también de manera física —nos dijo Charly, que se puso seria de momento.

—No creo que llegue a tanto, la verdad. Pero bueno, siempre está bien cubrirse las espaldas —dijo Alan.

—Pues yo la veo capaz de todo. Por cierto, ¿se descubrió algo en la muerte de sus padres? Me refiero a la causa del accidente —le pregunté, pues mi corazón me decía que ella había tenido algo que ver.

—Tan solo se descubrió que el conductor contrario iba borracho y que al padre de Valery le fallaron los reflejos y no pudo evitar el choque. Murieron los tres, porque el otro conductor también falleció en el acto —me dijo Alan, que supo por dónde iban mis pensamientos.

—No me puedo quitar de la cabeza que algo tuvo que ver. Sam era un experto conductor, no me creo que no tuviera reflejos para esquivarlo —le dije, insistiendo.

—Eso es lo que pone en el informe oficial. Lo que sí que me resultó extraño es que quisiera incinerarlos tan pronto —me dijo Alan.

—Claro, si lo incinera, no hay cuerpo, y si no hay cuerpo, es imposible realizarle una autopsia si alguien lo solicita más tarde, tanto por una parte del accidente como por la otra —nos dijo mi amiga, que continuaba allí con nosotros.

—Lo tenía todo calculado… —murmuró Alan.

—Si ha sido capaz de acabar con sus padres… ¿de qué no va a ser capaz esta mujer? Por primera vez en mucho tiempo, tengo miedo —respondí.

Capítulo 20



Había pasado ya toda una semana desde que descubrimos que, tanto Valery como Max, nos habían manipulado con la intención de que nos separáramos. Esa noche habíamos quedado los cuatro para cenar y tomar una copa, pero decidimos que lo haríamos en casa de Alan, por lo que, Charly y yo iríamos hasta allí juntas.

—Tengo muchas ganas de conocer al amigo, porque si es tan guapo como tu chico, firmo ahora mismo la fecha de la boda —me dijo Charly, mientras se terminaba de vestir.

—Ahora no sé cómo estará, pero te aseguro que en el instituto era uno de los chicos más guapos de todo el centro. Tenía la capacidad de hacer que todo el mundo se girara a mirarlo cuando pasaba —le contesté.

—No me pongas más nerviosa, porque como me guste, lo meto en la primera habitación que vea y dejo que haga conmigo lo que quiera —me respondió ella, en tono de broma, por supuesto.

Me había puesto un pantalón de pelitos por dentro, estrecho en color azul marino, que combiné con un jersey de cuello vuelto en beige, al igual que las botas altas que me había puesto. Encima, elegí un abrigo del mismo color, con la bufanda, el gorro y los guantes en azul marino, pues el frío que hacía no era ni medio normal.

Mi amiga se puso un vestido de lana largo, en color corinto, con unas botas negras, al igual que su abrigo. Ella no usaba gorro, pues decía que no le

gustaba, pero sí que se puso una bufanda gordita y unos guantes de cuadros en tonos corinto, como el vestido.

—Lista, ya nos podemos ir —me dijo, con una sonrisa.

—Yo también estoy, cojo el bolso y nos vamos —le contesté.

—Mete una muda de ropa, porque estoy segura de que esta noche no duermes aquí —me indicó, y la miré negando con la cabeza.

—Claro que sí, y el pijama y la bata también me voy a llevar. ¿Estás tonta o qué?

—De tonta nada, demasiado lista. ¿Por qué te digo esto? Porque si tú te quedas allí, David me acompañará a casa y podré tentarlo con este cuerpo serrano —me dijo, y ahí sí que me tuve que sentar, no por lo que dijo, sino por la forma y los gestos que hizo mientras hablaba.

Alan me había comentado que le encantaba Charly, su manera de ser y su carácter y estaba completamente segura de que a David le ocurriría lo mismo, caería rendido a sus pies.

Bajamos al aparcamiento, donde últimamente dejaba mi coche aparcado, pues no confiaba de dejarlo en la calle y que la maldad de Valery se cebara con él. Al menos ahí estábamos seguros, tanto el coche como yo, pues no podía entrar sin la llave de acceso, que no se abría desde fuera si el coche estaba dentro aparcado, y tan solo se podía acceder desde el ascensor del edificio. No es que fuera cien por cien fiable, pero al menos sí mucho más que ir a buscarlo en la calle.

Nos montamos en él y pusimos rumbo al edificio de Alan, donde también aparcaría dentro, pues me había dejado una llave para que tuviera acceso cuando fuera a su casa, y así no tener que esperar a que él me abriera.

—Estoy muy nerviosa — dijo Charly, y la miré completamente asombrada.

—¿Nerviosa, tú? Pero si te comes a los mejores abogados en un tribunal. No sé si lo sabrás, pero te apodan la “tiburona” de las leyes —le dije, dándole un toque de humor para que se relajara un poco.

—Ya, pero lo mismo y me quiero comer a otro tiburón que está ahí arriba y no se deja —me respondió.

—Lo mismo y te estás creando muchas expectativas y después no te gusta —le dije.

—Pues no sé si sería lo mejor, de verdad.

—Anda, tonta, verás como congeniáis y os hacéis buenos amigos, al menos —le dije, mientras bajábamos del coche, una vez aparcado en el garaje del edificio.

Nos subimos en el ascensor y cuando mi amiga vio bien el rellano de la escalera, casi se cae de culo de la impresión. Era como ver un dibujo animado, con los ojos completamente abiertos y la boca que le iba a llegar al suelo, y no pude evitar soltar una carcajada.

—He oído tu risa y no he podido esperar a que abrieras la puerta, me moría de curiosidad por saber que era lo que estaba pasando para que rieras así —me dijo Alan, desde el marco de la puerta.

—¿No te has fijado en la cara de Charly? —le dije, haciendo un gesto con la cabeza.

—Amiga, ¿qué te ocurre para tener esa cara? —le preguntó Alan a Charly.

—¿Tú has visto este rellano? —le dijo ella, pendiente de cada detalle.

—Todos los días, algunos, hasta varias veces —le respondió él, riendo al ver la reacción.

—Anda, loquita, pasa al interior de la casa… Si con el rellano te has quedado así, no me quiero imaginar cuando veas la terraza —le dije, cogiéndola por el codo para que entrara.

Si os estáis imaginando la cara de mi amiga, pues multiplicad esa visión por diez cuando entró en el salón y se topó de frente con David. Ahí sí que, si quiso disimular, no pudo, y hasta él soltó una carcajada por su expresividad, llamémosle así.

—Hola, Lily, me alegra muchísimo volver a verte —me dijo David, dándome un abrazo y un fuerte beso en la mejilla.

—Alan, haz el favor de retirar a tu amigo de tu chica, no quiero tener que romper las amistades con ella por esto —le dijo Charly, y ahí sí que ya no pudimos aguantarnos la risa.

—Hola, yo soy David. Encantado de conocerte —le dijo nuestro amigo a ella.

—Hola, yo soy la futura madre de tus hijos. No te digo tu futura mujer porque no me importa no pasar por la vicaría, pero lo de tus hijos, sí. Si no lo conseguimos a la primera, no te agobies, que lo bueno de esto es coger práctica —le respondió ella, y los tres volvimos a soltar una carcajada.

—¡Es única! —exclamó Alan.

—Me parece perfecto, para mí esa parte también es la más interesante de buscar hijos. Pero, digo yo, y es cosa mía, que tendré que saber al menos tu nombre, ¿no? Lo mismo te gusta que me dirija a ti como caramelito o algo parecido, pero no sería la forma correcta de presentarte a mis padres —le contestó David, que quedó prendado, no solo de su físico, que era espectacular, sino de su manera de ser.

—Uy, si me dices caramelito, te secuestro ahora mismo. Pero tienes razón, no estaría bien que les dijeras a tus padres: “mamá, papá, este es mi caramelito”, entre otras cosas porque se pueden imaginar una situación que preferiría que quedara para nosotros. Me llamo Charlotte, pero todo el mundo me llama Charly —le contestó ella.

¿Qué os cuento de esa cena? Pues que las risas fueron continuas, hasta el punto de que me dolía la mandíbula de reírme. Si Charly le lanzaba indirectas, que no eran tales, porque no se andaba por las ramas a David, mi amigo tampoco se quedaba atrás. Llegó un momento en el que era tal la química que se notaba que había entre ellos, que tuvimos claro que de ahí iba a salir, si no una pareja, por lo menos un rollete.

—Bueno, chicos, ha sido un placer cenar con vosotros, pero yo me marcho ya, que mira la hora que es —nos dijo Charly.

—Espera, que me voy contigo y te acerco a tu casa —le contestó David.

—Vale, pero solo si te tomas la penúltima copita conmigo, en mi casa —le dijo Charly, y a David se le iluminaron los ojos.

—No te la voy a rechazar, te lo aseguro. Así tenga que dejar el coche aparcado encima de la acera —le dijo él.

—Uy, si no hace falta. Puedes aparcar en el garaje del edificio, total, Lily no va a aparcar allí hasta mañana, y no creo que vengan temprano, por lo que puedes quedarte a desayunar, incluso —le dijo ella, y a él le salió una sonrisa de lo más natural.

Nosotros ya habíamos anunciado que me quedaría en su casa esa noche. Volvería a mi casa al día siguiente, ya que Alan quería hacerle una revisión a mi abuela, y si todo iba como se esperaba, ya pasaría a tener que volver cada tres meses, por lo que volverían al pueblo.

Charly y David se despidieron de nosotros, asegurándonos que habían pasado una noche magnífica y que teníamos que volver a repetir, cosa que no dudamos que haríamos, pero esta vez sería en nuestra casa.

Alan y yo nos sentamos en el sofá, delante de la chimenea, con una copa de vino blanco en las manos, pero nos duró muy poco en ellas, porque nos faltaban manos para tocarnos y acariciarnos.

Capítulo 21



Esa noche, como todas las que pasábamos juntos, casi no descansamos. Era sentir la piel del uno contra la del otro, y volvernos locos, la pasión nos consumía. Éramos como el fuego y la gasolina, y nos hervía la sangre por las venas.

Tan solo nos hacían falta unos besos para que todo estallara a nuestro alrededor. Y eso había sucedido en el salón, delante del calor de esa chimenea, que fue testigo de nuestro primer encuentro. No tuvimos paciencia para esperar a llegar al dormitorio, la alfombra mullida nos supo como el mejor de los aposentos para dejarnos llevar.

—He pensado que el fin de semana que viene, que estoy libre, cuando dejemos a tus abuelos en su casa del pueblo, podemos pegarnos una escapadita a la cabaña que tienen mis padres en la sierra —me dijo Alan, mientras me acariciaba la espalda.

—Sería un plan perfecto, la verdad. Esperemos que mi abuela esté bien como para volver a su casa. No es que a mí me haga mucha gracia, porque prefiero tenerlos a dos pasos de mi casa, pero entiendo que ellos están deseando volver a su pueblo, a su rutina —le contesté.

—Podríamos proponérselo a Charly y a David. Lo mismo y esta noche ha surgido algo y podemos pasar el fin de semana los cuatro. Sería cuestión de ver el cuadrante de mi amigo —me dijo.

—Me encantaría, y el tema ese de que ojalá surja algo, está clarísimo que ya ha surgido, lo que no sé es si será duradero o no, no conozco al David

actual, y no sé cuáles son sus planes sentimentales —le contesté.

—Te garantizo que David, en cuanto que una mujer le llama la atención como lo ha hecho Charly, se vuelca en ella para hacerla la más feliz del mundo. Desde que empezó la universidad, que conoció a su chica, hasta que terminó la relación el año pasado, no ha vuelto a estar con nadie más, no es un hombre infiel.

—Charly tampoco es de ese tipo de mujeres. Para acostarse con un hombre tiene que gustarle mucho, tanto físicamente como su personalidad. No es de las que se acuestan con un tipo de una noche. Que no digo que no lo haya hecho alguna vez, ojo, pero no es lo normal en ella —le expliqué.

—¿Qué tal si nos olvidamos de esos dos un ratito y nos centramos en nosotros? —me preguntó.

—Convénceme —le respondí, y me miró con los ojos cargados de deseo, que fue lo único que necesité para estar lista para él, de nuevo.

Volvimos a dejar que la pasión se adueñara de nuestros cuerpos, haciendo que la chimenea no nos hiciera falta para entrar en calor, pues con nuestros besos teníamos bastante. Me cogió en brazos, metiendo sus manos por debajo de mis rodillas y de mis brazos, y así, como un bebé, pero sin dejar de mirarnos y de sentirnos, pues íbamos completamente desnudos, subimos a la habitación.

—Ahora vuelvo a por ti —me dijo, poniéndome de pie delante de la cama.

Lo vi entrar en el cuarto de baño y algo me dijo que este también sería un momento memorable. Escuché el grifo del baño como emanaba agua, así como la apertura de varios muebles, pero no me levanté, quería que siguiera con sus planes.

—Ya está listo —me dijo, y me volvió a coger de la misma manera.

Enterré mi boca en su cuello, y no pude evitar dejar allí algunos besos, incluso algún que otro mordisquito, que sabía que le encantaba. Se introdujo en la bañera conmigo en la misma posición, y se sentó en ella, dejándome a mí situada entre sus piernas, con mi espalda apoyada en su pecho.

Con una esponja natural que había sacado del mueble, lo mismo que las sales de baño con olor a vainilla, fue mojando mi cuerpo poco a poco, como si mi cuerpo fuera un tesoro y él quisiera cuidarlo con todo el mimo del mundo. Cuando llegó la hora de enjabonarme el sexo, dejó a un lado la esponja y lo hizo con sus manos, haciendo que tuviera mi primer orgasmo.

No lo dudé ni un instante, me di la vuelta y me senté a horcajadas sobre su miembro, introduciéndolo hasta el fondo de mi vagina, mientras que Alan apoyaba su cabeza en el bordillo de la bañera, preso de un placer que estaba reflejado en cada gesto de su cara, en como se mordía el labio con cada vaivén de mi cuerpo sobre él.

—Si sigues así, no voy a aguantar mucho más, preciosa. Me estás matando de placer —me dijo, con la voz entrecortada por la excitación.

—Yo también estoy a punto —le dije, acelerando el ritmo.

En ese momento, me sujetó de las caderas y fue marcando el ritmo que le hacía falta para llegar a ese tan deseado orgasmo, mientras que, con la otra mano, la llevó hasta mi clítoris y empezó a hacer círculos en él. Ni un minuto tardé en correrme, arrastrándolo a él conmigo.

Si estáis pensando que no tomábamos precauciones, nada más lejos de la realidad. Yo tomaba la píldora anticonceptiva y sabiendo que no estábamos con otras personas, no dudamos ni un instante en sentirnos sin ninguna barrera de por medio, compartiendo el calor de nuestros sexos.

Nos secamos en completo silencio, pero sin poder apartar la mirada el uno del otro, y nos fuimos a la cama completamente desnudos. Cuando compartíamos la cama nos gustaba hacerlo así, sin nada que nos impidiera disfrutar el uno del otro en cuanto que nos apetecía a los dos.

—Ven aquí —me dijo Alan, pasando su brazo por mi cintura y dejándome apoyada en su pecho.

—Es la mejor almohada del mundo —le respondí.

—Espero que no sea porque está blandito, que me pego mis buenas horas haciendo deporte. Este cuerpo no está así por genética —me dijo, fingiendo

indignación.

—No digas chorradas, por favor. Si recuerdo a tu padre perfectamente y eres igualito que él a su edad. Y si ya hablamos de tu madre, no sé cómo estará ahora, pero en nuestra adolescencia, en el club, era la envidia de todas las mujeres, daba igual la edad que tuvieran. Si hasta yo, en multitud de ocasiones, le decía a Valery que ojalá, con su edad, yo luciera así, como ella —le dije, nombrando a mi amiga de aquella época.

—¿En serio? Pues no era eso lo que ella me decía, más bien todo lo contrario —me contó, en un alarde de sinceridad.

—No me lo puedo creer. ¿Qué era lo que te contó? —pregunté, porque esa conversación la habíamos tenido las dos cada vez que teníamos la ocasión y salía el tema.

—Pues eso, que cuando veías a mi madre en biquini, en la piscina del club, tú le decías que una mujer de esa edad no debería de exhibirse así de esa manera, que podía incomodar a su marido y al resto de mujeres, por las miradas libidinosas que recibía de los hombres que allí acudían —me contó, y os prometo que me quedé ojiplática.

—Será hija de puta y sinvergüenza, si eso era lo que ella decía. Y de tu hermana, uf, de eso mejor no hablar. Está claro que, para mí, tu hermana tampoco era santo de mi devoción, pero jamás hablé mal de ella, lo máximo que dije siempre es que no sabía cómo había salido tan clasista con lo humilde que eran tus padres. No sé si habrá cambiado, puesto que hace mil años que no la veo.

—Ahora está todavía peor, pero es uña y carne con Valery. Por eso estuvo el otro día en la comida, porque ella le pidió que la acompañara, pero no porque le apeteciera a mi hermana, sino para darme por saco a mí. Margaret, al igual que mi madre, son conscientes de lo que hubo entre nosotros. Si mi madre ha recibido de muy buen grado que se terminara y que esté ahora contigo, mi hermana no se lo ha terminado de tomar demasiado bien —me contó.

—Vamos, que soy persona non grata en su presencia, ¿no? —le dije, riendo, para que viera que me daba exactamente igual lo que pensara su

hermana, como había sido siempre.

—Más o menos. Digamos que no te va a invitar a ir de compras ni a tomar el aperitivo con ella —respondió, también entre risas.

Estuvimos hablando durante un rato más, hasta que el cansancio se apoderó de nosotros y ya no pudimos aguantar más el sueño. Jamás había dormido como lo hacía entre sus brazos, daba igual la postura que adoptáramos para ello. Era sentir el calor de su piel y su respiración pausada en mi cabeza, para que fuera como la mejor de las nanas para mí.

A medianoche, una inquietud se apoderó de mí, y me di cuenta de que Alan me tenía sujeta por la cintura, desde mi espalda, justo cuando empezaba a dormirme de nuevo, mi teléfono sonó.

Capítulo 22



—¿Quién llama a estas horas? —me preguntó Alan.

—No tengo ni idea, voy a ver —le dije, levantándome de la cama para buscar el móvil, que estaba en alguna parte de la habitación.

Se cortó la llamada, porque no lo encontraba, y cuando llegué a él, me di cuenta de que era Charly quién me llamaba. Que hubiera insistido a esta hora, pues eran las cinco y media de la madrugada, me hizo pensar que algo malo le había ocurrido a mi abuela.

—Dime que mis abuelos están bien, por lo que tú más quieras —le dije, nada más contestar a la llamada y con Alan a mi espalda, listo para salir corriendo si lo necesitaba.

—Sí, sí, tus abuelos están perfectos, gracias a Dios, al igual que David y yo, lo que no lo está tanto es tu casa —me dijo, preocupada.

—¿Cómo? ¿Qué me quieres decir con eso? Charly, son las cinco y media de la madrugada, no he dormido más de dos horas así que, por lo que tú más quieras, ve directa al grano —le dije.

—Está bien, ha habido una explosión de gas y tu casa ha quedado casi destruida —me dijo, y me tuve que sentar.

—¿Qué estás hablando, Charly? Si es una broma, te garantizo que no me está haciendo ni puta gracia —le contesté, medio enfadada.

—¿Piensas que bromearía con algo así? Pues déjame decirte que mi sentido del humor no es tan negro —me respondió.

—Lo siento, pero es que no me esperaba algo así. ¿Cómo ha sucedido? Y, lo más importante, ¿cómo te has dado cuenta a tiempo de salir de allí? —le pregunté. Sabía que tenía que vestirme e ir allí a ver lo que había sucedido, pero me temblaban las piernas y no podía moverme.

—David se dio cuenta de que había un fuerte olor a gas, y se levantó para ponerse un pantalón. En cuanto llegó a la parte de la cocina, el olor se hizo más fuerte, por lo que vino a buscarme para que saliéramos de allí. Fue avisando a todos los vecinos, mientras yo me ocupaba de avisar a tus abuelos y ayudarlos a bajar. Por suerte, y según nos dijeron los bomberos, al avisarlos, pudieron controlar la explosión para que no afectara mucho, por lo que los cimientos ni el resto de los pisos están afectados. El que se ha llevado la peor parte es el tuyo, que ha perdido toda la cocina y parte del salón —me contó.

Había puesto el altavoz del móvil, por lo que Alan se estaba enterando de todo. Lo hice porque no tenía fuerzas ni para sostener el teléfono, de lo que me temblaban las manos. No podía articular palabra, y las lágrimas iban cayendo por mis mejillas sin control.

—Ahora mismo vamos para allá. Supongo que estaréis en la calle, ¿verdad? —le preguntó Alan.

—Eso es, a los abuelos les han dado una manta para guarecerse del frío, los demás vecinos estamos aquí en pijama, y David con el pantalón y su chaquetón, pero descalzo, pues no quiso perder el tiempo en ponerse nada más —nos dijo Charly.

—No te preocupes, que en quince minutos estamos allí y os llevamos todo lo necesario —le contestó Alan, cogiendo ropa y metiéndola en una mochila.

No sé cómo ni cuándo me vestí, pero en el momento en el que volví en mí, ya estaba en el coche y llegando a mi casa, con Alan al volante. No había sido consciente de que no había podido dejar de llorar desde que Charly me había dado la noticia.

—Tranquila, Lily, encontraremos la manera de salir adelante —me dijo Alan.

—Lo sé, pero tan solo pensar que, si David no se hubiera percatado del olor, hubiera sido mil veces peor de lo que ha sido y pudiera haber fallecido alguien, me pone los vellos de punta. Es que no entiendo nada, cuando ayer mismo vino un técnico a supervisar la instalación y me dijo que todo estaba bien…

—¿Cómo dices?

—Que ayer, a eso de las cinco de la tarde, vino un técnico de la compañía, para hacer una revisión de la instalación, como hacen cada año. Cuando se marchó me dijo que todo estaba correcto, que no tenía que cambiar nada. Después de eso, nos arreglamos y nos vinimos para tu casa —le conté.

—Eso se lo tienes que decir ahora mismo a la policía, en cuanto lleguemos. ¿Te fijaste en el nombre o te dejó algún documento que lo acredite? —me preguntó.

—Claro que me dejó un documento, pero lo guardé en el cajón de la cocina, en el mismo lugar en el que los tenía todos, por si en alguna ocasión me hacía falta, por lo que es muy extraño que siga en el mismo sitio —le dije, llevándome las manos a la cara.

Dejamos el coche en el primer hueco que encontramos antes de llegar al cordón policial, porque de ahí en adelante ya no dejaban circular.

—Buenas noches, soy la dueña de la casa en la que ha tenido lugar la explosión. ¿El oficial al mando? —le pregunté al primer policía con el que me topé.

—Buenas noches, me permite su documentación, por favor —me dijo.

Saqué mi cartera del bolso y le mostré mi identificación, cuando comprobó que, efectivamente, era yo la propietaria, nos dejó pasar, indicándome donde podía encontrar a ese oficial. Mientras yo iba hacia allá, Alan localizó a mis abuelos, al igual que a Charly y David, dejándoles la mochila para que se

abrigaran. Comprobó que mis abuelos estaban en perfecto estado, sentados en el interior de una ambulancia, y vino hasta dónde yo estaba.

—Están perfectos, los dos, así que, puedes estar tranquila en ese aspecto —me dijo, abrazándome y dándome un beso en la cabeza.

—Buenos días, señorita Patterson —me dijo el policía, porque ya había amanecido.

—Buenos días, agente —le respondí.

—Lamento tener que decirle que ha sido un sabotaje. Los bomberos han podido comprobar que su instalación estaba manipulada, por lo que ha sido algo premeditado. ¿Alguien más, aparte de su compañera de piso y usted, tiene acceso a la vivienda? —me preguntó.

Le conté la visita que había recibido esa misma tarde, e intentaron encontrar el documento que acreditara esa visita que recibí, pero era misión imposible, pues ahí no había donde encontrar nada, y lo poco que quedaba, estaba completamente destrozado.

Esa mañana, y después de un par de horas más, todos los vecinos pudieron volver a sus hogares, todos excepto mis abuelos y nosotras, pues el piso de ellos también se había visto afectado.

—Os venís conmigo los cuatro, en mi casa hay sitio —nos dijo Alan, completamente convencido.

—No, en cuanto puedas, me haces la revisión y nosotros nos marchamos al pueblo. Aunque, después del susto de hoy, si no me ha dado un infarto, es porque el tratamiento está funcionando —le dijo mi abuela, aportando su particular sentido del humor.

—Si es eso lo que quiere, espere un momento que hable con alguno de los compañeros de la ambulancia y ahora mismo le hago la revisión —le contestó él.

—Hijo, te he dicho ya miles de veces que no me hables de usted, que me hace sentir como una vieja —le dijo mi abuela, haciendo que, a pesar del mal

rato que llevábamos, y lo que nos quedaba todavía, volviéramos a reír.

Alan consiguió que uno de los médicos le dejara el instrumental necesario para poder llevar a cabo la revisión, incluso le permitieron que lo hiciera dentro de la ambulancia, a puerta cerrada. Mientras tanto, nosotros seguíamos hablando con la policía y los bomberos. David no se separó del lado de mi amiga, abrazándola y dándole su cariño y apoyo. Yo no tuve más remedio que avisar al trabajo de lo que me había pasado.

—Buenos días, soy Lily Patterson, he sufrido una explosión en mi piso y ha quedado destrozado. Tendré que tomarme unos días libres —le dije a mi jefe, que estaba al otro lado de la línea telefónica.

—No te preocupes, Lily. ¿Estás bien? —me preguntó él.

—Físicamente, sí. Yo no me encontraba en casa y fueron mi compañera y mi su chico quienes olieron el gas y tuvieron tiempo de avisar a los bomberos y a todos los vecinos. Los daños pudieron ser más que materiales, pero, afortunadamente, no hemos tenido que lamentar víctimas —le contesté.

—Eso es lo principal, lo material se repone, las vidas son las que no se pueden reponer. Tómate todo el tiempo que necesites, con que me avises el día antes de tu vuelta, es suficiente — dijo mi jefe, que notó lo afectada que me encontraba.

—Muchísimas gracias —le respondí, y corté la llamada.

Nos dieron tiempo para subir a nuestros pisos y coger lo que necesitábamos, lo hicimos con una mascarilla de oxígeno y junto a los bomberos, que iban asegurando la zona antes de que entráramos nosotros.

Capítulo 23



El seguro de mi casa se haría cargo de los desperfectos, así como del pago de un hotel mientras se llevaban a cabo las distintas reparaciones. Esa misma tarde, una vez que recogimos todas las cosas de mis abuelos, los llevé hasta el pueblo. Decidí que estaría allí un par de días, para ayudarlos a colocar todo y que, después de eso, volvería a la ciudad.

—No dudes en llamarme si necesitas algo. Me encantaría poder acompañarte, pero sabes que tengo guardia y no he podido cambiarla —me dijo Alan.

—Lo sé, ya tendrás tiempo de acompañarme la próxima vez que vengas. Tan solo te voy a pedir que tengas mucho cuidado, por favor —le respondí, dándole un beso antes de montarme en el coche.

Alan me había ofrecido que pasara con él todo este tiempo en el que se realizaban las reformas en mi casa, pero decliné su oferta. No quería dejar a Charly sola, y prefería permanecer con ella en el hotel que nos había asignado el seguro. La habitación no era de lujo, pero tenía lo necesario para que pudiéramos vivir cómodamente durante esas semanas en las que no podríamos permanecer en la casa.

Arranqué el coche y puse rumbo al pueblo. Tenía a mi abuela sentada en el asiento del copiloto, como si estuviera masticando algo y no encontrara la manera de decírmelo. Abría la boca, la volvía a cerrar, me miraba, cambiaba su cabeza de dirección…

—Abuela, suéltalo ya, hazme el favor, que me estás poniendo nerviosa —le dije, invitándola a hablar.

—Ay, Lily, es que no sé cómo decirte esto…

—Pues directamente, como cuando quitas una tirita de golpe —le respondí.

—Está bien. Creo que Valery tiene mucho que ver con lo que ha sucedido en tu casa —me dijo, así, sin anestesia.

—¿Me lo dices en serio, abuela? Creo que tiene mucha maldad, pero no me cabe en la cabeza que llegue tan lejos. Ten en cuenta que, si David no se llega a percatar del olor a gas, podría haber muerto mucha gente —le dije a mi abuela.

—Hace unos días, mientras bajábamos a tomar un café, tu abuelo y yo la vimos pasear por la calle, con un tipo alto, de unos treinta y pocos años, que llevaba un mono de trabajo —me contó mi abuela.

—¿Se lo has dicho a la policía? —pregunté, porque no me parecía de recibo que me lo contara a mí sin haberlo hecho antes a los oficiales que llevaban el caso.

—Por supuesto que sí, y también les hablé de como intentó matarme administrándome un fármaco que mi médico no había prescrito y que era contraproducente con la enfermedad que sufro — dijo mi abuela.

—Entonces, dejemos que sean ellos los que se encarguen de investigarlo todo —le respondí, pero algo en mi interior me decía que mi abuela tenía razón.

—Claro que sí, que son ellos los que se tienen que encargar de todo. Si te digo esto es porque debes tener cuidado, Lily. Esa mujer te tiene mucha inquina, y se está demostrando que es capaz de cualquier cosa. No quiero que vayas sola a ninguna parte y me quedaría mucho más tranquila si te marcharas a casa de Alan mientras no te reparan el piso —me explicó mi abuela.

—Abuela, no puedo, y no quiero dejar sola a Charly. Al final, volveremos a estar las dos solas, cuando volvamos a casa. Pero no te preocupes, que tendré cuidado y te llamaré todos los días, cuando salga del trabajo y por la noche antes de dormir —le dije, dándole un apretón en la mano.

Mi abuelo no había articulado palabra, y eso me preocupaba más que todo el discurso que me había dado mi abuela. Lo miré por el espejo retrovisor, y parecía sumido en sus pensamientos.

Cuando nos bajamos del coche, me acerqué a él, le di un abrazo y un beso, que me correspondió con una sonrisa. Durante los dos días que estuve allí con ellos, mi abuelo no hizo referencia alguna, ni al suceso en sí, ni a la persona de Valery. Pero cuando ya me tocaba volver a la ciudad, me cogió aparte, aprovechando que mi abuela había entrado en la casa a coger algo que se le había olvidado darme.

—Lily, por favor, ten mucho cuidado y no vayas sola a ninguna parte —me dijo, preocupado.

—Permanece tranquilo, abuelo, que así lo haré —le respondí.

—No te he dicho nada antes porque no quería preocupar más a tu abuela, pero tengo una muy mala sensación con todo lo que ha pasado. Es como si estuviéramos en una batalla y la guerra no hubiera terminado —me explicó.

—Tened vosotros también mucho cuidado y cuando veáis o notéis algo extraño, no dudéis en llamar a la policía y, por supuesto, a Lotti —le dije.

Me despedí de ellos, pero antes de volver a casa, había quedado con Lotti para tomar un café y hablar con ella tranquilamente a solas. Le dije a mis abuelos que pasaría por la cafetería en la que trabajaba para despedirme de ella y por si quería que le dijera o que le entregara algo a su hija.

—Buenos días, Lotti —le dije al entrar en la cafetería.

—Buenos días, mi niña —me contestó ella.

—Vengo para hablar contigo. ¿Tienes un minuto? —le pregunté.

—Déjame que termine lo que estoy haciendo, y ahora mismo estoy contigo. Tengo la impresión de que necesitaremos más de un minuto para lo que tenemos que hablar —me dijo, y entró en la cocina para apagar lo que tenía en el fuego, mientras yo me sentaba en una de las mesas que quedaban libres, con un café que me puso por delante antes de irse.

No sabía como empezar a contarle todo, pero tenía que encontrar la manera de hacerlo, pues la vida y la integridad física de mis abuelos estaba en juego. Mi madre había desaparecido del mapa en cuanto que se vendió la casa que nos dejó mi padre, y no podía contar con ella para nada. Seguía viviendo en los Mundos de Yupi, con sus actos benéficos, cuando no era capaz de hacer el mejor acto del mundo, que era visitar a mis abuelos.

Cuando Lotti se sentó conmigo le expliqué todo desde el principio. Ella conocía a Valery, y yo sabía que podía plantarse aquí, con su máscara de niña buena que quiere una reconciliación, para embaucarla y conseguir lo que estaba buscando, que no era otra cosa que hacerme daño de la mayor manera posible.

—No me lo puedo creer, con lo dulce que parecía cuando venía aquí de adolescente —me dijo Lotti.

—Pues todo era falserío, te lo digo yo que me quedé muda cuando escuché lo que había hecho. Lotti, te lo ruego, si la ves por aquí, aunque sea de lejos, si notas cualquier cosa extraña, me llamas, por favor —le dije, una vez que me despedía de ella.

Volví a mi coche y arranqué, poniendo rumbo a la ciudad. Tuve como el impulso de llamar a Alan para contarle que estaba volviendo, como si tuviera la necesidad que lo supiera, de escuchar su voz, y no dudé en llamarlo a través del altavoz del coche.

—Hola preciosa, ¿todo bien? —me preguntó, en cuanto respondió a la llamada.

—Hola guapo, sí, ya voy de camino a casa —le respondí.

No quería terminar la llamada, y como él no tenía nada que hacer, pues acababa de salir de su guardia, continuamos durante una buena parte del

trayecto. En un momento determinado, noté como si me estuvieran siguiendo con el coche.

—Alan, no quiero ser paranoica, pero me parece que me siguen —le dije.

—Joder, Lily, no me digas eso. ¿Tienes una gasolinera o algún sitio público donde parar? —me preguntó.

—No, voy por la carretera que bordea el bosque —le respondí.

—Pues ten mucho cuidado, y no me cortes la llamada. Ven directamente a mi casa, necesito ver y saber que estás bien —me dijo.

No sé cómo ni de dónde salió ese otro coche, pero en un momento determinado, noté como me embestían de manera brutal por el lateral. Pegué un grito e intenté hacerme con el control de mi vehículo, pero no lo conseguí, con la segunda embestida terminé de perderlo, y el coche empezó a dar vueltas de campana.

—¡Lily! Por favor, dime algo. ¿Qué está ocurriendo? —me preguntaba Alan, pero no podía contestarle, el miedo no me dejaba hacerlo.

En la última vuelta de campana que dio el coche, ya no escuché nada más, todo se volvió negro. Cuando recuperé la conciencia, sentía un dolor enorme de cabeza, y notaba como la sangre me iba cayendo por la frente. No sé el tiempo que estuve así, pero al cabo de un rato, todo se volvió a tornar oscuro. En mi pensamiento estaba la voz de Alan, gritando con preocupación, y la cara de mis abuelos, a los que no estaba segura de volver a ver.

Capítulo 24



Alan

Cuando escuché el grito de Lily y el ruido que hizo el coche, pensé que me volvía loco. Seguí al teléfono, gritando y preguntando que era lo que había pasado, pero no tuve respuesta. En un momento dado, la llamada se cortó y no me lo pensé, cogí las llaves del coche y salí corriendo a ver si podía encontrarla. Justo cuando salía de mi casa, me topé con David, que venía para desayunar conmigo, sabiendo que estaba saliente de guardia, y traía churros calentitos con chocolate. Al verme la cara, supo que algo había sucedido.

—¿Qué pasa, Alan? —me preguntó.

—Es Lily, algo le ha ocurrido… —le conté lo de la llamada y como se cortó abruptamente, todo ello mientras bajábamos en el ascensor, pues no pensaba dejar pasar ni un solo minuto.

—Vamos, te acompaño. No te pienso dejar solo —me dijo, quitándome las llaves del coche, pues entendía que no estaba en condiciones de conducir y en vez de un accidente, íbamos a tener que lamentar dos.

Nos montamos en mi coche y salimos del garaje a toda carrera, como si nos fuera la vida en ello, aunque, en cierto modo, así era. Por la hora que me llamó y el tiempo que había transcurrido desde que salió del pueblo, debía estar en una parte concreta de la carretera. Cuando llegamos al punto donde, más o menos calculaba que estaba el coche accidentado, no veíamos nada. Bajamos la velocidad todo lo que pudimos, y la carretera seguía solitaria, solo nosotros estábamos en ella.

—¡Mira, ahí hay algo! —le dije a David, que frenó en seco.

—Sí, yo también lo veo. Voy a parar en el arcén y vamos a comprobar que es —me dijo él.

Nos bajamos del coche, dejándolo a un lado de la carretera, perfectamente señalizado, ya que tampoco queríamos provocar ningún accidente más. Vimos el coche desde lejos, bocabajo y completamente destrozado.

—¡Lily! —grité, cuando lo vi y bajé corriendo por la ladera del desfiladero por donde había caído.

No obtuve respuesta, y eso empezó a desesperarme, por lo que aceleré el paso, hasta llegar al lugar del accidente. David me seguía muy de cerca, pero algo más despacio, y no sé cómo no me caí varias veces.

Mientras yo bajaba, mi amigo llamaba a la policía y a una ambulancia, pendientes de lo que nos pudiéramos encontrar. Al llegar allí, todo estaba vacío, ni rastro de Lily por ninguna parte.

—No te pongas en lo peor, seguro que ha podido salir por su propio pie y está buscando ayuda. Vamos a buscarla, no debe andar muy lejos — dijo David, intentando tranquilizarme.

—¿Has visto como está el coche? Dudo mucho que haya salido por su pie, debe haber salido despedida a través de alguno de los cristales, y estar malherida por alguna parte —le dije, mirando a mi alrededor por si podía a ver algo que me llamara la atención.

La policía llegó y se unió a nosotros en la búsqueda. Un nudo se me instaló en la garganta y una presión en el pecho. Todavía no había hablado con ellos sobre lo que había sucedido, mi prioridad era encontrarla. Rastreamos todo el perímetro, un kilómetro en redondo alrededor del coche, y no encontramos nada.

—Creo que es hora de que le cuentes lo que oíste —me dijo David.

—Sí, será lo mejor, a ver si de este modo podemos dar con ella —le dije, llevándome las manos a la cara.

Me aparté a un lado con uno de los policías que habían venido al auxilio de Lily, y le conté todo lo que pasó mientras yo hablaba con ella por teléfono. Desde como me dijo que parecía que la estaban siguiendo hasta como la embistió otro coche y gritó de una manera desgarradora, los ruidos y golpes, que ahora sabíamos que se debían al accidente, y como se cortó la llamada de manera abrupta.

—También, hace unos días, alguien manipuló la instalación del gas de su casa y hubo una explosión —le dije, acordándome, por si los dos asuntos podrían estar relacionados.

—¿Tiene la señorita Patterson algún enemigo, señor Scotch? —me preguntó la policía.

—No me atrevería a llamarlo de ese modo, pero sí que, últimamente hemos tenido algún que otro encontronazo con mi ex y el suyo, aunque, siendo sincero, no creo que fueran capaces de llegar tan lejos —le dije, pues quería pensar que no habían tenido nada que ver.

—Está bien, será mejor que os marchéis a casa, os iremos informando con lo que vayamos averiguando —nos contestó el policía.

—Tengo que ir a contárselo a los abuelos. Si no reciben la llamada de su nieta empezarán a preocuparse —les dije a todos, pero dirigiéndome en especial a mi amigo David.

—Si quiere, yo mismo me puedo hacer cargo de eso —me dijo el policía.

—No, no, prefiero hacerlo yo. Soy médico y la señora Jeffersson padece una enfermedad cardíaca, y si tiene una crisis, yo mismo podré atenderla —le contesté, y asintió con la cabeza.

—En ese caso, seguimos en contacto —me dijo, dándose la vuelta para marcharse.

Allí se quedaron sus compañeros, buscando cualquier indicio o pequeña prueba de la que tirar para encontrar a Lily. ¿Dónde estaría? ¿Quién se la habría llevado? Porque estaba claro que no se había ido por su propio pie, ya que la distancia que recorrimos buscándola nos indicaba que no había sido así.

Nosotros nos fuimos hasta mi coche, esta vez iba a conducir yo, aunque me costó una discusión con David. Cuando me senté y cogí el volante, ya que mis manos temblaban más que el primer día que me puse un pijama de médico y me tocó dar mi primer diagnóstico.

—Tranquilo, verás como la encuentran pronto —me dijo David, cogiendo mis manos para que me tranquilizara.

—A Charly también habría que avisarla —le contesté.

Mi amigo cogió una bocanada de aire, antes de sacar su móvil y marcar el número de Charly. No quería hacerlo por teléfono, pero no tenía más remedio, puesto que hacía ya bastante tiempo que Lily tendría que haber llegado a la ciudad, y estaba seguro de que estaría muy preocupada por ella.

—Charly, soy David…

—Activa el altavoz, por favor —le dije, interrumpiendo su discurso.

—¿Alan? ¿Está Lily ahí contigo? —me preguntó, en cuanto oyó mi voz.

—Ojalá, Charly. Vamos de camino al pueblo. En el trayecto hacia la ciudad, Lily ha tenido un accidente. Hemos encontrado el coche, pero ni rastro de ella. La policía la está buscando, nosotros vamos a comunicárselo a los abuelos —le conté, mientras la escuchaba llorar.

—Charly, cariño, en cuanto lleguemos a la ciudad, voy a buscarte, y te vendrás conmigo, no te pienso dejar sola —le dijo mi amigo.

—Ay, David, como le pase algo me muero. No es mi amiga, es mi hermana, la que me tendió la mano desde el primer momento en el que nos conocimos —le dijo.

—Seguro que no le ha pasado nada importante y ha buscado ayuda por su cuenta. Pronto la tendremos con nosotros, ya verás —le contestó él.

Quería creerlo, me aferraba a un clavo ardiendo, pero el hecho de que no estuviera por las inmediaciones del accidente me hacía ponerme en todas las

situaciones peores, desde que hubiera caído en alguna grieta que no hubiéramos visto hasta que se la hubieran llevado en contra de su voluntad.

Entramos por el pueblo y preguntamos por la dirección de los señores Jeffersson, y una señora nos indicó que estábamos al lado de su casa. Aparqué en la misma puerta, y allí me llevé un rato, porque no era capaz de bajarme y ponerme delante de ellos sin saber, realmente, lo que le había sucedido a su nieta, pero no tenía otro remedio.

—Alan, David, ¿qué estáis haciendo aquí? ¿Les ha pasado algo a mis niñas? —preguntó Rosie, que conoció mi coche y salió a la puerta.

—A las niñas no, a Lily. Ha sufrido un accidente, la policía la está buscando, pues no estaba en el interior del coche —le dijo David, mientras que la sujetaba, pues sus piernas temblaban.

—Mi niña, no, por favor. Me voy yo primero, pero a ella que no le ocurra nada, te lo ruego —dijo, mirando al cielo.

—Tranquila, Rosie, vamos dentro —le dijo David, introduciéndola en el interior de su casa.

Le hice una infusión tranquilizante, y nos quedamos un rato más con ellos. Mientras que Rosie estaba que no se mantenía ni en pie, Joseph estaba más entero, pero en su rostro se notaba la preocupación y el miedo. Cuando ya nos marchábamos, y me había asegurado de que Rosie no sufría una crisis, Joseph nos acompañó hasta la puerta.

—Alan, tengo mis sospechas de que Valery puede tener algo que ver en todo esto, al igual que en lo que ocurrió en su piso. Ya hemos hablado de esto último con la policía, pero quiero que tú también lo tengas en cuenta y te cuides las espaldas —me dijo.

—Lo tendré en cuenta y si es cierto de que ella ha tenido algo que ver, te prometo que pondré todo mi empeño en que pague por ello —le respondí, dándole un abrazo y quedando en que, con cualquier noticia que tuviera, me pondría en contacto con ellos.

Capítulo 25



Desperté en una habitación diminuta, con un pequeño cuadrado enrejado a modo de ventana, recostada en un minúsculo catre que olía a sudor y a humedad, y con una cadena sujeta al pie. ¿Qué demonios me había pasado? ¿Dónde coño estaba?

Tenía una sed horrible, y notaba la sangre seca en mi frente. Al tocarme, noté que llevaba como un apósito puesto, y me dolía una barbaridad. Justo cuando me disponía a gritar, noté como el pomo de la puerta se giraba.

—Hombre, se despertó la bella durmiente —me dijo un tipo que no conocía de nada.

—¿Quién coño eres tú? ¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunté con furia.

—Cuando venga la jefa, ella te dirá todo lo que quieres saber. Aunque de poco te va a servir, porque no piensa dejarte salir de aquí en la vida —me dijo, y soltó una risa de lo más malvada.

—¿Por qué me hacéis esto? —dije, bajando el tono.

—Si no fueras tan entrometida, si hubieras dejado las cosas como estaban, y no aparecer en la vida de la gente cuando no tenías que hacerlo… Con lo bien que vivías en el pueblo, con tus abuelos… —me dijo, en un tono de lo más amenazante.

—Dejad a mis abuelos en paz, por favor. Ellos no tienen culpa de nada —le pedí.

—Ellos tienen la culpa de todo. Si hubieran muerto cuando explotó tu cocina… Quizás debería de haber cortado un poquito más la tubería, entonces todos habríais muerto y se hubiera terminado todo —me dijo, y entonces lo reconocí.

Tenía delante al hombre que había venido esa tarde para la revisión del gas. Él fue el que manipuló todo, él había provocado el accidente, él me había traído hasta aquí, y continuaba sin saber el motivo del por qué lo había hecho.

Me tendió una botella de agua y un trozo de pan duro. La comida no me entraba, y no porque fuera eso, puesto que, si me hubiera puesto por delante el mejor de los manjares, tampoco habría sido capaz de comer nada. Eso sí, el agua me lo bebí del tirón, de un solo trago.

—Si yo fuera tú, no me la tomaría toda, pues eso es lo que tendrás para todo el día. No sé cuándo podrá venir la jefa hasta aquí, mientras tanto, yo vendré cada mañana a traerte algo de comer y una botella de agua, hasta que tenga órdenes claras de qué hacer contigo —me dijo, saliendo de la habitación tal y como había entrado.

Las dudas se agolpaban en mi cabeza, pero una cosa tenía clara, Valery estaba detrás de todo esto, no podría ser otra persona. Ojalá, Alan me estuviera buscando, ojalá mis abuelos no estuvieran demasiado preocupados, puesto que la enfermedad de mi abuela me traía por la calle de la amargura. Si le pasaba algo por lo que estaba sucediendo, me moriría de pena y de culpa.

Me quedé dormida casi sin darme cuenta, el cansancio, el accidente y la tensión que llevaba acumulada fueron los culpables de eso. No quería dormir, pues necesitaba estar despierta cuando esa puerta se abriera de nuevo, para que no me cogiera de imprevisto la identidad de la persona que había mandado llevarme hasta aquí.

No sabía el tiempo que había transcurrido, pero ahí seguía, en la misma postura. Estaba completamente a oscuras, ni una mísera bombilla me habían dejado. La oscuridad me estaba agobiando mucho, me faltaba el aire, por lo que empecé a respirar de manera más pausada, controlando el oxígeno que entraba en mis pulmones, pues no quería hiperventilar, que ya sabía lo que era eso y lo mal que se pasaba.

Volví a quedarme dormida, y me desperté al escuchar unos tacones repiquetear fuera de la habitación en la que estaba, así que me senté en el asqueroso colchón en el que estaba acostada, para que me viera bien. Cuando esa puerta se abrió, me encontré con la persona que menos me hubiera imaginado en la vida.

—¡¿Tú?! —exclamé.

—Lily, que pena que no tuvieras en consideración a tu madre cuando todo pasó. Si te hubieras quedado a mi lado, como tu hermano, hoy no estarías en esta situación, pero no puedo permitir que mis padres se gasten mi herencia en ti, una traidora —me dijo mi madre, porque sí, era ella la que me había encerrado en aquella habitación.

—Pensé que la persona que me había traído hasta aquí era Valery. Jamás podía imaginarme que iba a ser mi propia madre —le dije, con lágrimas en los ojos.

—Uy, ella me ha ayudado mucho, al igual que el muchacho con el que estabas, muy inteligente, por cierto. Lástima que lo cambiaras por el medicucho, con Max a tu lado, hubiéramos llegado muy lejos. Pero bueno, a mí me deja muy satisfecha en la cama —me dijo, y me quedé blanca de la impresión.

—¿Te estás acostando con él? ¿Qué pasa con tu marido? —le pregunté, sin saber si quería conocer la respuesta.

—No me mires así, está para comérselo y bueno, mi marido se ocupa de otras de mis necesidades. ¿Qué puedo decir? Siempre he sentido debilidad por los pobres para acostarme con ellos, es como si me sintiera poderosa, y cuando le propuse vengarse de ti, no lo dudó ni un segundo, al igual que tu amiga, la mosquita muerta, que resultó ser una trepa de cuidado. En el fondo, yo siempre supe que esa era su verdadera personalidad, lo otro, tan solo una fachada que le servía para aprovecharse de ti —me dijo, y os prometo que me entró de todo por el cuerpo.

—Déjame salir de aquí, por favor. Convenceré a los abuelos para que pongan todo a tu nombre —intenté persuadirla.

—¿Todo a mi nombre? ¿El qué, si tan solo le queda la casa del pueblo y el dinero en la cuenta? Todo lo han gastado en ti, y no pienso permitir que gasten ni un céntimo más. A mi madre, con suerte, le quedan dos telediarios y a mi padre, no dudaré en incapacitarlo y meterlo en alguna residencia. Venderé todo lo que quede, y me quedaré con el dinero para gastarlo en viajes y en lo que me venga en gana —me dijo, riendo con una maldad que no le conocía.

Sabía que mi madre era una interesada, pero no me imaginaba que hasta el punto de querer deshacerse de su propia sangre. ¿Había sido así siempre? Porque entonces, no entiendo como mi padre se pudo casar con ella.

—Te daré también mi piso de la ciudad, pero por favor, sácame de aquí —supliqué, de nuevo.

—No me pidas más algo que sabes que no sucederá. Ten un poquito de dignidad, que será lo último que tendrás en tu vida. Todavía no sé lo que vamos a hacer contigo, así que me voy. Tengo una reunión importante, ya vendré por aquí a comunicarte lo que haremos. Mientras tanto, dame las gracias por no acabar con tu vida todavía —me dijo, y se marchó, dejándome allí en un mar de lágrimas.

Mi madre, la mujer que me había llevado en su vientre era la que me tenía en esta situación, a la que le daba igual mi vida y todo lo que conllevaba con ella. Lloré lo más grande, hasta el punto de terminar rendida y agotada, dejada caer en ese sucio colchón que me provocaba nauseas, pero mejor eso que el suelo, ya que estaba todavía peor y se quedaban los pies pegados en él.

A la mañana siguiente, volvió a aparecer el mismo tipo, pero esta vez traía también algún analgésico para el dolor. ¿Qué más le daba si no iba a salir de aquí?

—Tómatelo, y come algo, o terminarás enfermando —me dijo.

—Ya estoy enferma, me duele muchísimo el golpe de la cabeza y me cuesta respirar por la humedad. Necesitaré un inhalador, soy asmática —le dije, pues era cierto.

—Eso no te lo puedo suministrar si no lo autoriza la jefa. Mañana hablaré con ella. Ahora cómete el sándwich —me habló, y volvió a salir.

Otra vez sola, otra vez en las mismas circunstancias, y sin saber cuánto tiempo más tendría que estar aquí. Si me llevaran a otra parte podría intentar escaparme, pero sin salir de este cuartucho no tenía opciones, y eso empezaba a dejarme casi sin fuerzas.

Decidí comerme el sándwich, no era como el pan del día anterior, este estaba blandito y era de pavo con lechuga y mayonesa. No era una delicia, pero me supo como si de una langosta se tratara. Hasta ese momento no me había percatado de que llevaba más de veinticuatro horas sin comer, por lo que me supo a gloria.

Capítulo 26



Los días iban pasando y la rutina era la misma. Todas las mañanas venía ese hombre, me dejaba dos botellas de agua pequeña y un sándwich para todo el día. Aprendí que, si me comía el sándwich de una sola vez, durante todo el día no tenía nada que llevarme a la boca. Por eso, lo partía por la mitad y me lo comía deconstruido.

Para que me entendáis, primero me comía la parte de arriba del pan, el que iba con la mayonesa, a continuación, hacía lo mismo con la lechuga, le seguía el pavo y, para terminar, el otro trozo de pan. Entre bocado y bocado bebía agua. No es que comiera más, porque la cantidad era la misma, pero de ese modo engañaba a mi estómago y parecía que comía más. El agua me dejaba una sensación saciante, como si estuviera más llena. Por la noche, me comía el otro trozo con lo que me quedara de agua.

El día anterior le había pedido una sábana para cubrir el colchón y una manta, pues tenía muchísimo frío en esa habitación, por decirlo de alguna manera, y había escuchado mis súplicas. No se podía decir que eran de hilo de algodón ni mucho menos, pero me quitaría el frío y me dejaría apoyar la cabeza sobre algo limpio.

Cada tres días me traían un balde de agua caliente y ropa limpia, cosa que agradecía, a pesar de que se mantenía a esa temperatura durante muy poco tiempo, pero al menos me podía asear un poco.

—Raciona bien todo, y procura no manchar la ropa de la cama, porque no se te dará ninguna más —me dijo ese hombre, que me miraba de una manera que no me gustaba nada.

—¿Hasta cuándo pretende mi madre tenerme aquí encerrada? —le pregunté, pues estaba ya cansada de todo esto.

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella, yo solo cumplo órdenes. Aunque no creo que lo puedas hacer pronto, porque salió de viaje con su marido y no tenemos ni idea de cuándo volverá —me dijo ese hombre, que salió de la misma manera en la que entró.

Empezaba a desesperarme la situación. ¿Cuándo tomaría mi madre una decisión sobre mí? ¿No era más fácil matarme de una vez? Total, al fin y al cabo, esa era su intención, no entendía que hacía alargándolo más. Ya había perdido toda la esperanza en que pudieran encontrarme, pues había pasado ya demasiado tiempo.

Había bajado de peso una barbaridad, y me notaba cansada y con dificultad para respirar. Extendí la sábana en la cama y puse la manta encima. Empecé a comer, despacio, como si así me fuera a durar más. Me costaba comer, porque me faltaba el aire, pero, aun así, me obligué a comer.

Me eché en la cama, no me encontraba nada bien, y pensé que ese era mi final. Con lágrimas en los ojos, y en un susurro, me fui despidiendo de todos mis familiares.

—Adiós abuela. Ojalá algún día podamos volver a vernos, aunque sea en otro plano de este mundo. No te acerques a mi madre, es una persona mala, a la que la vida la pondrá en su lugar, estoy completamente segura. Cuida mucho del abuelo. Parece fuerte, pero es mucho más frágil que tú, dale todo el amor que a mí me han vuelto a privar de darle —empecé hablando bajito.

Bebí un sorbo de agua, pues notaba como la garganta empezaba a cerrárseme. No quería terminar mis días así, sola y abandonada, pero no tenía ni fuerzas para intentar escapar.

—Alan, que mala suerte hemos tenido de cruzarnos con personas tan malas como mi madre y Valery. Ojalá nos hubiéramos encontrado antes, sin que ninguno de ellos estuviera en nuestras vidas. Te quiero, no podré decírtelo a la cara, pero quiero que sepas que te amo desde que éramos dos niños, y espero que tú me recuerdes siempre. Sigue con tu vida, busca a una mujer que te quiera como te mereces y que te haga feliz. Adiós, mi amor, me hubiera

gustado cumplir nuestros sueños juntos, pero no va a ser posible. Te amo —dije, y noté como se me cerraban los ojos.

No sé el tiempo que pasé así, pero sí que escuchaba hablar a alguien, como de lejos, pero no distinguía ni lo que decía ni quién era. Quería abrir los ojos, pero no podía, quería gritar que me sacaran de aquí, que me llevaran a un hospital, pero no me salían las palabras. Lo único que noté que salían sin control eran las lágrimas, que corrían por mis mejillas hasta empapar la sábana.

Noté como me envolvían en la manta y me cogían en brazos, como corrían conmigo alejándome de dónde me habían tenido retenida. También noté mucho frío, y empecé a temblar, tiritando de manera casi convulsionante. En un momento determinado, me di cuenta de que me habían dejado en el suelo, pero en un lugar al aire libre.

—¡Por favor, Dios mío, que me encuentre alguien! —dije, aun sin terminar de ser creyente, pero recé todo lo que sabía, lo que me enseñaron en el colegio de pequeña.

No sabía si lo había dicho en alto o había sido solo un pensamiento. Se había hecho de noche, y las temperaturas bajaron mucho más. Notaba mis extremidades entumecidas y en un momento en concreto, empecé a notar gotas de agua en mi cara. Lo que me faltaba ya para terminar de estar jodida del todo, estaba lloviendo.

Volví a perder la conciencia, no sé el tiempo que había transcurrido desde ese instante hasta el momento en el que desperté, bueno, si se puede llamar así, porque seguía sin poder abrir los ojos. La luz que había me hacía pensar que había terminado de llover, pero seguía sin escuchar ningún ruido que no fuera el del campo.

Un buen rato después, escuché como gritaban mi nombre. Quería levantarme, quería decirles que estaba aquí, que todavía estaba con vida, pero no podía. Era como si tuviera una losa encima que me lo impidiera.

—Aquí… —dije, en un hilo de voz, pero que no serviría para nada, pues no me llegaba ni a mis oídos, cuanto más iba a llegar a los de las personas que me estaban buscando.

Mis ojos se volvieron a cerrar, y supe que estaba llegando a mi fin. Continué rezando para que, al menos, encontraran mi cuerpo, para que pudieran darme sepultura y no me quedara a merced de los animales.

—¡Está aquí! —escuché una voz, justo a mi lado.

—¡Rápido, avisad a la ambulancia! —dijo otro.

No podía más que llorar, sobre todo cuando otra voz se acercó a mí, y empezó a tranquilizarme.

—Tranquila, Lily, los sanitarios están a punto de llegar. Pronto estarás bien, pero ahora te toca aguantar, tenemos que llegar al hospital más próximo. No te rindas ahora que estamos aquí —me decía, mientras me sostenía la mano, como si quisiera que yo notara su calor.

Eso fue lo último que escuché, pues volví a caer en un sueño profundo. No sabía si era de la tranquilidad que me entró al saber que me habían encontrado, de la tensión de nervios que todavía tenía o de la falta de aire que notaba en mis pulmones, pero me sentí a salvo. Ya podía irme tranquila al otro mundo, pues mis seres queridos no vivirían ya más tiempo con la incertidumbre de qué había pasado conmigo.

Seguía sin poder abrir los ojos, pero notaba el calor y el vaivén del vehículo en el que me llevaban, así como la comodidad de la camilla en la que estaba. Tenía claro que me llevaban en una ambulancia, los escuchaba hablar, pero no entendía lo que decían, ya que eran términos demasiado técnicos, lo que sí escuché muy claro fue un comentario que hicieron.

—O nos damos prisa, o no llega. Su temperatura no parar de bajar, y como entré en shock térmico, no vamos a poder hacer nada por ella —dijo uno de los sanitarios.

Si antes iban a una buena velocidad, ahora lo hacían al doble, no paraban de ponerme ropa encima, aparte de la manta y de la sábana de aluminio que me habían puesto, noté como un cuerpo encima de mí, y escuché hablar a una mujer.

—Yo me encargo de intentar que no pierda más temperatura —dijo ella.

—El calor corporal le vendrá bien, ábrele el jersey y pon tu pecho contra el suyo —le dijo otro.

Mi cuerpo se relajó de tal manera que me sumí en un sueño de lo más profundo y relajante. Era como si mi cuerpo hubiera llegado al límite de lo que podía sentir, y decidió desconectarse por sí mismo. Me sentía como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo, como si estuviera flotando en el aire.

Capítulo 27



Alan

La policía le puso un seguimiento, tanto a Valery como a Max, pero no daban ningún paso en falso. Otra cosa que también hicieron fue pincharles el teléfono a ambos. Pasaban los días, y todo seguía igual, y yo ya estaba empezando a desesperarme.

—No puedo más, David, necesito encontrarla, necesito saber que está bien —le dije a mi amigo, delante de una taza de café.

—No se la puede haber tragado la tierra, Alan. Tiene que estar en alguna parte —me dijo él.

—¿Y si la tienen retenida en contra de su voluntad? ¿Y si los que la retienen la dejan morir de inanición o deshidratación? Me estoy volviendo loco. Tengo pensado pasarme por la comisaría donde llevan el caso, por si han descubierto algo nuevo —le conté a mi amigo.

—Vamos, te acompaño —me respondió él.

Salimos de la cafetería del hospital y nos montamos en su coche, puesto que yo el mío no lo cogía a no ser que fuera estrictamente necesario, ya que no me veía en condiciones de conducir y podría poner en peligro a los demás.

—Ahora mismo iba a ponerme en contacto con usted, señor Scotch —me dijo el agente.

—¿Han descubierto algo? —pregunté, deseoso de saber dónde estaba ya Lily.

—Pues sí, pasen a mi despacho y les cuento todo lo que hemos averiguado —nos dijo.

Lo seguimos por el pasillo que llevaba hasta su despacho y al llegar a la puerta, nos hizo un gesto para que pasáramos a su interior y nos sentáramos ante su escritorio.

—Verá, hemos conseguido intervenir un mensaje entre Valery y otro hombre, y me gustaría mostrárselo, por si nos podría decir a qué se refiere. De todos modos, hemos enviado a una pareja para seguirla, ya que ha quedado en una cafetería con él.

Se dio la vuelta y sacó un dosier, de donde extrajo un documento. Eran varios mensajes de Valery con ese hombre, que aparecía como Sam. No conocía a ningún tipo con ese nombre, pero miraría a ver si podía averiguar algo.

Valery: *Necesito que me digas si el cachorro está bien.*

Sam: *Sigue como siempre. Me ha pedido una sábana y una manta, dice que el cachorrito pasa frío dónde está.*

Valery: *Como siempre, dando por culo. A ver si terminamos con esto ya de una vez. Yo le he dicho a la jefa que me ofrezco voluntaria para quitarlo de en medio, pero no termina de decidirse.*

Sam: *Yo se lo he llevado ya, no quiero que pese sobre mi conciencia. A mí nadie me dijo que se extendería tanto en el tiempo ni que las condiciones iban a ser esas.*

Valery: *Que le dé gracias al cielo de que tiene una cama donde dormir y comida que llevarse a la boca. Hablaré con la jefa ahora, te espero en la cafetería del hospital a las tres de la tarde, así aprovechamos y comemos juntos.*

Sam: *¿Aviso a Max?*

Valery: *No, Max está de viaje con la jefa. Ya sabes que están liados.*

Sam: *¿Pero no estaba de viaje con su marido?*

Valery: *Sí, pero ya sabes como es. Le da unas gotitas de las suyas, y hace todo lo que ella quiere. No me extrañaría nada que le hubiese propuesto hasta un trío, con lo viciosa que es.*

Sam: *Ja, Ja, Ja, ese hombre es mi ídolo. Bueno, nos vemos en un rato.*

—¿Puede decirme algo? —me preguntó el policía.

—Entiendo que cuando se refiere al cachorro en realidad se está refiriendo a Lily. Por lo demás, no tengo ni idea de lo que hablan y, por supuesto, no sé quién es la jefa —le dije.

—Eso es lo que intentamos averiguar. Si lo conseguimos, quizás podamos llegar hasta Lily más pronto que tarde —me respondió él.

—¿No podemos investigar dónde ha ido Max de viaje? Si supiéramos eso, quizás diéramos con la jefa —le pregunté, desesperado.

—Ya lo hemos mirado. No ha cogido ni avión, ni barco, ni tren. Se ha tenido que ir en coche hasta donde sea.

—O ha cogido un billete a nombre de otra persona para que no den con él, ni lo puedan relacionar con nadie. Esto es desesperante, los días pasan, las semanas se terminan y no tenemos nada de lo que tirar —le dije, llevando mis manos a la cabeza.

—Tranquilo, terminaremos dando con ella —me respondió el policía.

—Sí, lo único que espero es que no sea demasiado tarde para ella —le dije, sin saber qué hacer o qué decir.

Justo cuando nos despedíamos del agente, entró un compañero suyo con noticias, y nos hizo un gesto para que no nos marcháramos.

—Agente Smith, tenemos noticias. Hemos detectado una conversación importante entre la señorita Williams y ese hombre —nos dijo.

—¿De qué se trata, Johnson? —le preguntó él.

—Al parecer, ese hombre ha ido a llevarle la comida, como todos los días, y se ha encontrado a la señorita Patterson en bastante malas condiciones de salud. Ha quedado con ella en un punto de la sierra, y vamos para allá. Ella le ha aconsejado que la saque de donde está y la deje en el bosque —nos dijo, y me quedé helado, no tendría capacidad ni de gritar, ni de llorar, ni prácticamente de moverme.

—Alan, vamos con ellos, date prisa y espabila —me dijo David.

—Lo siento, pero no podemos permitirlo. No sabemos lo que nos vamos a encontrar, y no pensamos poner a nadie más en peligro. Permaneceréis aquí, y nosotros os iremos informando en cuanto tengamos ocasión —nos dijo.

—No, aquí no nos podemos quedar, me volvería loco —le dije al agente.

—Pues entonces, vuelvan a su casa. Un compañero permanecerá con vosotros, no quiero que salgáis de allí, yo me comprometo a mantenerlos informados —nos dijo.

Efectivamente, un agente nos acompañó hasta nuestra casa, y se mantuvo dentro con nosotros. Saqué una cerveza del frigorífico para David y para mí, al agente le di una lata de refresco, puesto que estaba de servicio y no podía beber alcohol.

—Tranquilo, señor Scotch, la señorita Patterson no podría estar en mejores manos. Los agentes que la están buscando no tienen ningún expediente sin cerrar, encuentran a todos los que buscan —me dijo el chico, que podía tener más o menos mi edad.

—Son muchos días, y eso de que no está en las mejores condiciones de salud, ha terminado de minar mis esperanzas. Tan solo pienso en como se tomarán la noticia sus abuelos, y se me eriza la piel de pensarlo —le respondí.

En ese momento llamaron a la puerta, era Charly, a la que David había llamado para ponerla al corriente. Quería estar aquí, con nosotros, que seríamos los primeros en tener noticias de lo que sucediera.

—¿Sabéis algo más? —nos preguntó, quitándose el abrigo y cogiendo la cerveza de su chico para darle un sorbo.

—Todavía nada, hemos llegado hace menos de media hora, no creo que hayan llegado todavía —le contestó su chico, dándole un beso en los labios.

—Ojalá la encuentren y termine ya toda esta pesadilla —dijo ella.

Las horas pasaban, el agente fue relevado, y seguíamos sin saber nada. Habían llegado al lugar, y detenido a Valery y a ese otro hombre, pero ambos se negaban a hablar.

—Si me la dejan a mí, habla por cojones —le dije al otro agente que acababa de llegar, con mucha rabia.

—Ese es el problema, que, si se la dejamos a usted, lo mismo habla, pero se buscaría una ruina y no nos serviría nada más que para ponerla en la calle por un defecto de forma —me contestó el agente.

Charly se había quedado dormida apoyada en el brazo del sofá, por lo que cogí una manta y se la eché por encima, no quería que ella también se pusiera enferma. Tanto David como yo estábamos agotados psicológicamente, pero no podíamos cerrar ni un ojo, por mucho que el agente nos aconsejó que lo hiciéramos.

Era como si estuviera metido en una jaula, tenía que salir de allí, pero estaba convencido de que el agente al mando no me lo iba a permitir, por lo que me fui hasta la cocina y me serví otro café.

—Tanta cafeína no es buena para el estado en el que estás —me dijo David, que vino detrás de mí.

—Es lo único que me mantiene en alerta. No puedo dormir, no hasta que no sepa que la han encontrado, que está bien, entonces, podré volver a respirar —le contesté.

—Terminarás enfermando. Anda, dame esa taza y siéntate un rato a descansar, lo necesitas para cuando nos avisen de que ya la tienen —me dijo David.

Contra todo pronóstico, le hice caso, y me senté en el otro sofá que tenía en el salón. Cerré los ojos para descansar la vista, pero terminé quedándome dormido, hasta que el grito de Charly me despertó.

—La han encontrado, Alan, y está viva. Va camino del hospital —me dijo nuestra amiga, y lloré, lo hice como nunca lo había hecho.

Capítulo 28



Alan

Les dije a los sanitarios que la llevaran hasta el hospital donde yo trabajaba. No pensaba dejar que nadie más que yo, o alguno de mis compañeros, se acercara a ella. Estábamos en la puerta, esperando a que llegara la ambulancia, y me encontraba de lo más nervioso.

—Tranquilo, compañero, verás como no trae nada de envergadura —me dijo David, que al igual que había hecho yo, había entrado a cambiarse de ropa y ponerse el pijama del hospital.

—Eso espero, amigo, eso espero —le respondí, pendiente de la calle, por la que la vería aparecer.

Yo era cardiólogo, y mi amigo desde la infancia, David, era neumólogo. Nuestros horarios, normalmente coincidían, del mismo modo que procurábamos que lo hicieran las guardias. Ese día, ambos estábamos libres, pues hicimos el día anterior una guardia de doce horas. Apenas habíamos dormido, yo si acaso di una cabezada en el sofá, pero él ni siquiera lo intentó.

En la sala de espera estaban Charly con su madre y los abuelos de Lily. Lotti, la madre de nuestra amiga, había sido la encargada de traerlos, y habían llegado antes casi que nosotros.

—Rosie, ¿cómo te encuentras? —le dije, acercándome a ella, puesto que nos habían avisado desde la ambulancia, que tardarían al menos veinte minutos más en llegar.

—Nerviosa, pero bien. No te preocupes por mi dolencia, que esa la tengo controlada —me contestó ella, con una media sonrisa y loca por ver a su nieta.

—Si te encuentras mal, si notas cualquier cosa, por pequeña que sea, me haces el favor de llamarme o de mandar a alguien a que me busque. ¿Entendido? —le dije, señalándola con el dedo para dar mayor énfasis a mis palabras.

—Tú preocúpate de atender a mi nieta, que yo estoy bien. Ella es la prioridad en estos momentos —me contestó.

—No sé si ella traerá alguna dolencia compatible con mi especialidad, pero te aseguro que, aunque eso no ocurra, no me separaré de su lado —le dije, y vi su sonrisa de satisfacción.

En ello estábamos cuando vimos llegar la ambulancia, y dejé a todo el mundo con la palabra en la boca, pues salí corriendo hasta donde estaban mis compañeros.

Me quise hacer el fuerte, pero en cuanto que la vi bajar en esa camilla, convulsionando por el frío y con una de las sanitarias encima de su cuerpo para ver si de ese modo entraba en calor, me derrumbé.

—Lily, mi amor. Se fuerte, no te rindas, que estamos todos esperándote —le dije, hasta que David me apartó.

—No perdamos más tiempo, todo eso se lo puedes decir más tarde. ¿Cuál es el cuadro clínico que tenemos? —preguntó, mucho más profesional que yo, tengo que admitirlo, mientras entrábamos con ella en un box.

—Parece que es una neumonía severa, presenta hipotermia por haber estado a la intemperie durante toda la noche, sin ningún lugar donde guarecerse de la lluvia y el frío — contestó una de las sanitarias.

—Temperatura, tensión y una lámpara de infrarrojos sobre ella. ¡Ya! —dijo David.

Estuvimos con ella más de dos horas, realizándole todo tipo de pruebas, y efectivamente, se confirmó el diagnóstico de nuestros compañeros. La

pasamos a una habitación de la unidad de cuidados intensivos porque, aparte de la neumonía, también tenía dos costillas rotas y un fuerte golpe en la cabeza que nos obligó a sedarla.

Le administramos oxígeno y antibióticos para combatir la neumonía. Debía haber estado en un lugar muy húmedo y frío, pues se veía que no era cosa de un día ni de dos. Había perdido muchísimo peso, y se veía débil y demacrada.

—Si hubiera estado contigo, esto no habría pasado —le dije en un murmullo.

—Amigo, hubiera pasado de todas maneras y ahora, en vez de lamentar tan solo esto, estaríamos lamentándonos de otra cosa tal vez peor —me dijo él.

—Quiero ir a hablar con el oficial al mando. Necesito saber todo, que me cuente lo que han dicho esos dos, conocer dónde la han tenido durante todo este tiempo, y la identidad de la jefa, para ir a por ella con todas mis ganas —le dije a mi amigo.

—Alan, por favor, no te metas en ningún lío. Lily te necesita a su lado, fuerte y con mucho amor —me pidió él.

—Y estaré, pero ahora necesito respuestas, y eso solo me las pueden dar los policías —le contesté, saliendo de la habitación.

Me quité el gorro y los guantes, y me fui al vestuario. Antes de hablar con sus abuelos, antes de ponerme delante de ellos, necesitaba esas respuestas, porque estaba seguro de que ellos también las necesitaría.

Cogí mi coche y salí del hospital, poniendo rumbo a la comisaría. Allí me estaba esperando el agente Smith, al que ya había avisado de que iba para allá. Intentaría convencerlo de que me dejara hablar con Valery, tenía la necesidad de enfrentarla, de que me dijera por qué coño lo había hecho.

—Buenas tardes, señor Scotch —me dijo Smith, cuando me vio llegar.

—Buenas tardes, agente Smith. ¿Qué sabemos? —le pregunté.

—Nada aún. Ellos no quieren hablar, incluso han declinado la posibilidad de hacerlo con su abogado delante. Hemos dado con el lugar en el que la tenían retenida, que no era más que un cubículo en un sótano, sin más comodidades que un colchón en el suelo y un cubo donde hacer sus necesidades. No es extraño que la encontráramos en esas circunstancias —me contó.

—Déjeme hablar con ella, por favor. Lo mismo, si me ve, logro que hable y me cuente algo —le supliqué.

—No puedo, señor Scotch, no es usted su letrado, y podría meterme en un lío muy gordo —me contestó.

—Por favor, hable con sus superiores para que me lo autoricen. Estoy completamente convencido de que a mí me dirá algo, aunque tan solo sea por rabia. Muchas veces, una persona furiosa dice que cosas que no quiere, y yo pienso sacarla de sus casillas —le dije.

—Espéreme aquí, hablaré con mi superior. Total, ya lo tenemos todo perdido, creo que podemos arriesgarnos si conseguimos grabarlo todo —me dijo él.

Me quedé esperando en su despacho. No os voy a decir que no tuve la tentación de ir a buscarla, de dar con ella de la manera que fuera, pero pensé en no joderla más. Le contaría una mentira para que hablara. Era eso o esperar a que Lily despertara, pero no sabíamos cuando iba a suceder eso, ya que podía tardar días o semanas, y permitir que la jefa y Max, su ex, escaparan.

—He conseguido que entre, pero siempre acompañado por mí. Por favor, no la toque, no se acerque a ella más de lo debido, o no nos servirá de nada —me aconsejó.

—No se preocupes, Smith, que no me extralimitaré. Tan solo te voy a pedir algo, escuche lo que escuche por mi parte, que sepa que nada será verdad y no intervenga, será mi manera de sacarla de quicio —le dije.

Ya tenía pensada mi estrategia, e intentaría que me confesara todo metiendo a sus padres y al poder que la madre de Lily tenía para que hablara. Esperaba conseguirlo. Entramos en una sala, donde nos sentamos a esperar

que entrara ella. Smith me preguntó si quería hablar también con el otro tipo, pero negué con la cabeza, no lo conocía de nada y no conseguiría sacarle nada. Me centraría en Valery.

—Pero mira a quién tenemos aquí, al doctorcito traidor —me dijo, en cuanto me vio.

—Valery, si alguien aquí ha traicionado sus principios, esa has sido tú. Pero no estoy aquí para hablar de traiciones, sino de motivos. ¿Por qué lo has hecho, Valery? —le pregunté, aparentando una tranquilidad que no tenía.

—¿Necesitas que te lo diga? Pues está muy claro, todos los implicados teníamos algo que ganar si ella desaparecía —me dijo, como la que estaba hablando de una cortina en vez de la vida de una persona.

—Pues no entiendo lo que tienes que ganar tú —le contesté, sin nombrar a Max.

—Yo, la que más. Si no eras para mí, tampoco lo serías para ella. Yo tenía que haber nacido en el seno de su familia, no la niñata esa. Siempre me había tenido que conformar con sus migajas, con vestidos que ella ya no se ponía, con las personas que se acercaban a ella por lo que representaba, no por lo que era.

—De verdad que no te entiendo. Tenías unos padres fantásticos, que se deslomaban trabajando para que a ti no te faltara de nada…

—¿En serio? ¿De verdad me estás diciendo eso? Mis padres eran dos desgraciados que se conformaban con lo que tenían. Muchas veces les aconsejé que invirtieran, que se hicieran con un dinero extra, pero ellos decían que estaban bien así y que no iban a arriesgar sus pocos ahorros —me dijo, y entendí que tenía que cambiar de táctica, o no serviría de nada ese encuentro.

Capítulo 29



Alan

—Creo que será mejor que la madre de Lily no se entere de lo que has hecho, con la inquina que te ha tenido siempre… —le dije, y ella soltó una carcajada.

—¿Inquina? ¿En serio? Me parece que te has quedado atrasado, querido. La madre de Lily es una gran amiga mía. Ella ha sido la que me ha ayudado en muchas cosas, dice que yo debería haber sido su hija, no la que le tocó —dijo ella, y algo en mí se removió.

—No me lo creo, como no me des datos concretos, no te lo tomaré en cuenta —le contesté, intentando meter más los dedos para que vomitara todo.

—A mí no me crees y a la gilipollas de la mosquita muerta, ¿sí? Vamos, Alan, no me jodas. Mary fue la que me ayudó a deshacerme de mis padres, a vender todo lo que tenían y me acompañó en el funeral, como si fuera mi familia. Eso para empezar —me contestó, y tuve la confirmación que estaba esperando.

—Me marcho, creo que seré más útil en el hospital que aquí, donde no voy a sacarte nada —le respondí, levantándome y haciéndole gestos al agente Smith, para que saliera conmigo.

—¿Qué ocurre, señor Scotch? —me preguntó, algo contrariado.

—Aquí no, en su despacho, por favor —le respondí.

Enfilamos el pasillo que llevaba hasta su despacho en completo silencio. Yo, intentando entender lo que había sacado en claro, pues no me cuadraba que una madre pudiera actuar de ese modo, al menos la mía no lo haría.

—Dígame, señor Scotch. ¿Qué ha descubierto ahí dentro? Porque a mí no me ha quedado en claro nada —me dijo, anhelante de mi respuesta.

—Tengo claro quién es la jefa, se trata de la madre de Lily, la anterior señora Patterson, y actual señora Carter —le dije, mientras se mostraba completamente sorprendido.

—¿En qué se basa?

—Es más, estoy completamente seguro de que también fue cómplice en el supuesto accidente que tuvieron los señores Williams, que no dudo que fue intencionado —le dije.

Le argumenté todas mis sospechas, así como los motivos que tendría su madre para actuar así en contra de su propia hija. Una vez que terminé de explicarle todo, y cuando su jefe le dio la autorización, lanzó una orden de busca y captura contra la madre de Lily. En cuanto pusiera un pie en este país, fuera del modo que fuera, sería detenida.

También pudimos comprobar como el billete que se había comprado iba a nombre de su otro hijo, cuando este estaba trabajando en la ciudad, y no había viajado, a pesar de que todo el avión iba completo, nadie se quedó en tierra, por lo que tuvimos claro que el que había ocupado su puesto era Max.

—Gracias, señor Scotch, sin usted no lo hubiéramos conseguido tan pronto — me dijo el agente Smith.

—No hay por qué darlas. Yo soy el principal interesado en que todo esto se resuelva —contesté, y salí de allí de camino al hospital.

Ahora sí, ahora podía enfrentar a los abuelos de Lily y contarles todo. Para el aspecto médico se bastaban con David. Entré en la sala de espera donde todavía continuaban, pues estaban esperando a que les dieran permiso para entrar a verla.

—Rosie, Joseph, perdonad mi ausencia, pero necesitaba hablar con la policía —les dije, pues horas antes les había dicho que no me pensaba separar de Lily hasta que no estuviera bien.

—¿Qué te han dicho, hijo? Espero que sean buenas noticias, porque el cupo de las malas ya lo hemos cubierto con creces —me dijo Joseph, y lo miré sonriendo.

—No son buenas, exactamente, pero sí que son esclarecedoras. Detrás de la explosión, del accidente y del secuestro de Lily, aparte de Valery y de ese tal Sam, que ya están detenidos, también está su madre y su exnovio —les dije, directamente, porque no me quería andar con rodeos y que se pusieran más nerviosos. A veces, era preferible decir todo de una vez.

—¿Me estás diciendo que mi hija ha intentado matar a su hija, dos veces? —me preguntó el abuelo, puesto que la abuela todavía no lo había asimilado.

—Eso mismo. Además, Valery ha confesado que también la ayudó a deshacerse de sus padres. Están investigando si el accidente de los señores Williams no fue un accidente como tal, sino más bien un asesinato —dije, casi sin terminar de creérmelo yo, cuanto más lo que le podía estar costando a ellos.

—¿Dónde tenían encerrada a mi nieta? Porque mucho me temo que sé dónde estaba —me preguntó la abuela.

—En una casa que estaba en la sierra, en medio del bosque…

—La casa de mis padres —dijo el abuelo, en un susurro.

Noté como se le doblaban las piernas en ese momento, y lo ayudé a sentarse en una de las sillas. Joseph era una persona muy calmada, muy coherente, pero en este momento estoy completamente seguro de que, si tuviera a su hija delante, él mismo se encargaría de cogerla por el cuello hasta terminar con su vida.

—¿Cómo qué es la casa de tus padres, Joseph? —le preguntó Lotti, que hasta ahora no había articulado palabra.

—Esa casa era de mis padres, y se la legaron en herencia a mi hija. Ella siempre renegó del inmueble, y la intentó vender en infinidad de ocasiones, pero no lo consiguió. Al final, se dio por vencida y la dejó abandonada. Miles de veces le dije que me la vendiera a mí, que yo la quería para ir con su madre de vacaciones, puesto que, en primera instancia, contaba con piscina y un amplio jardín —dijo el abuelo.

—¿Está registrada a su nombre, Joseph? —le pregunté, y negó con la cabeza.

—No, para evadir los impuestos la puso a nombre de una de las sociedades de mi yerno, del padre de Lily, con lo cual, al ser embargado todos sus bienes y empresas cuando él murió, no te puedo decir a nombre de quién está registrada. Lo que sí puedo decir claramente es que se ha cubierto muy bien las espaldas para que no se la pueda relacionar con este asunto —nos explicó el padre.

—La policía ha lanzado una orden contra ellos. En el momento en el que regresen al país, estoy seguro de que serán detenidos.

—No te digo que no, pero sí que, con el poder y el dinero que tiene su nuevo marido, en pocas horas estará en la calle, y cargarán con toda la culpa los otros tres, mientras que ella, la cabeza pensante y manipuladora, se paseará de gala en gala como una víctima —me dijo la abuela.

—Esperemos que cuando Lily despierte y esté recuperada, pueda acusarla directamente —contesté.

Había llegado la hora en la que dejaban pasar a verla. Los primeros fueron sus abuelos, como no podía ser de otra manera. Salieron con sentimientos encontrados, ya que, por una parte, estaban contentos de que la hubieran encontrado con vida, pero por otra, verla así, llena de cables y conectada a tantas máquinas, para quién no estuviera acostumbrado, era algo que impresionaba.

El último en entrar fui yo, justo cuando salieron Charly y su madre. Yo no tenía problema de tiempo, puesto que era personal del hospital, por lo que cogí una silla y me senté a su lado, tranquilamente.

—Lily, mi amor, tienes que recuperarte pronto. Te echamos de menos, quiero volver a ver tu risa, a ser el blanco de tus bromas, a hacer el amor delante de la chimenea. Me muero por darte un beso en los labios, de esos que te quiten el aliento —le dije, aun sabiendo que no me iba a contestar, porque todavía le quedaba sedación para un montón de días.

Continué hablando con ella, le conté de todo, desde que David y Charly estaban viviendo juntos desde que ella desapareció hasta ponerla al día con las reformas de su casa. Cuando consideré que tenía que dejarla descansar, salí de allí para ir a mi despacho. No pensaba moverme de allí hasta que no la viera despierta y tal y como era antes del accidente.

—¿No pensarás quedarte en el despacho a dormir? Porque, desde ya te digo que no pienso permitirlo —me dijo David, que entraba para realizarle una analítica a Lily.

—Pues sí que pienso hacerlo, me digas lo que me digas —respondí.

—No, hijo mío. Mi nieta te necesita fuerte cuando despierte, y si te quedas aquí no podrás descansar. Entre el trabajo y las horas que pasas aquí, terminarás enfermando. Por eso mismo, te irás a casa. Nosotros nos vamos a un hotel, puesto que la casa de mi nieta todavía no está lista —me dijo Joseph, y no pude permitirlo.

—De eso nada, si yo me voy a casa, ustedes se vienen conmigo —les respondí, cogiendo mi chaquetón y mis llaves.

—La madre de Charly se viene con nosotros, mi chica quiere pasar tiempo con su madre, y no seré yo el que le diga que no —me informó David.

Capítulo 30



Ese día me sentía como más ligera. Durante todos los días que había estado dormida, no podía abrir los ojos, pero escuchaba todo lo que sucedía a mi alrededor.

Todos los días recibía las mismas visitas, primero, mis abuelos, que me hablaban del pueblo, de como estaban en casa de Alan, mientras yo estuviese aquí y de las ganas que tenían de verme con los ojos abiertos.

La segunda que entraba era Charly. Al principio lo hacía con su madre, pero ya debía de haberse ido, porque ahora lo hacía sola. Ella me contaba como le iba con David, que era quien se estaba encargando de curar mis dolencias, y al que escuchaba como daba las directrices necesarias a las enfermeras para mis cuidados. Mi amiga me contó la última vez que se había enamorado de él y que le resultaría muy difícil marcharse de su casa cuando la nuestra estuviera ya completamente reparada y lista para que viviéramos en ella. Tenía que decirle que no se viera obligada a hacerlo, porque yo, mientras que no me recuperara del todo, tenía pensado irme con mis abuelos al pueblo.

El último que llegaba todos los días, y el que pasaba más tiempo conmigo era Alan. Me declaró su amor de todas las maneras habidas y por haber. Me contaba que ya habían detenido a Valery y al hombre que me traía la comida. Todavía quedaban dos personas más por detener, pero estaban en busca y captura.

Quería despertarme y decirle que yo también lo amaba con todo mi ser, que mis últimos pensamientos, antes de que me rescataran, fueron para él.

También quería que todo el mundo se enterara de que mi madre era la causante de todo, porque estaba segura de que se iría de rositas, y no lo iba a permitir.

—Hola, preciosa mía. ¿Qué tal estás hoy? Si me escucharas, pensarás que soy idiota, por preguntarte cosas tan obvias, que encima, no me vas a poder responder —me dijo, y una sonrisa se formó en mis labios.

—Tanto como idiota, no diría yo —le dije, con la voz ronca, puesto que no había probado ni agua en todos esos días que llevaba allí, en el hospital.

—¿Lily? ¿Estás despierta? —me preguntó.

—Ahora sí que puedo decir que eres idiota —le dije, y él soltó una carcajada, mientras yo abría los ojos lentamente, para acostumbrarme a la luz.

—No te muevas, voy a llamar a David y al neurólogo —me dijo, y ahí sí que me reí, como pude, eso sí, porque todavía me faltaba un poco el aire.

—Te estás cubriendo de gloria, querido. Por favor, resetea tu cerebro y que vuelva el Alan inteligente que conozco. No te muevas me dice, como si mi intención fuera irme a dar un paseo —le respondí, mientras él salía de la habitación.

Volvió en pocos minutos con David, que lucía una sonrisa espléndida en su cara, y con otro doctor al que yo no conocía, pero que se sentó en mi cama, junto a mí.

—Hola Lily, permítame que te llame así y no por el apellido, al fin y al cabo, eres la chica de mi colega. Mi nombre es Nick y soy tu neurólogo. Tuviste un fuerte golpe en la cabeza que te provocó una inflamación en el cerebro. No tenemos claro si fue en el accidente o provocado por golpes que te provocaron ellos. También tenías dos costillas rotas, pero esas están sanando bien —me explicó.

—Aunque no lo creáis, ellos no me provocaron ninguna lesión, a no ser que lo hicieran mientras estaba inconsciente. Bueno, en realidad, el único que venía era un hombre, lo hacía todas las mañanas para traerme agua y algo de comer —les dije.

—Eso se lo tendrás que explicar a la policía. En un rato vendrá el agente Smith a verte, y te pido por favor que no te guardes nada, pues la detención de todos los implicados depende de tu declaración. Pero quédate tranquila, que yo no me moveré de tu lado —me dijo Alan, y agradecí ese gesto que me hizo.

El neurólogo, tras comprobar que no me quedaba ninguna secuela importante, dijo que, por su parte, podía ir a planta durante unos días más, hasta que me dieran el alta.

Ahora era el turno de David. Me realizó infinidad de pruebas, desde una espirometría hasta una placa de pecho, y confirmó que de la neumonía todavía no estaba completamente curada.

—Te pasaremos a planta, Lily, pero no te daré el alta hasta que no estés completamente curada. Todavía necesitas oxígeno, tu saturación está muy baja —me dijo David.

—Mientras que me pueda levantar un rato de la cama, me conformo con eso —le contesté.

—Más despacio, señorita. Ahora mismo no tienes fuerza en las piernas. Primero, antes de levantarte, tendrás que hacer algunas sesiones de rehabilitación, al menos para poder hacerlo sola. Pero dejaré por escrito a las enfermeras que te ayuden a sentarte durante unas horas al día —me dijo David.

—David, ¿le puedes decir a Charly que me traiga mi libro electrónico? Bueno, si es que llegó a sobrevivir al accidente, que no lo sé —le dije, pues no me había acordado de que mi libro iba metido en la mochila que me había llevado.

—No te preocupes, que, aunque no ha sobrevivido, tengo otro en mi despacho para ti. Fue lo primero que compré cuando vi como había quedado el otro —me dijo Alan, con una sonrisa.

—Bueno, tortolitos, os dejo solo que tenéis mucho de lo que hablar. Lily, ahora vendrán a buscarte para subirte a planta, aunque antes te llevarán a hacerte otra placa, pero esta vez de las costillas, para ver si están soldando bien —me dijo David.

—¿Tú no me habías dicho que me ibas a dar un beso que me dejaría sin aliento cuando me despertara? Pues llevo ya un rato despierta y ni siquiera me has dado uno en la mejilla —le dije, y él soltó una carcajada, mientras se acercaba a mí.

—¿Quieres uno así? —me preguntó.

—Bueno, tanto como que me deje sin aliento, mejor que no, porque va a ser lo que me iba a faltar, pero un beso en condiciones sí que quiero —le contesté.

No se lo pensó, me cogió la cara por la barbilla, levantándomela y posando sus labios en los míos. Me dio miles de pequeños besos, pero yo quería más, y por eso abrí mi boca, dándole acceso a su lengua, que se coló en mi interior.

—Eres una mala influencia, señorita Patterson. Yo no quería llegar a esto y quitarte más oxígeno del que te falta —me dijo, y me reí.

En ese momento llegó un celador, y dijo que me subía a planta y después pasarían a buscarme para llevarme a hacerme la placa. Alan no se separó de mi lado, y dijo que avisaría a mis abuelos en cuanto me dejaran instalada en la habitación.

—Ahora vuelvo, voy a mi despacho por el libro electrónico y a llamar a tus abuelos. Cuando vuelva, te traigo la clave del wifi del hospital, para que puedas descargarte los libros —me dijo, y empecé a reírme.

—Cariño, con que entre en mi perfil, ya me salen todos los que tengo descargados —le dije, riendo.

—Sabes que soy un negado para estas cosas. Eso te lo dejo a ti, yo prefiero seguir leyendo en papel, como los viejos —me contestó.

Salió de la habitación, mientras me quedaba esperando a que vinieran a buscarme para hacerme la placa. Ni media hora después, entró un celador que no era el de antes, y que me resultaba de lo más familiar, pero con la mascarilla no podía reconocerlo.

—Perdona, ¿nos conocemos de algo? —le pregunté, y negó con la cabeza, ni siquiera me habló.

Pero, mientras me ayudaba a bajar para sentarme en la silla de ruedas, hizo un gesto que lo delató, y aunque me di cuenta de quién era, preferí hacerme la tonta. No se iba a salir con la suya, pero si decía algo en ese momento, en el que tan solo estábamos los dos, me podría inyectar algo y dejarme dormida.

Aguanté todo lo que pude para que los nervios no me traicionaran y justo cuando pasamos por el control de enfermería, donde también se encontraba David, le hice un gesto que él entendió a la primera.

—Un momento —dijo, mientras cogía al supuesto celador por el brazo para pararlo.

—La llevo a que le realicen una prueba —le dijo el otro, que no sabía de la misa la mitad.

—¿Qué tipo de prueba? —preguntó, a sabiendas de que no sabría contestarle.

—Eso no tengo ni idea, pregunte al doctor Scotch, que es el que la ha mandado —le contestó él, cuando la persona que me la había enviado era él, no Alan.

Capítulo 31



En menos de dos minutos, ya lo tenían retenido entre varios enfermeros y llamaron a la policía, así como a Alan, que no dudó en darle un puñetazo en cuanto llegó.

—¿Creías que estaría sola y podrías hacer lo que te diera la gana? Se os terminaron las oportunidades y si me admites un consejo, más vale que hables la verdad y confieses que es tu amante la que lo tiene todo montado, porque en caso contrario, caerá todo el peso sobre ti —le dijo Alan, cogiéndolo de la pechera.

—No pienso decir ni una sola palabra de nada. Prefiero el peso de la ley que el del poder de ella —dijo, casi sin aire.

—Alan, déjalo, que sea la policía la que se ocupe de él —le dije, pues si por él hubiera sido, le habría dado la paliza de su vida en ese momento.

—Sí, amigo, de todos modos, tenemos el testimonio de Lily, que estoy seguro de que no encubrirá a su madre —dijo un policía que había llegado en ese momento, mientras que dos de sus compañeros detenían a Max, que era el que se había hecho pasar por un celador, pero sin informarse de nada.

—Por supuesto que pienso testificar en su contra. Quiero que caiga sobre ella todo el peso de la ley, y no voy a parar hasta conseguirlo, eso lo juro por la memoria de mi padre, para el que fue el peor de los cánceres ese matrimonio con ella —contesté.

—Sobre eso, sobre la muerte de su padre, también tenemos que hablar, todo apunta a que no fue un suicidio, sino que lo hicieron pasar como tal. Tan solo que no les salió la jugada como pensaban —me contaba el policía.

Entramos de nuevo en la habitación, seguidos de Alan y David, así como mis abuelos, que acababan de llegar. Lo primero que hicieron fue comerme a besos, y dándose la vuelta para hablarles al policía.

—Agente, haga todo lo posible para que mi hija acabe entre rejas, es lo que se merece —le dijo mi abuelo.

—Lo intentaré, le aseguro que por mi trabajo no será que acabe en la calle, pero antes, necesito hablar con su nieta y conocer todos los detalles. Lily, ¿estás lista para que hablemos? —me preguntó.

—Por supuesto, cuanto antes empecemos, antes terminará mi madre donde debe estar —le contesté, después de coger una bocanada de aire para darme las fuerzas que me faltaban.

Le conté todo, empezando por la explosión, como reconocí al hombre que me traía el agua y la comida como el técnico del gas. Le expliqué como noté que me seguían y todo lo que había seguido después de eso, hasta el momento en el que me dejaron en el bosque.

—Entonces… la persona que fue a verte aquel día y a la que todos llamaban la jefa, era tu madre. ¿No es cierto? —me volvió a preguntar, por si tenía alguna duda.

—Sin ninguna duda. Ella me explicó que me había quedado con toda su herencia, y que no iba a permitir que sus padres se gastaran ni un céntimo más de lo que le pertenecía a ella en mí. También deduje que su idea de la explosión era para matar dos pájaros de un tiro, nunca mejor dicho, pues su intención era acabar conmigo a la vez que lo hacía con mis abuelos —le expliqué.

—Claro, como hizo con tu padre. Después de analizar toda la escena del crimen, descubrimos unas pastillas que anulan la voluntad de las personas y que, casualmente, eran las mismas que llevaban la señora Williams en su bolso, suponemos que se las había puesto su hija. Cuando la señorita Williams

nos dijo que su madre la había ayudado a deshacerse de sus padres, atamos cabos. Lily, tu padre no se suicidó, ella lo mató —me contó, y menos mal que estaba sentada, porque si llego a estar de pie, me habría caído de culo.

—¿Valery mató a sus padres? —pregunté, a media voz.

—Entre otras de sus muchas intervenciones. Pero centrémonos en lo importante, que es dejar claro todo lo del accidente y secuestro —me dijo.

Seguimos hablando muchísimo más rato de todo, me hizo las mismas preguntas veinte veces, de distinta manera y en diferente orden, pero mis respuestas eran siempre las mismas.

Llegó un momento en el que estaba agotada, y David no dudó en salir en mi ayuda, pues empezaba a faltarme el aire de nuevo.

—Creo que ya está todo claro, agente Smith. Ahora, mi paciente, necesita descansar, por lo que les rogaría que abandonaran la habitación y la dejáramos respirar tranquila, ya que, tanta gente, le estamos quitando el aire —dijo David.

Mis abuelos me dieron un beso, y se despidieron de mí, diciéndome que volverían al día siguiente. El agente Smith nos dijo que dejaría un agente en la puerta de mi habitación, a modo de escolta, y que tan solo dejaría entrar a David y a quién viniera acompañándolo.

—Yo me quedo con ella, no hay problema —dijo Alan.

—Deberías irte a casa a descansar —le dije, y él negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no, y mucho menos con lo que ha pasado hoy aquí. Mañana estoy libre, y hasta que no me toque volver a hacer la ronda, no me muevo. Y, cuando lo haga, te garantizo que tampoco te quedarás sola, pues ya me encargaré yo de que esté aquí David o tus abuelos —me contestó, muy serio.

Cogió una butaca que tenía pinta de cómoda y la situó al lado de mi cama, donde entre David y él, me ayudaron a acostarme, puesto que mis piernas

estaban sin fuerzas. Entre el tiempo que había estado retenida y el que llevaba en el hospital, habían pasado ya más de dos meses.

—Ojalá y encuentren a mi madre pronto, no me gustaría que su marido la encubriera ni la ayudara a salir indemne —le dije, en cuanto se sentó a mi lado.

—Verás que sí, solo les hacía falta tu testimonio, y la aparición de Max ha sido especialmente oportuna, pues no le ha dado tiempo a nada más, ni siquiera a enviarle un mensaje para que huyera —me respondió él.

—Ella no huiría nunca. Sé, que hará todo lo posible para que otros carguen con su culpa, tan solo espero que no lo consiga —le dije.

Continuamos hablando durante un buen rato más, hasta que llegó una enfermera con la comida, pero Alan la avisó para que se la llevara, puesto que había pedido al restaurante italiano que tanto me gustaba.

—No iba a permitir que después de tanto tiempo, tu primera comida fuera un menú de hospital. En unos minutos nos traerán esa pizza que tanto te gusta, con extra de queso —me dijo, y os juro que se me hizo la boca agua.

—¿Te he dicho ya que te quiero? —le pregunté.

—¿Por la pizza o por mí? —me respondió.

—Por las dos cosas, no te voy a mentir. Si me llegas a pedir un sándwich de pavo, te doy una patada en el culo que hubieras hecho el pino puente —le contesté, y soltó una carcajada.

Poco después llamaron a la puerta, era el agente que estaba haciendo guardia, que no dejó pasar al repartidor y cogió él la comida, revisando minuciosamente que no fuera nada extraño en ella. Por un momento, me pareció estar en medio de una película de espías y asesinatos, y me reí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó Alan.

—Es todo tan surrealista, que me parece que estoy en medio de una película —le dije, y él me dio una sonrisa como respuesta.

—Nos reímos, pero no es para tomarlo a broma, Lily. Esto es más serio de lo que pensamos, son muchas las muertes y los delitos que llevan a sus espaldas —me contestó.

—Lo sé, pero si no me lo tomo con humor, terminaré volviéndome loca —le respondí, y me dio un beso en los labios.

Puso la comida en la mesa auxiliar que había en la habitación, sentándose conmigo en la cama. El refresco de cola que me dio me supo como el mejor champán del mundo, como si fuera un vino de miles de dólares la botella, y el primer bocado que le di a la pizza, fue para mí como el más delicioso de los manjares, y no pude evitar gemir de gusto.

—Lily, cariño, por lo que tú más quieras, no vuelvas a hacer ese ruido, porque llevo todo este tiempo a dos velas, y no soy de piedra —me dijo, y casi me atoro de la risa.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. Entiende que el mismo tiempo que llevas tú sin sexo es el mismo que llevo yo sin comer nada en condiciones —le dije, y me miró con una sonrisa.

Comimos en silencio, casi disfrutando de él y cuando terminamos, yo cogí el libro electrónico y Alan el libro en papel que estaba leyendo, hasta que ya nos venció el cansancio.

Capítulo 32



Por fin me dieron el alta, y me fui con Alan a su casa. No estaba completamente recuperada, pero sí lo suficiente como para que pudiera ir retomando mi vida, poco a poco.

—Lily, el abuelo y yo hemos pensado en marcharnos ya a nuestra casa —me dijo mi abuela.

—No abuela, de aquí no se va nadie hasta que no cojan a mi madre. Ya la tienen cercada, y no tardarán en hacerlo. No quiero estar viviendo con la preocupación de que os pueda hacer algo. Por mucho que no lo creáis, es capaz de eso y de más —le dije a mi abuela, con las manos en la cintura.

—Está bien, pero si de aquí a un par de semanas no lo han hecho, nos volvemos. No vamos a supeditar nuestra vida a lo que a ella le dé la gana.

—Mejor dos meses, porque tampoco creo que sean tan rápidos —le contestó Alan, haciendo que mi abuela pusiera los ojos en blanco.

—Está bien, pero ni un solo día más —nos advirtió con el dedo.

Me instalé en el dormitorio de Alan, como no podía ser de otro modo. Tenía que ir a comprarme ropa, pues, entre la que se había perdido en mi casa con la explosión y la que me quedaba grande, tan solo tenía dos leggins y dos sudaderas que podía usar, así como un chaquetón que me trajo Charly y unas zapatillas deportivas.

—He pensado que podíamos ir al centro comercial, necesito comprarme de todo. No puedo volver al trabajo con esta ropa —le dije a Alan.

—Me parece una gran idea, así también te da un poco el aire, que llevas mucho tiempo sin salir —me contestó mi chico.

—Nosotros os esperamos aquí, que estamos ya muy mayores para ir de tiendas. Eso sí, te traes todos los tickets, porque pensamos pagar hasta el último céntimo de lo que gastes.

—Abuela, que no quiero enfadar más a mi madre, que como se entere, es capaz de encerrarme en una mazmorra, esta vez —le dije, tomándome con humor todo lo que me había pasado.

—Tendrá que pasar por encima de mi cadáver —dijo Alan.

Mi sentido del humor había sido el que me había salvado de no caer en una profunda depresión, y no lo decía yo, que eran palabras del psicólogo que me atendía, porque sí, estaba yendo a terapia, aunque en este punto, me habían espaciado más en el tiempo las visitas.

Siempre fui una mujer de lo más optimista, que le veía el lado positivo a las cosas, y a esto le había visto que, gracias a lo que sucedió, en este instante mi amiga estaba viviendo con David y yo con Alan, pues no se separaba de mí ni con agua caliente.

Avisamos a nuestros amigos por si querían acompañarnos, y se apuntaron sin pensarlo. Al salir, tuve la misma sensación que tuve el día del accidente, en esa que te hacía mirar hacia detrás por si nos seguía alguien. En una de las veces, y a pesar de que ella intentó ocultarse, la vi, con una gorra y unas gafas de sol.

—No os volváis, pero mi madre nos está siguiendo. Vamos a pararnos en ese escaparate, para que podáis verla, lleva una gorra negra y unas gafas de sol —les dije.

El marido de mi madre, en cuanto que se enteró de lo que había hecho, y de lo que estaba haciendo con él, pues una de las veces no se tomó la copa que ella le ofreció mientras que ella pensaba que sí lo había hecho, y vio como se

comía la boca con Max, pidió el divorcio. La dejó, como se suele decir, en bragas, pues habían firmado un acuerdo prematrimonial en el que se dejaba claro que, en caso de infidelidad, no tenía derecho a nada.

Alan, casi sin que nos diéramos cuenta, envió un mensaje al agente Smith, diciéndole dónde estábamos y a quién teníamos detrás. La dejamos que se acercara todo lo máximo que pudo, y cuando estaba a pocos pasos de nosotros, entre David y él la pudieron coger.

—¡Dejadme! Voy a llamar a la policía —gritaba, como si ella pudiera permitirse el lujo de eso.

—Oh, no te preocupes, ya la he llamado yo —le dijo Alan.

Se acercó uno de los chicos de seguridad, que nos preguntó qué ocurría. Charly fue la encargada de contarle a grandes rasgos lo que pasaba, y que la policía venía de camino. Justo cuando terminaba de contárselo, llegó el agente Smith.

—Buenas tardes, señores, veo que han hecho el trabajo mejor que nosotros —nos dijo con una sonrisa, mientras sus compañeros detenían a mi madre y le ponían las esposas.

—Esto no va a quedar así, vas a caer, aunque sea lo último que haga —me amenazó.

—Si yo fuera usted, me callaba. No querrá que adjuntemos a todos los cargos otra de amenaza, ¿verdad? —Mi madre agachó la cabeza —Eso pensaba. señorita Patterson, le espero en la comisaría en una hora, con su abogado, por favor.

—Allí estaré, agente —le dije, respirando por primera vez tranquila. Creo que hasta los vestigios que me quedaban de la neumonía se fueron con la detención de mi madre.

Dejamos las compras para otro día, pues lo primordial era que mi madre no se fuera de rositas, y para ello, mi testimonio y ratificar mi declaración eran decisivos. Lo primero que hice en cuanto se la llevaron fue llamar a mi abuela para contárselo.

—Abuela, lo hemos conseguido, ya han detenido a mi madre —le dije, casi llorando de la emoción.

—¿Me lo dices en serio? Ay, hija, que alegría más grande. A veces me pregunto que hice mal en su educación para que terminara de esta manera, intentando matar a su propia hija —me dijo mi abuela, expresando algo que yo sabía que pasaba por su cabeza en más de una ocasión.

—No digas eso, abuela. Tú no has hecho nada malo, ella, la maldad la traía de fábrica. La persona que es mala lo es desde que nace, y ella es así, como la que durante años pensé que era mi amiga, que al final, parecía más hija de ella que yo —le contesté.

—De todas formas, ten mucho cuidado, Lily. Hasta que todo esto no termine, no me quedaré completamente tranquila.

—Vamos para la comisaría, la han detenido en el centro comercial, pero luego te cuento los detalles —le dije, despidiéndome de ella hasta más tarde, donde la pondría al día de todo.

Al llegar a la comisaría, los nervios se hicieron dueños de mí, y me temblaban hasta las pestañas. Alan, que lo notó, no dudó en agarrar mi mano, para darme las fuerzas que me estaban faltando.

—Tranquila, mi amor, que de aquí ya no va a salir. Antes tenía el poder de su marido, pero ahora, ya no tiene nada, está sola y sin dinero —me dijo Alan.

—Lo sé, pero eso no quita para que me sienta nerviosa, es muy duro enfrentarse a esto, te lo aseguro —le contesté.

—Me lo imagino, tiene que ser horrible saber que tu propia madre ha intentado acabar con tu vida, que te haya hecho tanto daño —me respondió.

—No solo eso, es el saber también que acabó con la vida de mi padre, pensando que se quedaría con todo el dinero, aun cuando él le advirtió muchas veces que no tenía un solo dólar, hace que una presión me oprima el pecho —le dije.

Ni cinco minutos llevábamos allí, cuando salió Smith. Por su cara, supe que mi madre lo había negado todo, pero lo que no sabíamos ninguno es que Max, a cambio de una rebaja en su condena, había largado lo más grande.

—Lo ha negado todo, ¿me equivoco? —le pregunté al agente.

—Para nada, está usted en lo cierto, pero teníamos una baza que ella desconocía. Su amante, en el momento en el que ha conocido que su marido la ha despreciado, se ha divorciado de ella, y que ya no cuenta con los favores de él, ha confesado todo, con todo lujo de detalles —nos contó.

—¿Valery también ha confesado? —preguntó Alan.

—No, ella sigue sin declarar nada, ni delante del juez lo ha hecho. Pero vamos, no tiene más alternativa que hacerlo en el juicio, o terminará echándose tierra encima ella misma, y no creo que le guste la condena a la que puede enfrentarse —nos explicó.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —pregunté, pues quería terminar todo esto cuanto antes.

—Tan solo tienes que firmar la ratificación de tus declaraciones. Pasemos a mi despacho, lo lees todo con tranquilidad, y firmas si lo crees conveniente —me dijo Smith, y nos dispusimos a ir hasta su despacho.

Una vez estuvimos allí, me dio la documentación que tenía que firmar. La leí, estaba todo transcrito tal y como yo lo había dicho, y no dudé en rubricarlo.

Capítulo 33



Alan

Me pedí unos días en libre en el hospital, la tensión que había vivido era tanta, que mis superiores no dudaron en concedérmelos. Tenía pensado pasarlos con mi chica en la cabaña que mis padres tenían en el bosque, y así se lo hice saber a mi madre.

—Mamá, me voy unos días con Lily a la cabaña, ambos lo necesitamos —le dije a mi madre.

—Me parece una idea fantástica. Esa chica me ha gustado siempre, tanto por su físico, que es precioso, como por su manera de ser —me contestó ella.

—¿Te importa si este domingo, en nuestra comida semanal, la traigo para que la veas? No tiene nada que ver con la Lily de la infancia, aunque sigue igual de bonita —le conté.

—Por supuesto que no me importa, es más, me encantaría que lo hicieras.

—¿Y si Margaret se ceba con ella? Te aseguro que ha sufrido mucho, y ella era íntima de Valery —le estaba diciendo a mi madre, cuando entró ella en la habitación.

—Hermano, tengo que disculparme con ella. Valery me dijo todo lo contrario de como la he visto, y como te he visto a ti. Desde que está ella en tu vida la sonrisa no se borra de tu cara, y para mí, eso vale oro —me dijo ella.

—¿Me estás hablando en serio, Margaret? —le pregunté, pues no me lo podía creer.

—Totalmente en serio. Me he dado cuenta de que he sido una gilipollas con ella. Cuando era una niña me daba mucho coraje que llamara tu atención, eran celos lo que tenía y ahora, de mayor, veo que tu ex me manipuló a su antojo. Jamás pensé que sería capaz de llegar tan lejos…

—Era mala y se le veía desde pequeña. Tenía muchos gestos con Lily que dejaban claro que era una desagradecida y envidiosa —dijo mi madre, y me dejó helado.

—¿Por qué nunca me lo has dicho, mamá? —le pregunté.

—Muy sencillo, hijo. Sois dueños de vuestra vida, y yo no soy nadie para decir lo que pienso de vuestras compañías. Tenéis que ser vosotros los que os deis cuenta de las cosas, pero eso no significa que yo no me percate de pequeños detalles que no me han gustado nunca. Cuando Lily desapareció, ella se unió a vosotros, buscando lo que se le había escapado con ella, y ambos caísteis en su trampa —me contestó mi madre, con esas sabias palabras.

—Y a mí, mamá, ¿por qué nunca me dijiste que te parecía mala persona? Podría haber sido yo la que terminara en el mismo lugar en el que terminó Lily —dijo mi hermana, y noté como se estremecía de solo pensarlo.

—Nunca pensé que su maldad llegara a ese punto. Ahora me doy cuenta de que la obsesión que tenía por tu hermano era tanta, que toda aquella mujer que la hiciera sentir desplazada era una amenaza para ella, y tenía que eliminarla —le contestó.

Salí de allí con la tranquilidad de que todo estaba en su sitio, tanto con mi madre como con mi hermana. Llegué a mi casa y no dudé en coger a Lily en brazos, y girar con ella por todo el salón.

—¿A qué viene esto? ¿Qué te ha sucedido? —me preguntó mi chica, sin parar de reír.

—No me ha sucedido nada, simplemente, estoy feliz —le contesté, y le di un beso de esos que te hacen hervir la sangre.

Desde que salió del hospital no habíamos intimado ni habíamos tenido sexo, pues me daba miedo de que le pudiera pasar algo, pero esa tarde no quería pensar nada más que en tenerla entre mis brazos.

Ella me respondió de la misma manera, devorando mi boca como yo estaba devorando la suya. Metí las manos bajo la camisola que llevaba, pues con la calefacción y la chimenea no nos hacía falta abrigarnos mucho en el interior de la casa. Me sorprendió porque no llevaba sujetador, por lo que tuve pleno acceso a sus pechos, esos que no dudé en saborearlos, mientras que mi chica gemía con cada pasada de mis labios sobre sus pezones.

Me volvía loco lo receptiva que era, y ella se daba cuenta de todo lo que me ponía con sus gestos y sus sonidos cuando hacíamos el amor. No lo dudé, la despojé de la única prenda que le quedaba mientras ella me desnudaba rápidamente.

Nos envolvimos en una espiral de pasión, una llama que nos estaba consumiendo a los dos. Pero, a pesar de lo que nos deseábamos y del tiempo que hacía que ninguno de los dos teníamos sexo, no fue una cosa rápida, no se trató de un aquí te pillo, aquí te mato, sino más bien fue todo lo contrario.

Quise que este primer encuentro después de todo lo que nos había pasado, fuera algo especial para los dos, por eso, me dediqué a venerar su cuerpo, a que demostrarle que todo me parecía poco para verla feliz. Nos fundimos en uno, lentamente, con embestidas medidas y calculadas para que le dieran el placer que estaba sintiendo, pero sin que fueran demasiado bruscas.

Cuando un primer orgasmo nos atravesó a los dos al mismo tiempo, supe que tenía delante a la mujer de mi vida y que, ese fin de semana, cuando estuviéramos en la cabaña, se lo haría saber.

—Vamos a la cama, que no quiero agotarte mucho. Para ser la primera vez después de tanto tiempo, ha sido más que suficiente —le dije, y la cogí en brazos para llevarla hasta mi cama, donde la limpiaría tranquilamente.

—Ha sido perfecto. Te amo —me dijo, y era la primera vez que me lo decía así de serio, ya que, las veces que me lo había dicho antes, lo dijo en un contexto de broma, sin que eso supusiera que no fuera lo que sentía.

—Tú sí que eres perfecta —le contesté.

Ya en la cama, acurrucados el uno contra el otro, me atreví a decirle lo que había hablado con mi madre y mi hermana.

—Mañana, en la comida semanal que tengo con mi madre, tú serás la invitada de honor —le dije, y noté como se tensaba.

—¿Estará tu hermana? Porque sí es así, prefiero dejarlo para otro día. No quiero que el momento que pases con tu familia se vuelva incómodo por mi culpa —me contestó, acomodándose en mi pecho.

—Sí que estará, pero también te digo que está encantada con que vayas. Según me contó, Valery se había encargado de manipularla y envenenarla contra ti, aprovechando los celos que te tenía de cuando éramos niños y yo no podía dejar de mirarte —le conté.

—¿Me estás diciendo que tu hermana estaba celosa de mí? Pero si en esa época todo lo máximo que hice fue sonreírte —me dijo, divertida.

—Ya, pero yo te correspondía esa sonrisa que mi hermana, consideraba que debía ser para ella. Pero será mejor que ahora descansemos y que mañana te lo cuente ella, mientras se disculpa contigo por lo mismo —le respondí.

Me costó coger el sueño, la felicidad no me dejaba hacerlo, así que me dediqué a mirarla a ella, a velar por su sueño. Me parecía mentira que, después de todo por lo que había pasado, no tuviera una mísera pesadilla. Según su psicólogo, había aprendido a pasar página de una forma muy efectiva. Seguía teniendo miedos, por supuesto, que para eso era humana y todos los teníamos, pero ella los sobrellevaba con humor, que era importantísimo en estos casos.

Al final y escuchando su respiración tranquila, me quedé dormido, hasta que Lily se encargó de despertarme, de una manera digamos que muy sexual. Cuando abrí los ojos, tenía mi miembro en su mano, y su boca a pocos centímetros de él.

—No te atrevas a hacerlo, todavía no tienes el oxígeno en sangre para esto —le dije, pero no me hizo caso, y se atrevió a darle un lametazo desde la base hasta la punta.

Cuando noté su lengua jugueteando en mi glande, me volví loco de deseo. La dejé un rato más, pero no iba a conseguir lo que estaba buscando y de un solo movimiento, la situé encima de mi cuerpo. Sobra decir lo que ocurrió, pues los gemidos se hicieron la banda sonora del momento, mientras que nos volvíamos uno, hasta que ella alcanzó el orgasmo, arrastrándome consigo.

—Vamos a la ducha o llegaremos tarde —le dije, dándole un beso en los labios.

—¿Qué hora es? Si tiene que ser temprano todavía, no creo que sean más de las diez —me respondió.

—Pues me parece que ya, ni en Canarias es esa hora, porque son la una menos cuarto —le dije, y saltó como un resorte.

Se metió en la ducha, advirtiéndome de que, como entrara y la retrasara, le diría a mi madre que era por mi culpa. Según ella, no quería aparecer delante de mi familia vestida y arreglada de cualquier manera, como si a mi madre le fuera a importar eso.

Capítulo 34



Había llegado el día de nuestra boda, pero antes os contaré como llegamos a este punto. Esa comida con su familia fue fantástica, con una Margaret completamente desconocida para mí, que bromeaba conmigo y con su hermano. A su madre se le veía con una sonrisa que indicaba lo a gusto que estaba y lo mucho que le gustaba nuestra relación.

El fin de semana siguiente nos fuimos a la cabaña. No fue como lo habíamos planeado en un principio, porque nos fuimos los dos solos, sin David ni Charly, a los que dejamos en el pueblo, ya que antes fuimos a saludar a mis abuelos.

—Ay, pero si aquí está la pareja más bonita de toda la región —dijo mi abuela, en cuanto nos vio.

—Abuela, no me hagas la pelota que nos vamos ahora mismo a la cabaña a pasar el fin de semana. Hasta el domingo por la noche no volveremos a recoger a estos dos —le dije, y ella soltó una carcajada.

—Pues me parece perfecto, a disfrutar y a ver si me dais pronto un bisnieto —dijo, y Charly casi se atraganta con el refresco que estaba bebiendo.

—¿Algo que contar, hija mía? —le preguntó Lotti, mientras que ella se puso roja como un tomate.

—Pues mira, sí, suegra. Queríamos esperar un poco más para decirlo, pero nosotros sí que te vamos a hacer abuela a ti, y yo estoy de lo más feliz —le dijo David, y nosotros soltamos una carcajada.

—Os dejamos a solas, que se nos hace tarde —les dijo Alan a los dos, y les guiñó un ojo.

—¿Y ese guiño? Tú estás tramando algo, me parece muy extraño que justo nos marchamos cuando te ha pitado el móvil con un mensaje —le dije, mientras nos montábamos en el coche.

—¿Yo? Anda ya, tonta, si ni siquiera he visto el mensaje… Debe ser algo de publicidad, ya lo haré cuando lleguemos allí —me contestó.

La cabaña estaba a unos veinte minutos del pueblo, pero en sentido contrario a donde me tuvieron retenida, pues esa zona todavía no quería ni me atrevía a pisarla. Para eso necesitaba todavía algo de tiempo.

Cuando estuvimos delante de lo que mi chico llamaba cabaña, abrí la boca todo lo máximo que pude, porque eso era algo más que una cabaña, era una pequeña mansión.

—¿Y esto es una cabaña? —pregunté, irónicamente.

—Está en el campo, ¿no? Pues es eso, una cabaña. Anda, vamos y que te la enseñe.

Tan solo tenía una planta, pero perfectamente equipada, con seis habitaciones y un salón de infarto, con su chimenea de madera que era una preciosidad. Al mirar al suelo me di cuenta de que había un camino de pétalos de rosa, que él me invitó a seguir, y que nos llevaba hasta el dormitorio. Allí, en la cama, y con pétalos estaba la pregunta que no me esperaba, al volverme, de rodillas, Alan me esperaba con un anillo.

—¿Qué me dices? —me preguntó.

—Sí, sí y mil veces sí —le respondí.

—No quiero esperar mucho, tan solo el tiempo justo para prepararlo todo, nada de seis meses o un año, me niego —me dijo, y solté una carcajada.

—Está bien, dos meses, antes no me dará tiempo a organizar nada —le dije, y él asintió con la cabeza.

Esa noche hicimos el amor sobre esos pétalos, que luego me llevé en un sobre, pues los dejaría secar y los guardaría para siempre. Y así fue como llegamos a este momento, en el que mi amiga Charly estaba a mi lado, bebiendo un refresco de naranja mientras que la peluquera terminaba de arreglarme el cabello.

—No se puede ser una novia más guapa que tú —me dijo mi abuelo, que sería el encargado de llevarme hasta mi futuro marido.

—Ay, abuelo, esos son los ojos con los que tú me miras —le contesté.

—Yo y todo el que tenga ojos en la cara, mi niña. Alan se va a caer de espaldas en cuanto que te vea —me dijo, limpiándose las lágrimas.

Para la ocasión había elegido un vestido de corte sirena, de encaje y tul, y con escote corazón. No era nada ostentoso, pero sí que era muy elegante. Me recogieron el pelo en un moño bajo, con dos pasadores de plata, uno a cada lado. Llevaba unos pendientes de mi abuela, largos también en plata, y una cadenita que me había regalado mi chico para la ocasión, con tres corazoncitos de brillantes.

La ceremonia se celebraba en la mansión de los Scotch, pero ambos decidimos que queríamos algo íntimo, sin compromisos de ningún tipo, y su madre estuvo completamente de acuerdo con nosotros, por eso, no había allí más de cuarenta o cincuenta personas.

En una parte del jardín, habían construido un arco de flores, ante el que nos casaríamos. Frente a él, se habían situado las sillas donde se sentarían los invitados. Gracias al cielo no había llovido ni los días anteriores y lucía un sol espléndido, ya que decidimos que nos casaríamos por la mañana.

En la parte contraria del jardín, habían colocado una carpa, que sería donde se celebraría el ágape con el que agasajaríamos a los invitados. Al llegar al final del pasillo que me llevaría hasta Alan y lo vi, junto a su madre, y completamente emocionado, una lagrimilla también se me escapó.

—Estás absolutamente preciosa —me dijo, dándome un beso en la mejilla cuando llegué.

—Tú también estás guapísimo —le dije, sonriendo.

Empezó la ceremonia, y llegó el momento de leer nuestros votos matrimoniales. Los habíamos escrito sin que el otro lo viera o tuviera acceso a él. El primero en leerlos fue mi chico, que se aclaró la garganta antes de empezar.

—Lily, mi dulce niña. Cuando nos cruzamos la primera vez por los pasillos del instituto, supe que serías la mujer de mi vida, con el permiso de mi madre, que siempre será la mujer más importante para mí…

—¿Y yo qué, chaval? —le gritó Margaret desde donde estaba sentada.

—Bueno, y de mi hermana, que no quiero que le dé otro ataque de celos y, al final, la jodamos —dijo, y todos soltamos una carcajada —. Continúo, o se hará eterno. La vida hizo que nos separáramos sin ni siquiera habernos acercado, pero el destino te volvió a poner en mi camino de una forma imprevista. Te prometo que estaré siempre a tu lado, en lo bueno y en lo malo, que te ayudaré a reír, pero también que lloraremos juntos. Te amo, y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—El novio me lo ha puesto difícil, pero intentaré estar a la altura —dije, y todos rieron de nuevo —. A ver, Alan, la vida nos lo complicó bastante, la maldad de algunas personas hizo que casi no pudiéramos estar juntos, pero el amor es mucho más fuerte que todos ellos juntos. Cuando te tuve delante en aquella consulta, cuando ni siquiera me miraste, pensé que era una broma, no podía ser cierto después de tanto tiempo. Ese primer beso fue como el primero de mi vida, pues me lo estaba dando con mi amor de adolescencia. Te prometo quererte y amarte aun en mis peores momentos. Que tu imagen sea mi primer y último pensamiento del día, y quiero pasar el resto de mis días a tu lado. Volvería a pasar por todo lo que he pasado si el resultado final es este. Te amo.

Después de mis palabras, todo el mundo que nos acompañaba aplaudió. Nos intercambiamos los anillos y nos dimos el primer beso como marido y mujer. Mi suegra lloraba como una niña pequeña, al igual que mi abuela y mi amiga del alma, a la que escuchamos decir en voz alta.

—Como no tenga una pedida de mano como la de ella y una boda así de bonita, no me caso —le dijo a David, con todas las hormonas revueltas.

—Joder, y yo que te lo iba a pedir esta noche, cuando bailáramos después de los novios —le contestó él, y esperaba que fuera en serio, o dormiría en una de las hamacas del jardín, ya que nos quedábamos todos esa noche en la mansión.

—Júramelo, ya puedes ir a buscar un anillo, aunque sea prestado, o no entras en mi cama esta noche —le dijo ella, que lo mismo decía una cosa que otra completamente contraria.

Nos hicimos unas fotos preciosas, pero la que más me gustó fue una en la que se veía a mi abuela riendo, por primera vez en mucho tiempo, de verdad. Se veía como si la losa que llevaba a cuestas se hubiera roto, y se sintiera libre de una vez por todas. Cuando pasó lo de mi madre, todos le aconsejamos que visitara a un profesional, puesto que ella no había tenido culpa de nada, y así hizo. Le vino tan bien que jamás volvió a nombrarla, por muy hija suya que fuera.

Epílogo



Diez años después…

Nos encontrábamos celebrando el noveno cumpleaños de nuestro hijo mayor, en el pueblo y en casa de mis abuelos. Sí, habéis leído bien, de nuestro hijo mayor, pues teníamos dos hijos, la parejita, pero os lo cuento desde el principio y os hago un resumen de todo lo que había sucedido en todos estos años.

Empezaré por la pandilla indeseable, como los habíamos bautizado. Max llegó a un acuerdo con la fiscalía, a cambio de contar todo recibiría una reducción de la condena. Delató a mi madre y a todos los demás implicados, tanto en su declaración como en el juicio, que se hizo conjunto. Le cayeron ocho años y una orden de alejamiento. Lo último que supimos de él fue que se marchó de la ciudad, no sabíamos donde, pero no se había vuelto a poner en contacto con nosotros.

Valery y mi madre, cayeron en la misma cárcel, nunca la delató, pero no hizo falta, las pruebas eran demasiado claras. Se volvió en una especie de protectora dentro del recinto carcelario, y murió en una reyerta. Mi madre, pasó de ser la protegida a la chacha de allí dentro, sufriendo el abuso de muchas de sus compañeras, que no dudaron en hacerlo en cuanto supieron de lo que se le acusaba. No lo resistió, ella sí que terminó suicidándose y terminando con su vida una mañana en la que amaneció colgada en su celda. No voy a decir que no me diera pena, porque al fin y al cabo era mi madre, pero hasta ahí, pues ese sentimiento fue sustituido por la tranquilidad de saber que jamás volvería a hacer daño a ninguna persona más, tanto dentro de mi

entorno como fuera. Del otro hombre no supimos nada más, pero es que tampoco lo conocíamos de nada.

Con respecto a nosotros, después de esa boda tan bonita en la que David le pidió matrimonio a su chica, y lo hizo tal y como dijo, una vez que terminamos nuestro primer baile, con un anillo que llevaba guardado en el bolsillo, nos fuimos de viaje de novios.

Nuestra luna de miel fue espectacular, pues nos fuimos por toda Europa, visitando las principales capitales europeas. De ahí vine embarazada de nuestro hijo mayor, Brian, que llevaba el nombre de su abuelo paterno en honor a él, un buen hombre al que nunca conocería. Era un niño de lo más calmado y bueno, educado y aplicado en los estudios. No es porque fuera mi hijo, pero si lo llego a diseñar, no me sale tan perfecto, tanto por dentro como por fuera. Físicamente era una copia de su padre, mismo color de ojos, mismo cabello, hasta el mismo hoyuelo al reírse.

Dos años después llegó nuestro terremoto, Alison, que ya tenía casi siete años. Alison era preciosa, se parecía muchísimo a su abuela Dolly, que sentía adoración por ella, al igual que por su hermano. Era una zalamera de mucho cuidado, y el ojito derecho de su padre, al que se le caía la baba con cada trastada que hacía, porque todo lo que tenía de bonita lo tenía de trasto y de traviesa.

Mis abuelos gozaban de buena salud, y todavía estaban con nosotros. Seguían viviendo en el pueblo, a pesar de lo mayores que eran, no conseguimos que se vinieran a la ciudad con nosotros, incluso cuando cambiamos de casa. Porque sí, dejamos el ático cuando nació Brian, y nos trasladamos a una casita con jardín a las afueras de la ciudad, en la misma urbanización en la que vivía Dolly, que nos ayudaba muchísimo con los niños.

Tanto mi piso como el ático los teníamos alquilados, y ese dinero iba a una cuenta conjunta a nombre de los niños. Mi marido había conseguido ser el jefe del departamento de cardiología del hospital en el que trabajaba, bajando su tiempo en el trabajo, aunque no sus responsabilidades. Por mi parte, seguía trabajando en la misma empresa, con un ambiente excepcional. El día que me reincorporé a mi puesto laboral, mi jefe me pidió perdón por todo lo que Max había hecho en mi ausencia.

—Lo siento de corazón, Lily, jamás me imaginé que todo lo que él había entregado era tu trabajo, y mucho menos que fuera un delincuente de ese calibre —me dijo mi jefe, cuando me llamó a su despacho.

—No te preocupes, nadie se había dado cuenta de cómo era, yo la primera —lo disculpé.

A los pocos meses, como mi jefe de departamento se había jubilado, me ofreció ese puesto, pues decía que no encontraba a nadie mejor que yo para ocuparlo, que sabría tratar a mis subordinados como compañeros, no como jefa. Así fue, teníamos un gran equipo en el que yo trabajaba lo mismo que ellos, y en el que podían contar conmigo para cualquier asunto, tanto laboral como personal.

Charly y David se casaron cuatro meses después de que naciera su hija Lotti. No habían tenido más hijos, pues el parto de la niña fue tan complicado que terminó con un daño en el útero de mi amiga que le impidió ser madre de nuevo. Ella se lo tomaba muy bien, al igual que su marido, y se volcaron en esa niña, que hacía las delicias de todos. La pequeña Lotti tenía ya diez años y, a pesar de lo trasto que era, también era cariñosa y de lo más presumida. Su abuela decía que el karma existía, que le había tocado un trasto como era ella de pequeña, pues no paraba cinco minutos quieta. Con la edad eso se fue tranquilizando un poco, pero todavía quedaba trasto para rato.

—Lily, cariño, aparta a tu hija Dolly de las inmediaciones de la tarta si no quieres que Brian tenga que soplar las velas en una magdalena del supermercado —me dijo mi abuela, que estaba terminando de hornear las galletas.

—Esta niña me va a provocar un infarto cualquier día… —le dije, yendo hasta ella para que se apartara de allí, pues estaba jugando con Lotti a la pelota a menos de diez centímetros de la tarta.

—Bueno, por eso no te preocupes, que, seguro que te atienden pronto, total, tu marido es el mejor cardiólogo de la ciudad —me dijo Charly, que estaba junto a mi abuela, según ella, como probadora oficial.

—¡Mira ella, que graciosa! —exclamó mi marido, que apareció por detrás, abrazándome por la cintura y dejándome un beso en el cuello.

—Uy, uy, abuela, más vale que los dejemos solos, si no queremos ser espectadores de una película para adultos —dijo Charly a mi abuela.

—Ah, no, de eso nada. Esto es una cocina, "mi" cocina. Si quieren darse mimitos, que se vayan a otro lado —dijo ella, fingiendo indignación mientras nosotros nos reíamos.

—Abuela, eso mejor lo dejamos para cuando estemos solos, que a mí me gusta tomarme las cosas con calma —le contestó mi marido, haciendo que ahora fuera ella la que se reía.

Salimos de la cocina y nos marchamos al jardín, donde nos pusimos con la decoración. Su padre le había puesto un castillo hinchable en una de las zonas, y allí estaban los tres jugando, a la espera de que llegaran dos niños más con los que ellos jugaban cuando íbamos allí. El fin de semana anterior se lo celebramos en la ciudad, con todos sus amiguitos del colegio, pero hoy era su verdadero día, y ese me gustaba pasarlo con mi familia, la de sangre y la elegida.

—¿Te imaginabas así alguna vez? —me preguntó mi marido.

—Si te refieres a tener una familia contigo, más que imaginármelo lo soñaba, y muchísimas veces. Pero jamás me vi con mis abuelos, más bien eran mis padres los que estaban a mi lado —le contesté.

—¿Has hablado con tu hermano? ¿Va a venir? —me preguntó mi marido, y negué con la cabeza.

La relación con mi hermano Albert, si bien había vuelto a retomarse, no es que fuera de lo más estrecha. Mi cuñada marcaba los límites y él, como dependía de ella y de su familia, acataba sus deseos, por no decir sus órdenes. Ella y yo nunca nos llevamos bien, yo fui capaz de decirle lo que mi hermano hacía fuera de su casa, y ella jamás me lo perdonó. Lo vio como afrenta hacia su persona, y es que mi hermano tenía otra familia fuera de su matrimonio, pues tenía una relación paralela de la que había nacido una niña que ya tenía tres años.

—Me da exactamente igual, porque los hijos legítimos son los míos, y él duerme cada noche en mi cama. Lo que haga fuera, me trae sin cuidado. El día

de mañana, esa niña no podrá reclamarle nada —me dijo, y me dolió, porque no entendía como una mujer podía actuar así.

Hablando con mi hermano me dijo que, de la mujer que estaba realmente enamorado era de su amante, pero que no podía divorciarse de ella, no al menos hasta que los niños fueran mayores. Según me contó, le habían hecho firmar un documento en el que, en caso de divorcio, él se quedaría sin nada, incluso sin sus hijos, porque tendría que renunciar a ellos de manera formal.

—¿En qué piensas? —me preguntó mi marido.

—En toda nuestra vida, en lo que nos rodea, en la felicidad que me embarga con cada gesto tuyo y de los niños —le respondí.

—Te amo más que el primer día —me contestó él, dándome un beso.

—Y yo te amo más que a mi vida —le respondí, correspondiéndole el beso.

Y esto, amiga mía, es el relato de mi vida, el diario de una mujer enamorada, espero que lo hayas disfrutado y que hayas podido ponerte en mis zapatos.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora